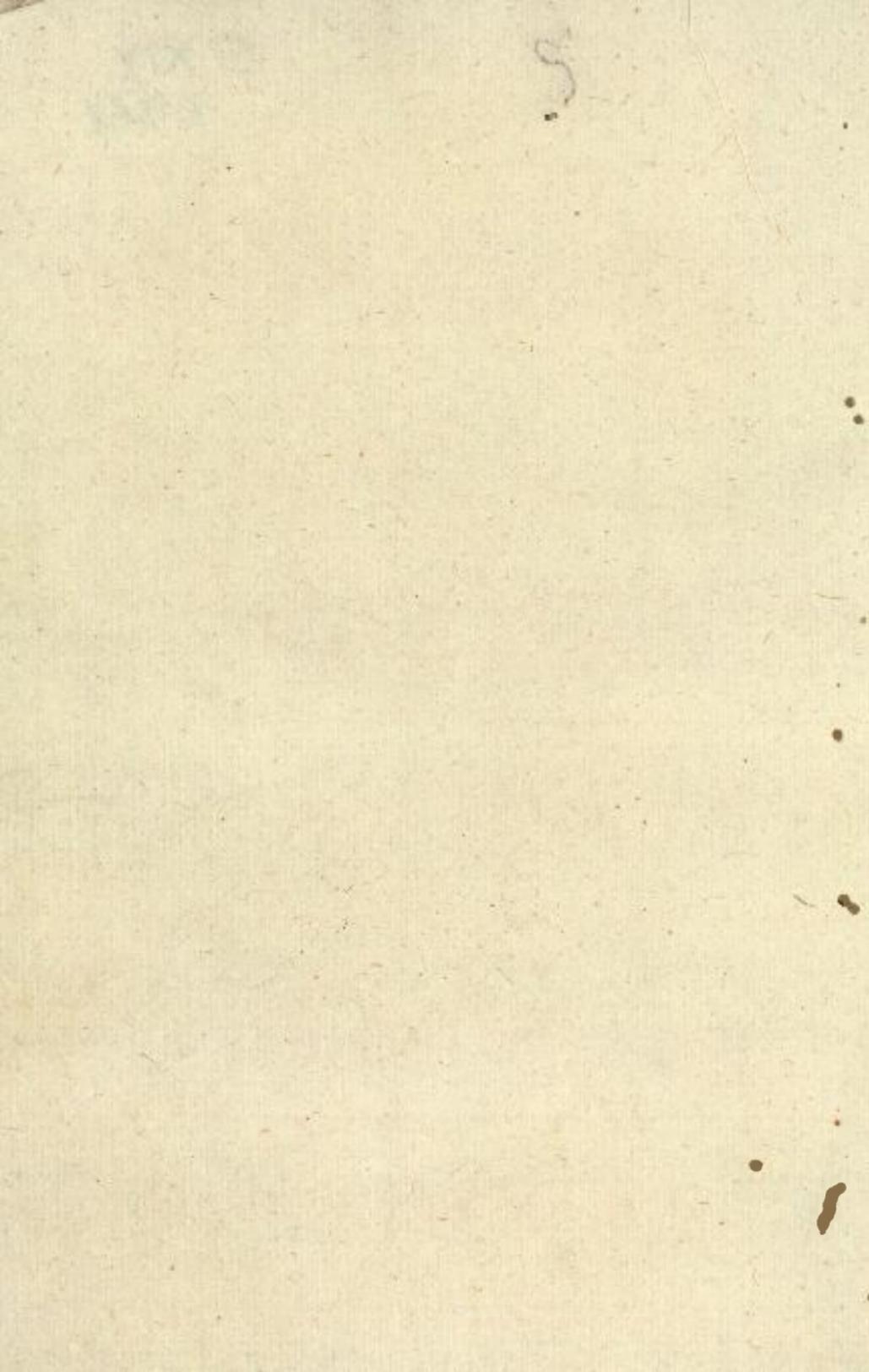


2.

S XIX
6911

ENRIADA

EN VERSO GAYELLANO



LA
ENRIADA

DEL TRADUCTOR
EN VERSO CASTELLANO.

FOR:
POR:

D. JOSE JOAQUIN DE VIRUES Y ESPINOLA.



M A D R I D

IMPRENTA DE D. MIGUEL DE BURGOS.

1821.

~~Q. 1015 204~~

81 763 182

Se hallará en Madrid en las librerías de

ARRIBAS, Calle de Carretas.

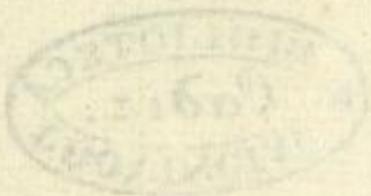
SOJO, idem.

PAZ, Frente á san Felipe el real.

CRUZ y MIYAR, Calle del Príncipe.

VILLA, Plazuela de santo Domingo.

MINUTRIA, Calle de Toledo.



M A D R I D

IMPRESA DE D. MIGUEL DE BURGOS

1821



PRÓLOGO DEL TRADUCTOR.

„Toda obra que presenta al entendimiento la idea y caracter de lo verdadero y mas escogido en su objeto y modo de ejecucion, es esencialmente *bella*, y por tanto *clásica*; porque estas dos palabras, desde la mas remota antigüedad, son sinónimas en el lenguaje de la buena crítica literaria.” Así se explica un sábio moderno; y este es el mismo principio por el cual hemos estudiado, y admirado siempre la Enriada, desentendiéndonos igualmente de las exageradas críticas que de los desmedidos elogios pronunciados sucesivamente sobre este poema

por el oráculo del Sena, que es la *Moda*.

Cuando muchos años há, en los intervalos de descanso de las tareas de nuestra obligacion, trasladábamos á nuestra hermosa-lengua esta obra maestra de un autor insigne, era nuestro principal y casi exclusivo objeto el probarnos á vencer la dificultad que él mismo reconocia y ponderaba en la empresa de traducir bien en verso á un gran poeta. De consiguiente se extendian entonces nuestras esperanzas, cuando mas, á que esta traduccion, sin dejar de ser exactísimamente ajustada al original, no pecase contra la lengua castellana, no careciera de la perspicuidad de estilo que brilla en aquel, ni dejase de presentarse adornada de una versificacion fluida y armoniosa. Hoy podemos añadir, sin miedo yá de incurrir en una presuncion injustificable, pues que la entregamos al tribunal del público, que tál la han juzgado varios de nuestros mas distinguidos literatos; y que el primero de nuestros poetas nos decia que esta traduccion es acaso el libro español que contiene mayor

número de aquellos versos *felices* que se graban en la memoria de todos, inevitablemente y para siempre. Mas, nada de esto ha sido parte para empeñarnos hoy en su publicacion. El único motivo de ésta, como de otras que la seguirán, es de una especie harto opuesta al orgullo personal. Pudiera quizá autorizarnos á implorar de antemano la indulgencia de los verdaderos inteligentes el haber sido nuestra principal profesion otra que la de las bellas letras; pero convencidos como lo estamos, de que no hay disculpa alguna para los malos versos hechos como los nuestros sin necesidad, solo esperamos esta indulgencia para la publicacion, que ciertamente no es voluntaria.

El nombre de Voltaire, por desgracia con harta razon disonante entre las personas timoratas que no han podido leer sus mejores obras, aunque inocentes y sobremanera instructivas;... digámoslo mejor: el respeto que por todos títulos se debe á la conciencia de cada hombre, nos hiciera desear una censura prévia legal é irrevocable de nuestro

manuscrito; pero no siéndonos esto posible, descansamos en la confianza que nos inspira la alta y jamas empañada reputacion de que goza el original entre todos los hombres sabios y piadosos de la Europa, quienes lo reconocen, no sólo como un libro de oro en cuanto á doctrinas morales, filosóficas y políticas, sino como absolutamente esento de toda tacha en lo tocante á la pureza de los principios de nuestra sagrada Religion, los cuales brillan en él con asombrosa y triunfante elocuencia. Así no es extraño que entre los sábios de todas las naciones que se dedicaron á traducir la Enriada, desde el momento en que salió á luz la primera de mas de cien ediciones que van ya hechas de ella, se cuente un príncipe de la Iglesia, el doctísimo cardenal Querini, bibliotecario del Vaticano. Ni ¿cómo podia ser otra la suerte de un libro cuyo menor mérito es su rara elegancia poética, y cuyo argumento consiste en el triunfo del valor y de las virtudes de un Rey á quien la posteridad, desinteresada y libre, reconoce como un modelo de

virtudes políticas; de un Rey ciudadano, que se jactaba de su título de Hombre-bueno de París, (*Bourgeois de Paris*); de un Rey que supo y osó preferir los verdaderos intereses de su pueblo, á todos los halágos del Despotismo, pacificando su patria, y extinguiendo en ella la guerra civil; de un Rey, en fin, que recibió de la Providencia el beneficio de reconocer y abrazar la Religion única verdadera?

Sobre el mérito poético de la Enriada, pudiéramos extender mucho nuestras reflexiones, particularmente comparándola analíticamente con sus modelos, á saber: la Iliada, la Eneida, y la Farsalia; y aun cotejándola con los mas célebres poemas modernos, que el autor tuvo presentes, á saber: el Paraíso Perdido, Orlando furioso, Jerusalem libertada, Los Lusíadas, la Araucana, &c. Pero, por ahora nos reduciremos á observar que en todos ellos son frequentísimos y dilatados los trozos que resfriando al lector enagenan su atencion, al paso que en la Enriada no hay un solo periodo, una idea sola, que no

instruya y embelése; de suerte que debe decirse que á este poema puede quizá faltarle algo, pero no le sobra nada; al paso que á muchos de los otros les sobra algo y les falta aun mas, singularmente en la parte filosófica y política, y á veces en la perspicuidad y la exactitud. La Enriada, en fin, á nuestro juicio, es un gran cuadro, reducido á pequeñísima escala, porque su autor, peritísimo en el arte de instruir deleitando, conoció que su obra sería fastidiosa, (sobre todo en Francia), si no fuese considerablemente mas breve que sus modelos.

El traductor no se lisonjea de saber apreciar el mérito de la versificación de este poema, que le parece admirable; y en este punto cederia al juicio de otro mas inteligente, sin entrar en contestacion. Pero si es cierto que la Poesía, así como la oratoria, tiene por objeto deleitar é instruir conmoviendo, y por medio el hacerse entender, jamas ha habido poeta que aventaje en el uso de este medio á Monsieur de Voltaire. Desátense en prosa uno por uno todos los

versos de la Enriada, y no se hallará una sola palabra que pueda ser ventajosamente substituida por otra no usada, ni que pueda tener mejor colocacion para la claridad de la idea ó la hermosura de la diction. Harto diferente y aun superior en esto al mismo legislador del parnaso francés, y por consiguiente á todos sus poetas, exceptuando á *Racine*, en el arte de usar fluida y sonoramente de la *rima* sin el auxilio de figuras forzadas ni hemistiquios inútiles. Es bien sabido que el célebre Boileau confesaba haber ridiculizado en sus sátiras á algunos autores sin otro motivo que aprovechar de sus apellidos para consonantes; y no queda la menor duda en que este habilísimo versificador en sus composiciones de verso pareado componia el segundo antes que el primero, el cual vemos muchas veces terminado por una frase vaga ó inutil para la idea, y adecuada solo al efecto ó caída, (*chute*), del segundo verso.

Estas reflexiones, que á primera vista parecen ajenas de nuestro propósito, son sin embargo necesarias para corroborar lo

que vamos á decir en seguida, quizá con escándalo de algun lector sobre la quimera de ciertos versistas españoles modernos, que llaman *diccion poética* á una gerigonza de que usan, creyendo elevar así su estilo, y en realidad para mengua y desdoro del hermoso arte que cultivan. Pero como al cabo es por desgracia innegable que los que menos pueden hablar de ella son los mas persuadidos de su existencia, y de estos se compone el mayor número de los lectores de un poema, diremos aquí, sólo de paso: que semejante ente no existe sino en la imaginacion de los que creen que la poesía consiste esencialmente en el estrépito de voces exóticas, rancias, y sobre todo rebesadas, complexas y hondisonantes. Estos son en efecto los que en la poesía prefieren al alimento del espíritu, que es la fluida, exacta y simple expresion de simples, nobles, útiles y exactas ideas, el retintin de insignificantes y ya confusas voces y frases, desusadas y abolidas por inútiles, y no por ignoradas. Estos son en fin los únicos que no sa-

ben en España que no hay otra dición poética que la de los Argensolas, Garcilaso y Lope, esto es: la que comprenden y admiran desde la primera lectura todas las clases de la Sociedad: que la locucion poética, en suma, es la de la Naturaleza: la mas rápida, honesta, animada, clara, suave, esforzada solo por la vehemencia y perceptibilidad que la aumenta un *ritmo* perfecto y adecuado á cada idea y al estado en que se supone al que la enuncia. »El verso para ser bueno ha de tener, (segun observa un gran maestro), todas las calidades de la mas exquisita prosa, elevándose á mayor altura que ella por medio de la medida, la melodía, la cadencia y la prudente audacia de los tropos ó figuras;» mas nó por la construccion enmarañada y los arcaísmos, (añade el traductor). Si Homero y el Tasso hubieran escrito á gusto de estos maniacos, llorarian hoy el mismo olvido que ellos; y es bien cierto que los pueblos de Grecia y de Italia no hubieran aprendido de memoria sus poemas. Desengáñense, pues. No llamen *prosaicos* á los malos

versos; porque esta expresion no es exacta. La buena poesia se hace con la buena prosa, el ritmo y la rima; la mala con la mala, y con las disonancias; la de ellos, que no es ni lo uno ni lo otro, (porque no es ni poesia ni prosa), se hace con esos materiales rotos ó informes de las ruinas, que no excitan á otra cosa que á suspirar y huir. Busquen, finalmente, en la poesia *Razon* y *Persuasion*; y entonces observarán que hasta despues de recibida la impresion de una bella idea no han percibido ni buscado el mecanismo de los sonidos que la expresan; y que, por el contrario: el verso que los conmueve ó deleita al herirles su sonido no encierra ciertamente una idea que les interese mas que aquel vano estrépito. Repitámoslo para no hablar mas de esto: la importancia ó la oportunidad de la idea, ó ambas cosas juntas, constituyen la sublimidad, y por consiguiente la poesia; la expresion mas simple, honesta, sonora y breve, es la mas sublime, y por tanto la mas poética. Este es un principio.

(y quizá el único innegable), universalmente reconocido y que no admite excepcion. Terrible desacierto habremos cometido si no hemos justificado esta doctrina con el ejemplo!

Pero sea de esto lo que fuere, nos contentarémós con que nuestros críticos se muestren tan imparciales con nosotros como lo fue con el célebre Poeta Delille, el que en el examen de su traduccion del *Paraiso Perdido* se expresa así: «No tratemos de averiguar si en esta traduccion se encuentran muchos ú pocos pasages vertidos con extraordinaria habilidad; examinémós sólo si en el conjunto ú total se perciben bien las formas, el colorido y la animacion del original.»

Por lo demas, no crée el traductor de la Enriada que le incumbe de ningun modo el refutar, y mucho menos el defender, (tratándose de sucesos y personajes tan conocidos), algunas opiniones del autor poco ajustadas á la sana crítica de los sábios españoles. A la historia de los tiempos á que corresponden ciertos hechos, y á la fi-

lososía del siglo presente, toca discernir la verdad, dejando siempre al autor en posesion de su propio juicio, y de la integridad de su inmortal poema. No niega sin embargo el traductor que quizá podria caracterizarse con exactitud esta obra, aplicándole la expresion con que Avellaneda ofendió á Cervantes, llamando á sus Novelas “mas satíricas que ejemplares.” Pero ¿con cuántos géneros de mérito no está indemnizado en la Enriada este defecto, si tál puede llamarse á un exceso de celo, contra delitos alevosos y abusos poderosísimos?

Ahora pudiéramos tambien disculpar, quizá oportunamente, nuestros desaciertos, explicando la dificultad de la empresa; y decir igualmente las razones por qué alguna vez hemos omitido ú ampliado algunas, aunque pocas y breves, frases del originál. Pero, de la dificultad de traducir en verso á un buen poeta, está ya todo dicho en muchos librós que á nadie han persuadido: este triunfo está reservado á la experiencia propia. Pruébese el crítico, y se admirará

de lo árduo del intento; muéstrase al público, y se convencerá de lo inglorioso de él; estudie, en fin, los tristes ejemplos que nos han dejado los *Mesas*, los *Velascos*, los *Leones* mismos, y nos absolverá (1). Uno de los innumerables comentadores de la *Enriada* refiere que cierto verso de ella se dió á traducir en latin á varios literatos, entre ellos al ilustre *Fontenelle*, y que todos lo dejaron por imposible. De este verso, que dice así:

(«*Tel brille au second rang qui s'eclipse au premier.*»)

admirable en frances, y bárbaro traducido literalmente á cualquiera otra lengua, cita el académico comentador hasta siete traducciones latinas, que son estas:

- 1.^a «*Qui nitet exoriens, sol saepè in vertice pallet.*»
- 2.^a «*Interdum amittit splendorem in culmine sydus.*»

(1) Sea lícito al traductor de la *Enriada* observar aquí con placér que la Andalucía ha producido los tres mejores traductores españoles de grandes poetas: Fray Luis de Leon, don Juan de Jáuregui, y don Francisco Javier de Burgos.

(XIV)

- 3.^a «Sol saepè assurgens pallet , qui luxit in ortu.»
4.^a «Est qui caligat prior , inferiorque refulsit.»
5.^a «Hic micat inferior , supremus deficit idem.»
6.^a «Primò saepè gradu obscuri , fulsere secundo »
7.^a «Inferior gradu fulsit , summo occidit idem.»

y concluye que para traducir este verso “ es indispensable sustituirle otra frase , y quizá otra metáfora. ” ¡Y esto en la ductil , enérgica y rapidísima lengua de Horacio! Basta , pues , en cuanto á la dificultad.

Por lo tocante á las razones que se han tenido presentes para omitir ó ampliar alguna rara frase del texto , el lector inteligente y bien intencionado no ha menester oirlas , y el que no lo és , ni quiere ni puede entenderlas. El canto I.^o , traducido mas literalmente que los otros , ha resultado tambien el menos *numeroso* de todos en español , sin serlo en francés. Este ejemplo bastará para probar la diferencia del tono y armonía *ritmica* de las dos lenguas ; pero para decidir la preferencia , deben examinarse prolijamente los lugares

mas brillantes de todo el poema, en particular del canto VII. Con esta ocasion debemos declarar aquí que toda expresion que pueda parecer exagerada sobre la del texto, debe atribuirse á la libertad indispensable para traducir en verso á un gran poeta, y no á otra causa alguna independiente del genio peculiar del autor, que es lo que se ha querido trasladar á una lengua tan superior como lo es la nuestra en energía, ya que no en exactitud, á la francesa.

Acerca de la crítica literaria que pueda ocasionar esta traduccion, diremos desde ahora que mirándola con el respeto y aprecio que merece todo buen consejo, no esperamos aprovechar de ella, estando determinados á no retocar mas nuestro trabajo, por mucho que lo necesite. Tal como sale á luz deben imputársenos todos sus defectos. El tiempo dirá si nos engañamos ó no en vaticinar á esta traduccion, tal cual és, un aprecio duradero, y cada día mayor, mientras agrade el texto.

Los lectores versados en la poesía española conocerán toda la razón con que se ha adoptado el romance endecasílabo con asonante para esta traducción, y son también los únicos que pueden quilatear exactamente el mérito de su aparente facilidad. A los demás lectores toca solo recrearse con la fluidez de su cadencia, sin duda más melodiosa que armónica, pero única propia para una obra larga, grave, narrativa, escénica y variada. Antes de decidirnos á emplear esta clase de versificación, previos otros ensayos, y examinadas muchas consideraciones en pró y en contra, nos fijamos en el principio de que el objeto esencial de todo poema es ser leído y entendido no solo con la menor fatiga posible, sino con un interés dulce y sostenido que lo retenga en manos del lector hasta haberlo concluido, con resolución de volverlo á empezar, y aun de encomendar á la memoria sus versos más notables. Así: si nuestra traducción no llena este objeto, confesamos desde ahora haberla errado crásamente; pero, también des-

de ahora declaramos que si el lector que la desdeñare acierta á ser apasionado de los antedichos taraceadores ó versistas de viejo, nuestro intento ha sido justamente merecer su desaprobacion. Por lo demas, no es dudable que la sombra de Monsieur de Voltaire acepte gustosa, como un obsequio de la lengua castellana, el mismo metro que el delicado Iriarte dedicó á Virgilio, yá que por desgracia no pueda consagrarle el mismo traductor.

Para no volver á hablar de esto nos hemos dilatado hoy. Concluimos, pues, advirtiéndole que por no engrosar inutilmente por ahora este volumen no insertamos en él las notas, prólogos y discursos que andan ordinariamente con el original, y que publicaremos, uniéndole á ellos el *Ensayo sobre el poema Epico*, del mismo autor, y aun la parodia ó imitacion jocosa de la *Enriada*, si por ventura algun dia debiéremos dar una segunda edicion.

Madrid 26 de octubre de 1821.

*Hecho histórico que sirve de
fundamento á este poema.*

Acia fines del siglo XVI prorrumpió en Francia la guerra civil llamada Guerra de la Liga. Sostenianla diferentes magnates del reino declarados enemigos de Enrique III, y de Enrique de Borbon, rey entonces de Navarra, que debia ser y fue su sucesor en el trono de Francia.

A las quejas y justas tachas de que era objeto el incapaz Enrique III supieron unir malignamente los caudillos de la Liga la razon de escándalo de ser Enrique de Navarra de religion protestante; con lo que ganaron y se adhirieron el fanatismo de muchos eclesiásticos, la influencia de España y Roma y el engañado celo de una gran parte del pueblo.

Este Enrique IV de Borbón que yá coronado Rey de Francia venció y extinguió la Liga pacificando el reino, es el Héroe ó protagonista de este Poema. •

Indicaciones acerca de los principales personajes, y objetos notables, que se nombran en este poema.

BORBON ú **ENRIQUE**. Este es el nombre que se dá indistintamente á Enrique IV.

VALOIS. Enrique III último rey de su dinastía en Francia, aliado y predecesor inmediato de Enrique IV. Siendo Duque de Anjou fue elegido Rey de Polonia, cuyo trono ocupó hasta el fallecimiento de su hermano Carlos IX de Francia.

FELIPE. Felipe II de España.

ISABEL. Reina de Inglaterra, célebre por sus eminentes talentos políticos.

LUIS. San Luis Rey de Francia, considerado como el primero de la Dinastía de Borbon.

SIXTO. Quinto de este nombre entre los Pontífices de Roma católica. Antes de entrar en la orden de san Francisco habia guardado ganado en su pueblo. Nótase esto para explicar un verso de este poema, en que se le nombra

«El Zagál venturoso de Montalto»

CATALINA. (De Medicis), Reina de Francia, de quien dá completa noticia el poema.

GUISA. El Duque de Guise, de la casa de Lorena, jefe de la rama de este apellido establecida en Francia. Creador y primer Caudillo de la Liga.

MAYÉN. El Duque de Mayenne, hermano del de Guisa, y su sucesor en el mando y dirección de la Liga.

MORNAY. Duplessis-Mornai, considerado como el hombre mas sábio y virtuoso del par-

tido protestante; amigo digno é inseparable de Enrique.

DAUMÁL. El caballero d' Aumale, hermano del duque de este título; de la casa de Lorena.

ESSEX. Roberto de Dreux, conde de Esséx; favorito de la reina Isabel; general comandante del cuerpo auxiliar inglés enviado por esta soberana á Enrique IV. Por resultas de su mismo favor murió decapitado en 1601.

DEGMÓND. General español, de origen flamenco, enviado por Felipe II al socorro de la Liga con 1800 lanzas españolas.

COLIGNI. (Gaspar de) almirante de Francia.

BESME. Asesino de Coligni, de origen Alemán, criado de la casa de Guise.

CLEMENTE. (Jacques Clement) Religioso dominicano, regicida de Enrique III.

LOS DIEZ-Y-SEIS. Conductores del rebellion en París, cuya ciudad estaba entonces dividida en 16 cuarteles, de lo cual provino el darles este nombre. El principal de ellos era

BUSSE. (Bussi-le-Clerc) maestro de esgrima.

EL LUVRE. Palacio de los reyes de Francia, en París.

LA LIGA. El partido llamado católico que sostenia la guerra civil contra los dos Enriques.

EL VENCEDOR NORMANDO. Guillermo el conquistador de Inglaterra, duque de Normandía.

WESTMINSTER. La antigua abadía de Westminster, hoy Palacio del parlamento en Londres.

NOTA DEL TRADUCTOR. *Se ha procurado comprender en el texto cuanto basta para que no sea necesario interrumpir la lectura con el fin de consultar estas indicaciones.*


CANTO I°

Proposicion. Invocacion. Estado de la Francia bajo Enrique III de Valois, y caracter de este monarca. Reúnesele Enrique de Borbon, Rey de Navarra, héroe de este poema. Establecen juntos el sitio de Paris. Proteccion de san Luis al héroe. Embajada de Valois á la Reina de Inglaterra por medio del héroe. Su partida. Experimenta una fuerte tempestad. Arriba á Jersey. Un anciano católico le vaticina, inspirado, su conversion al catolicismo, y su exaltacion al trono de Francia. Descripcion de Inglaterra y su gobierno. Arribo del héroe. Su coloquio con la Reina Isabel.

Canto aquel héroe que reinó en la Francia
Por fueros de conquista y de linage,
Y en una larga série de infortunios
Aprendió el de mandar difícil arte;
Calmó facciones; fuerte y noble supo
Reñdir y perdonar; rompió las Haces

Del Íbero, Mayén, la Liga; en suma:
Fue de sus pueblos vencedor y padre.

Baja ¡oh Verdad augusta! del Olimpo,
Y en mis versos tu fuerza y luz esparce.
Avécense á tus ecos los Monarcas.
A tí su obligacion toca enseñarles.
Tú debés referir á las naciones
De un rebelion los frutos lamentables.
Dí cómo la Discordia ha conturbado
Nuestras provincias; dí los duros males
Del pueblo, y de los príncipes los yerros.
Ven. Habla. Y pues que supo ya mezclarse
La Fábula otro tiempo á tu voz pura,
Y con su delicada mano ornarte
La casta sien: pues que sus sombras mismas
Dieron á tu esplendor mayor realce:
Permite que, tus huellas adorando,
Hoy unida á mi Musa te acompañe,
No para disfrazar tus atractivos,
Sino para ostentarlos mas amables.

Valois reinaba aún. Mas de sus manos
Descuidadas pendian y undulantes
Las riendas del Gobierno; leyes nulas,
Confundidos derechos, facultades,

Mejor dicho: Valois ya no reinaba.
Valois no era ya aquel príncipe grande

A quien de joven la Victoria misma
Consumó en la fatal ciencia de Marte;
Aquel cuyos progresos observára
Trémula Europa, y que al dejar sus lares
Llevó tras sí el amor de sus vasallos
Al norte, cuyos duros habitantes
Absortos ofrecían de diademas
Tributo á sus virtudes singulares....!
Sol se eclipsára el brillador Planeta:
El bravo Capitan fue un Rey cobarde.
Reclinado en el trono, y arrullado
Por la Molicie, hallaba insoportable
De la corona el peso. Los mancebos
Que en su nombre reinaban, eran tales
Como amigos de un Rey afeminado;
Políticos de todo mal capaces,
Que para dominarlo lo tenían
Ébrio siempre en placeres sensüales.

Los Guisas, entretanto, cuyo arrojo
Al par de mengua tal sube á gigante,
En París forman la funesta Liga;
De su débil poder fuertes rivales.
Desenfrenados los ilusos pueblos,
Siempre torpes esclavos de los Grandes,
Odan su Rey, y adoran sus tiranos.
Abandónanle y huyen sus falaces

Amigos. Por la plebe es arrojado
Con vilipendio de sus techos reales.
París se llena al punto de extranjeros.
Todo, todo apresura un deplorable
Término.... cuando, en fin, Borbon parece.
Borbon, el virtuoso, que constante
Amando al Rey amigo, al deudo ciego,
La venda del error viene á arrancarle.
Reanima su vigor, guia sus pasos
De los lascivos juegos al combate,
Del oprobio á la gloria, y juntos vuelan
Hasta ver de París los homenages.
Roma se sobresalta, Iberia ruge,
Y Europa toda, en el dudoso trance
Interesada, en los rebeldes muros
Clava los ojos, pálido el semblante.

Mientrastanto en París la atroz Discordia,
A la guerra incitando con tenaces
Impulsos á Mayén, la Iglesia, el vulgo
Y la Liga, en sus torres colosales
Encaramada, auxilios pide á Iberia
Con ahullido feroz. Este espantable
Monstruo es malentrañado, sanguinario;
Enemigo mortal de sus secuaces;
Su supremo deleite es ver desdichas;
Se lava de sus hijos con la sangre;

Y déspota en los pechos que domina,
Feroz castiga el mismo mal que él hace.

Al lado occidental, por donde el Sena,
Huyendo de París, sesgo abre margen,
Fecundando sus plácidas riberas,
Hoi de justicia y paz dulces hogares,
Retiro inspirador, templo y trofeo
De la Naturaleza y de las Artes,
Y entonces campo de sangrientas lides,
El infeliz Valois junta sus haces.

Viéranse allí los héroes, de la Francia
Fuerzas columnas, divididos antes
Por sectas, y hoy por la venganza unidos.
Su suerte fían todos y su sangre
En manos de Borbon, que para unirlos
Supo primero el corazón ganarles.
Tan concordes proceden que presentan,
Bajo la muchedumbre de estandartes,
Entre tanta opinión sola una Iglesia,
Uno solo entre tantos Capitanes.

Desde el sublime sacrosanto Olimpo
Luis, de los Borbones noble padre,
Le observa entanto con amantes ojos,
Y el futuro esplendor de su linage
En el héroe presagia; sus errores
• Deplora; de su audacia se complace;

Con su propia corona ornarle quiere ;
Y aun quiere mucho mas: quiere ilustrarle.
Así á la suma exaltacion á Enrique
Por caminos para él inexcrutables
Guiaba el santo abuelo, oculto siempre
Su brazo protector, porque al juzgarse
Cierto de la victoria no adquiriese
A menos riesgo gloria menos grande.

Más de una vez al pie del alto muro
Viera ya la Fortuna vacilante
Cargar y huír los contrapuestos bandos ;
Y el Génio de la guerra, entrambos mares
Con las alas tocando, hollaba impío
Nuestros campos, (¡ ya secos arenales !)
Cuando Valois á Enrique estas razones
Dijo, cortadas por profundos ayes :
»Ocioso es referiros á qué extremo
Los destinos me humillan, pues mi ultrage
Participais. La Liga sediciosa,
Que alzó contra su Rey la mano infame,
En uno solo á entrambos nos persigue,
Confundiéndonos su odio inexorable.
París nos desconoce. Su obediencia
Ni á mí, que soi su Rey, quiere prestarme,
Ni á vos, que para serlo habeis nacido.
Vé que la ley, el mérito, la sangre,

Todo, en fin, por mi muerte al solio os llama;
Y vuestra rectitud, cauto y cobarde
Como reo temiendo, excluïros piensa
De un trono de que espera derribarme.
La Religion, en su furor tremenda,
Lanzó ya su anatema fulminante
Contra vos. Roma, que sin hueste propia
Sabe llevar la guerra á todas partes,
Sus rayos á la España ha encomendado.
El deudo, la amistad, el vasallage,
La fe rompieron: todos me abandonan,
O me siguen armados de puñales;
Y el español, de mis despojos rico,
Mis yermos campos tála y mis ciudades.

»De tantos enemigos acosado,
Fuerza es ya que tambien á Francia llame
Yo un extranjero. De la Reina ilustre
De los Britános la amistad ganadme
En secreto. Bien sé que el odio mútuo,
Y eterno en nuestros pueblos, no hace facil
Ni aun en las sendas de la gloria unirlos;
Que Londres siempre fue y será implacable
Emula de París. Pero un monarca
Que sus propios vasallos desleales
Arrojan de su trono, no conserva
•Ni patria ni vasallos. Castigarles

Debe, y reconocer por buen patricio
Solo al que en su venganza tome parte.

»No quiero aventurar tan grande empeño
De una obscura mision á las fatales
Lentitudes. A vos me entrego solo;
Solo dichos por vos sabrán mis males
Enternecer á pechos soberanos.
Id á Albión, y precediéndoos marche
Vuestra fama, que hablando en mi defensa
Me valdrá muchas huestes. Vencer sabe
Vuestro valor mis enemigos: sepa
Vuestra virtud de amigos rodeárme.»

Dijo: y el héroe, que en su gloria adora,
Se aflige, conociendo al escucharle
Que debe compartir el triunfal lauro;
Y en su interior lamenta que pasasen
Los á su corazon dulces momentos
En que, sin otro auxilio, en fuerte enlace
A solo su valor y Condé unido,
Hizo temblar la Liga formidable.
Mas ¿qué noble á su Rey desobedece?
La espada envaina, y los recientes háces
De sus laureles mira y abandona
A despecho de su ínclito corage.
La absorta hueste ignora sus designios,
Mas le fía su suerte. El héroe parte.

Turbada en tanto, la ciudad rebelde
Que aun le juzga en su campo, á cada instante
Teme un asalto, y de su nombre el miedo
Le causa alarmas, y le finge ataques.

Pronto atraviesa las Neustrianas selvas.
De sus privados solo el fiel Mornái
Le acompaña: Mornái, su confidente,
Mas no su adulator; del deplorable
Partido del error cuanto engañado
Virtuoso sosten, que con constante
Prudencia y celo á Francia y á su secta
Favoreció igualmente; censor grave
De cortesanos, en la corte amado;
A Roma grato al par que formidable.

Entre dos rocas, que del mar rugiente
Las rotas espumosas ondas baten,
Dieppe su hermoso puerto les ofrece.
La playa cubren de infinitas naves
Los diligentes pobladores; y ellas,
Soberbias de imperar los anchos mares,
Armadas y galanas los incitan
A emprender nuevos útiles viäges.

Ya el terso lago á un céfiro apacible
Abandona Aquilón, preso en los aires;
Lévase el ancla; alhuécense las velas;
Muye y mengua la costa, y pronto cáe

Detras del horizonte. La Inglaterra
Ya se descubre ácia la opuesta parte,
Cuando, súbitamente, el sol se oculta;
Silba horrísono el viento; el éther arde;
El cielo truena; el hondo mar mugiendo,
Devuelve el son, con eco interminable;
El reflejo y las ondas al marino
La muerte enseñan, el sepulcro abren.

Sereno Enrique en medio del conflicto,
Se acuerda solamente de los males
De su Francia, y los mústios ojos vuelve
Acia sus costas, como si acusase
Al cielo de oponerse á sus designios:
Tal, (aunque menos generoso y grande)
Cuando sobre las costas Epiréas
Contendiendo con ánimo incansable
Por el cetro del mundo, al mar y al noto
Entregando de todos los mortales
El destino, á Pompeyo y á Neptuno
César opone su fortuna instable.

Mas á este tiempo el Dios del universo,
Que hizo el sol, doma el mar, huella los aires,
Que es de ciencia y poder fuente inexhausta,
Que forma, ensalza y postra en un instante
Los imperios segun sus altos fines,
Desde el solio esplendente donde yace

En medio de los cielos, sobre Enrique
Derrama sus miradas paternales:
Guiarlo quiere con su diestra propia,
Y ordena á los revueltos huracanes
Lo lleven á la costa, ya vecina,
Donde parece que del agua nace
Jerséy; y al punto obedecido el cielo,
Ancla en su puerto la dichosa nave.

No lejos de la playa, un bosque umbrío
Ofrece grato asilo al navegante
Bajo sus enlazadas arboledas.
Roca sublime, que del fiero embate
Del mar las cubre, impide que el reposo
Turben allí los Euros implacables.
Inmediata se admira hermosa gruta
Ornada por la mano simple y hábil
De la agente y feráz Naturaleza.
En su seno un anciano venerable,
Prófugo de la corte, hallado había
El reposo que en ella buscó en valde.
Entregado al estudio de sí mismo,
Desconocido de sus semejantes,
Viviera allí tranquilo, recordando
Sus juveniles años deplorables,
Gastados entre amores y deleites.
Sirviéndole de trono el puro esmalte

De la floresta, y de concierto régio
De un arroyuelo el murmurar suäve,
Allí reinaba sobre sus pasiones,
Lédo aguardando el suspirado instante
En que su Dios á Sí lo reuniese
Para el durar de las eternidades.
Este Dios á quien sincero adoraba,
Su vejez protegiendo, en el selvage
Retiro compasivo habitar hizo
A la Sabiduría; y anunciarle
Queriendo el porvenir, de los destinos
Le dió á leer el libro inexcrutable.

Inspirado el anciano por el cielo
Conoce á Enrique, y sírvele al instante
Junto á una fuente un rústico banquete;
Obsequio para el príncipe agradable,
Que muchas veces en la humilde choza
Del labrador absorto se complace
De aceptar, cuando, huyendo de sí mismo
Y de la corte la prision brillante,
Cambia á ratos el cetro y la diadema,
Por el trato y amor de sus iguales.

Las turbulencias del cristiano imperio
Dieron materia á sus discursos graves.

Mornai, firme en su error, era del ciego
Calvinismo un apoyo incontrastable.

Enrique, vacilante todavía,
Imploraba las luces celestiales.

»Los errores (decía) han circundado
Al débil hombre en todas las edades.

¿Será qué yo, esperando en mi Dios solo,
La senda que á él conduce jamas halle?

Y un Dios, dueño del hombre, ¿no sería
Por él servido, si esto le agradase?»

• «Los decretos de Dios (dijo el anciano)
Debemos adorar sin imputarle

Los defectos del hombre. Yo ví un tiempo

Nacer en Francia el calvinismo. Frágil,
Escondido y humilde en los principios,

Le ví por torpes sendas elevarse

Lentamente á sus fines; y muy luego

¡Monstruo precóz! subir del lodo infame

A las glorias del mundo; regir reyes;

Desde el solio insultar á los mortales;

Y, audaz é irresistible, con pie inmundo

Conculcar y abatir nuestros altares!

Desde entonces en esta obscura gruta

Vivo oculto llorando los ultrages

De mi religion santa. Mi consuelo

Es pensar que no puede ser durable

Un culto tan fantástico. Al humano

Capricho debe un ser absurdo y fragil,

Y en él tendrá su fin, cual su principio.
Débil es como el hombre cuanto él hace.
Como el humo disipa Dios sus obras.
Solo Dios es eterno é inmutable.
En tanto que mil sectas enemigas
Riegan el mundo con humana sangre,
La Verdad brilla al pie de su Autor santo.
Jamás su luz sobre el soberbio esparce;
Mas quien la busca humilde al fin la encuentra.
Vos, que con alma recta procurásteis,
Ser ilustrado, lo sereis por ella.
De Dios sois elegido. A los combates
Y al trono de Valois su mano os guía.
Ya su voz ha ordenado que os allane
Sendas de inmortal prez á la Victoria;
Y sus decretos son inalterables.
Mas, sin que á vuestro espíritu ilumine
La Verdad santa, aspirareis en valde
A pisar de París los nobles muros.
De la flaqueza de las almas grandes
Evitad sobre todo el triste imperio:
No dejéis que Sirenas os encanten.
Temed vuestras pasiones. Al deleite
Y al amor resistid inexorable.
Que al fin cuando por un sublime esfuerzo,
De la Liga y de vos quedeis triunfante,

Cuando os haya debido un pueblo entero
Entre el horror de un cerco memorable
Su sustento, tendrán dichoso punto
De vuestro reino los inmensos males.
Entonces alzareis los gratos ojos
Al trono del gran Dios de vuestros padres,
Confesando que un pecho justo tiene
Derecho á confiär en sus piedades.
Id pues, que de su auxilio va seguro
Quien á él, en cuanto puede, es semejante.”

Cada palabra del ilustre anciano
En el gran corazon penetra y arde
De Enrique, como dardo enrojecido.
En su ilusion se figuraba hallarse
Trasladado á los tiempos venturosos
En que Dios mismo hablaba á los mortales,
Y la simple Virtud, rica en milagros,
Imperaba en los Reyes, y anunciarles
Sabia el por-venir. En fin, con pena
Se aparta del anciano venerable,
Despues de haber llorado entre sus brazos,
Y columbrado en tan precioso instante
La aurora del gran dia que sus ojos
Aun tardarán en ver. El buen Mornai
Se halló admirado, pero no movido.
Dios, dueño de sus dones celestiales,

Quiso ocultarse de él. En vano el mundo
De sabio otorga el título brillante
Cuando el error deslustra las virtudes.
En fin, mientras con pláticas suäves
El anciano inspirado por el cielo
Embelesaba al héroe, de los mares
Ahuyentó las Tormentas su voz dulce,
El sol apareció mas rutilante,
Y en seguida condujo hasta la playa
Al héroe, que á Albión al punto parte.

Al verla Enrique, en su interior admira
Las felices mudanzas de aquel grande
Imperio, dó el continuo torpe abuso
De tantas leyes sábias miserables
Hizo, al par que á los pueblos, á sus reyes.
En aquel campo ilustre, con la sangre
De tantos héroes inundado y rojo ;
Sobre aquel trono insigne y deleznable
De que cayeron tantos Soberanos ;
Una muger, fijando la inconstante
Fortuna, el esplendor de su gobierno
Libra á la admiracion de las edades.
Esta muger es Isabel ; la misma
Cuya rara prudencia tener sabe
De Europa el equilibrio en fiel balanza ,
Y hacer, que es mucho mas, su yugo amable.

Al indómito Ingles; (de vivir libre
Tan incapaz como de esclavizarse).
Bajo su imperio la Nacion olvida
Tantas como lloró calamidades;
El fértil prado sus rebaños cubren ,
Sus semillas la tróx, el mar sus naves.
Héroes en tierra, reyes de las aguas!
Neptuno mismo rinde vasallage
A su potente armada, y le tributa
El oro de los pueblos mas distantes.
Londres la opáca es hoi del mundo emporio,
De las ciencias fanal , templo de Marte.
Del antiguo Vestmínster las paredes
Albergan tres Poderes colosales
Atónitos del nudo que los ata.
La Comun-poblacion , el Rey , los Grandes,
Que el interes divide, la ley une ,
Todos tres miembros sacros, integrantes ,
De aquel cuerpo invencible, peligroso
Acia sí mismo, al par que formidable
A sus vecinos...! ;O feliz el pueblo
En que la ilustracion respetar sabe
El supremo poder, como es debido;
Y aun mas feliz si lleva el yugo suave
De un supremo poder que , como debe,
Respeta del comun las libertades!

»¡O Dios piadoso! exclama el tierno Enrique:
¿Cuándo á mi amada Francia querrás darle
La dulce paz, unida á su alta gloria?
¡O Reyes, qué leccion tan saludable
Para vosotros! Del sagrado templo
De Jano una muger guarda la llave;
Destierra á vuestros reinos la Discordia;
Y al pueblo que la adora feliz hace.”

Arriba, en fin, á la ciudad inmensa
Cuyo mercado en todo hace abundante
La sola Libertad. La Torre observa
Del vencedor Normando, y mas distante
El gran palacio de la ilustre Reina.
Seguido de su amigo inseparable
A él se dirige sin aquel estruendo
Ni altiva pompa en séquito y en trages
Que el prócer, sea cual fuese, ama en secreto,
Pero que menosprecia el hombre grande.
Habla, y su ingenuidad es su elocuencia.
Dice del reino los inmensos males.
Y su pecho magnánimo humillando
Hasta el ruego, aun en él hace palpable
Su grandeza. “Pues, qué! la reina exclama:
¿Vos servís á Valois? ¿De su mensage
Sois vos el portador? ¿Y Enrique mismo
Hoy, cual amigo fiel de su implacable

Perseguidor, á su favor me implora?
De vuestros famosísimos debates
Del uno al otro polo aun suena el eco,
¿Y á favor de Valois ve el mundo armarse
El mismo brazo que él temiera tanto?....=

Señora, es infeliz: esto te baste.
Valois fue esclavo, mas, limó sus grillos.
Feliz él si con ánimo constante,
Seguro de mi fe, cual debió siempre,
En solo su valor y en mí fiase.
Mas se dió fascinado á un torpe dolo,
Y su debilidad le obligó á odiarme.
Le he perdonado viéndole en peligro,
Le he vencido, y en fin voy á vengarle.
Vos ¡oh gran reina! en esta justa guerra
Cortar podeis laureles inmortales,
Vuestras virtudes coronar de gloria,
Y, en fin, tomando en nuestros triunfos parte,
Vengar conmigo ante la Europa absorta
De la púrpura régia los ultrages.

Impaciente Isabel, le pide al punto
Que las cosas de Francia le relate,
Y con prolija exactitud le explique
Qué máquinas ocultas de tan grandes
Mudanzas en París móviles fueron.
»Mil veces ya la inquieta Fama (añade)

Los sangrientos sucesos me anunciára,
Pero, menos exactos que locuaces
Sus ecos, la verdad y error confunden.
Vos pues, testigo ilustre, irrecusable,
De tamañas desdichas; vos, que fuísteis
Escudo ó vencedor en todo trance
De Valois, explicad: qué lazo os une.
El punto de este enigma descifradme;
Pues solo vos de hablar de vos sois digno.
Infortunios contad y heroicidades,
Y no olvideis, Señor, que vuestra vida
La lección de los Reyes va á llamarse.

Ai! (exclama Borbon), ¿será forzoso
Que yo mismo la historia lamentable
Hoy renueve ante vos? ¡Cielos airados!
¿Por qué memoria tal no sepultásteis
En insondable olvido? ¡O Reina ilustre!
¿Diré yo mismo de mi propia sangre
La iniquidad, la mengua, que aun hoy mismo
Me llenan de rubor al acordarme?
Pero vos lo mandais; y yo obedezco.
Otro, acaso, intentára disculparse
En mi lugar, fingido aspecto dando
A sus excesos y debilidades;
Mas yo no sé mentir: como soldado,
No como embajador, voy á explicarme.”

~~~~~

## CANTO II.

---

*Discurso del héroe, en que refiere á la Reina la historia de las calamidades de Francia desde su origen, y la memorable jornada llamada la Saint-Barthelemi.*

»El torrente de males ¡oh gran Reina!  
Que á Francia inunda es tanto mas horrendo  
Cuanto su manantial es mas sagrado.  
La misma Religion es quien ha puesto  
En manos del Francés el hierro agudo.  
Yo entre Ginebra y Roma no pretendo  
Sentenciar; pero en uno y otro bando,  
(Llámenlos como quieran sus afectos),  
He visto que contienden rabia y dolo.  
Si la perfidia debe el ser al yerro,  
Y si en las turbulencias que hoy agitan  
La Europa toda, es la traicion el sello  
Del encono falaz, ambos partidos  
Juzgo tan delincuentes como ciegos.  
Yo que, de la nacion mero soldado,

Dejé siempre al cuidado de los cielos  
De sus propios agravios la venganza,  
Jamás, intruso en ministerio ageno,  
Profané con mi mano el incensario.  
Eterna maldición, olvido eterno,  
Caiga sobre el Político que intente  
Reinar del corazón en los secretos,  
Convertir á los hombres con la espada,  
Y arrebatado de avaricia ó celo,  
Ensangrientando el altar, y hacer pretenda  
Al Dios de paz del homicidio obsequio.

» Pluguiera al mismo Dios, cuya ley busco,  
Que de Valois el íntimo consejo  
Pensára como yo; mas los dos Guisas  
De escrúpulos jamás capaces fueron.  
De un pueblo dócil gefes ambiciosos,  
El interés de Dios hacen pretexto  
De su propio interés, y al precipicio  
Conducen fascinado al mismo pueblo  
Cuya piedad cruel es quien lo incita  
A vibrar el puñal contra mi pecho.  
Yo vi á los ciudadanos degollarse  
Con celo atroz, por vanos argumentos  
Que no entendieron nunca!..... Vos, Señora,  
Sabeis lo que es la plebe, y los excesos  
De que es capaz cuando vengar presume

Los agravios de un Dios, y sin acuerdo  
De la misma virtud que servir piensa,  
Llega á romper de la obediencia el freno.  
Vos lo sabeis, pues el fatal contagio  
Ya amenazó de cerca á vuestros reinos;  
Mas no bien lo previó vuestra prudencia,  
Cuando vuestras virtudes lo extinguieron.  
Tranquila, en fin, reinais; Londres es libre;  
Y florecientes vuestras leyes vemos.  
Catalina siguió contrario rumbo.....  
La importancia, tal vez, de los sucesos  
Os hará desear saber quien fuese  
Esta muger famosa. El labio ingenuo  
De Enrique os lo dirá. Muchos hablaron  
De ella ya; pero no la conocieron.  
Para los mas la hacía impenetrable  
Su profunda doblez; mas yo, que atento  
Cuatro lustros al lado de sus hijos  
La observé, y vi nacer males tan fieros  
De sus maquinaciones, á mi costa  
Adquirí tan fatal conocimiento.

»La muerte prematura de su esposo  
Presentó á su ambicion un campo inmenso.  
Odiando en cada uno de sus hijos  
Un enemigo al empuñar el cetro,  
En derredor del trono su ímpia mano

Sembraba la discordia y los recelos,  
Contra poniendo, con atroz prudencia,  
Guisa á Condé, y el mismo pueblo al pueblo,  
Tan pronta á transigir con su enemigo,  
Como á mudar de amigos y proyectos.  
Esclava del placer, pero no tanto  
Como de la ambicion. Al mismo tiempo  
Que indecisa en la Fe, supersticiosa.  
En suma, por decirlo sin rodeos,  
No reuniendo una virtud apenas  
A todos los defectos de su sexo:::::  
Perdonad la imprudencia á mi franqueza.  
Demas que yo en el sexo no comprendo  
A quien de él tiene solo el atractivo.  
Isabel fue formada por el cielo  
Para regir al mundo, que la cuenta  
Entre sus grandes hombres el primero.  
»De inopinada muerte arrebatado  
Ya el segundo Francisco al padre tierno  
Se uniera en el sepulcro: mozo débil  
Que idolatraba á Guisa, y dejó incierto  
El juicio de sus vicios ó virtudes.  
Carlos, mas mozo aún, que hereda el cetro,  
Se llama Rey; mas Catalina sola  
Reina por él, é impone á todos miedo.  
Del hijo dócil la niñez procura

Eternizar, para afirmar su imperio.  
De la discordia enciende el hacha, y sella  
Con sangre el ilegítimo gobierno.  
De dos émulas sectas arma el odio;  
Y los campos de Dréux ven los primeros  
Estragos de su cólera. El anciano  
Montmorénci da fin á un siglo entero  
De mérito y fatigas, traspasado  
De un plomo, al lado del sepulcro regio.  
Junto á Orleäns es Guisa asesinado.  
Mi infeliz padre, á quien el hado adverso  
Encadenó en la corte, y harto débil  
Fue secuaz de la Reina á su despecho,  
Arrastró en ella su dudosa suerte,  
Hasta que al fin, á manos de su esfuerzo  
Autor de sus desdichas, peleando  
Por sus perseguidores, quedó muerto.

»Condé, que en mí, por nuestro mútuo daño,  
Ve de su hermano el único renuevo,  
Me adopta, de su arnés hace mi cuna,  
Y quiere ser mi padre y mi maëstro.  
En su campo, á la sombra de sus lauros,  
Mezclado con sus ínclitos guerreros,  
Aprendí de él á odiar el ócio, é hice  
De sus batallas mis pueriles juegos.

»¡Oh llanos de Jarnác! ¡Oh mano impía!

Bárbaro Montesquiú, menos guerrero  
Que asesino: Condé ya moribundo  
Cayó al horrible impulso de tu acero!  
Yo le vi herir; yo ví acabar su vida;  
Ah! demasiado joven é inexperto,  
No fue capaz mi inútil debil brazo  
De impedir ni vengar golpe tan fiero.

»Siempre á pechos heróicos fiar quiso  
Mi infancia debil compasivo el cielo.  
Coligni, de Condé sucesor digno,  
Por mí y por mi partido toma empeño.  
Cuanto yo soy, Señora, es obra suya;  
Con gloria, y en voz alta, lo confieso;  
Y declaro tambien, que si á la Europa  
Algun elogio con razon merezco,  
Si aun Roma aplaude á veces mis hazañas,  
Es á tí ¡oh Sombra ilustre! á quien lo debo.

»Creeí á su vista, y mi valor naciente  
Ensayando, aprendí los rudimentos  
De la ciencia marcial, y de los héroes  
El arte ilustre en su admirable ejemplo.  
Yo le he visto á despecho de sus canas  
Cargar sobre sus hombros todo el peso  
De la causa comun, y sostenerla  
Contra la Reina y la Fortuna á un tiempo.  
Amado tiernamente de los suyos,

Reverenciado en el partido opuesto,  
Desgraciado tal vez, constante siempre,  
En el ataque y retirada experto,  
Mayor, mas admirable, y aun temible  
En las mismas derrotas, que lo fueron  
Gastón ni el gran Dunois durante el curso

● Brillante de sus prósperos sucesos.

»Al cabo de diez años de alternadas  
Fortunas, Catalina viendo llenos  
Nuestros campos de tropas de un partido  
Que juzgó anonadado, y no queriendo  
Combatir y triunfar mas tiempo en vano,

De la Corte los ocios alagüeños  
Nos ofrece, y por último recurso

Nos da la paz, vencernos no pudiendo.

¡Pero qué paz! ¡Oh Dios de las venganzas!

¡Dios de justicia, á cuyo trono apelo,

Cuánta sangre regó su infausta Oliva!

¿Y es posible que así, ¡divinos cielos!

A los vasallos sus monarcas mismos

Allanen del delito los senderos?

»Coligni, que aunque armado contra Francia,

La amaba tiernamente, y en secreto

Se conservaba fiel á su monarca,

Previó y aprovechó el feliz momento

De salvar el Estado y ver reunidos

Con fuerte lazo sus dispersos miembros.  
Rara vez desconfía el hombre grande.  
Entre sus enemigos pasa, ageno  
De la menor sospecha, y al palacio  
Me acompaña y me guía. Con extremos  
De madre me recibe Catalina.  
En sus brazos me estrecha largo tiempo.  
Al héroe muestra y jura una sincera  
Amistad, y entregarse á sus consejos.  
De honores y de dádivas le colma.  
En fin inspira en todos mis afectos,  
Con la apariencia del favor del hijo,  
No menos esperanzas que deseos.

»¡ Oh cuanto mas pensamos que durára!  
Muchos tenian ya por fraudulento  
Tanto favor, que el dón del enemigo  
Debe siempre mirarse con recelo.  
Mas, al paso que crecen las sospechas,  
Cubre y aumenta el Rey sus fingimientos.  
La inicua madre, que el perjurio y dolo  
Grabó en su corazon con los preceptos  
De la crianza, hiciera á todo crimen  
Su incauto y debil corazon propenso.  
Y el príncipe infeliz, que sus lecciones  
Ciego aprendió, y á quien el propio genio  
Instigaba á seguirlas, de esta escuela

En breve ¡qué dolor! salió maëstro.

»En fin, para ocultar mas facilmente  
De su perversidad el gran misterio  
El título de hermano darme quiere,  
Y á su hermana me ofrece en casamiento.

¡Oh nombre engañador! ¡Lazo infelice!

¡Sacrílegos y vanos juramentos!

¡Oh yugo, primer sello de mis males!

• Tus hachas esplendentes ¡oh Himenëo!

Por la celeste cólera encendidas,  
De mi madre alumbraban el entierro,  
Y mis incautos ojos no lo vian!.....

No soy, Señora, injusto; ni pretendo  
Imputar esta muerte á Catalina;

Pudiera á tal sospecha dar asenso  
No sin razon quizá: mas los delitos  
De la que tiene tantos no aumentemos.

Muerta mi madre, ( perdonad el llanto  
Que arranca de mis ojos tal recuerdo ),

En fin el desgraciado instante llega  
De dar á sus maldades complemento.

»Anticipadas contraseña y orden  
A favor de las sombras y el silencio  
De la tranquila noche, hasta la Luna,  
De horror al parecer mostró encubierto  
El rostro, aunque era el mes en que mas brilla.

En brazos de inocente y dulce sueño  
Yacía Coligní, cuando de pronto  
De horribles gritos lo despierta el eco.  
Salta del lecho, escucha, observa, y nota  
Que van por todas partes discurriendo  
Cuadrillas de asesinos, cuyas téas  
Reflejan en sus diestras los aceros.  
Advierte de un motin las oleadas.  
Oye gritos de alarma; ve el incendio  
De su propio palacio; sus criados  
Ensangrentados, y en la llama envueltos;  
Oye cual braman de ira los malvados,  
Clamando sin cesar con roncós pechos:  
,Todos dehen morir. Tal de Dios mismo,  
,De la Reina y del Rey, es el decreto.'  
Su nombre se repite entre la turba;  
Cuando ve que se acerca á su aposento  
Teligni, esposo amante de su hija,  
De su familia y su vejez consuelo,  
Esperanza y honor de su partido;  
El cual, de sangre y palidéz cubierto,  
Traspasado de heridas, y arrastrado  
Por los soldados, el postrer aliento  
Iba á rendir, pidiéndole venganza.  
»El noble anciano, que se ve indefenso,  
Y su fin considera tan preciso

Como imposible el dilatarlo, al menos  
Quiere morir como vivido habia,  
Su virtud y su honor dejando ilesos.  
Ya las puertas estaba violentando  
La plebe, cuando él mismo con denuedo  
Las abre, y á su vista se presenta  
Con aquel sacro inalterable aspecto  
Que en las mas árduas lides le hizo siempre  
De la obediencia y las victorias dueño.

»Ante el semblante y continente augustos  
Hiela á los asesinos el respeto,  
Y atados sienten los alevés brazos  
Por un poder desconocido de ellos.  
,Compañeros, dad fin á vuestra empresa,  
, ( Les dice ), enrojeced estos cabellos  
, Que ocho lustros los riesgos de la guerra  
, Supieron respetar, y encanecieron:  
, Herid: nada os arredre: yo os perdono.  
, Mi vida vale poco, y yo os la cedo.  
, Prefiriera, es verdad, darla en el campo  
, Del honor, peleando á favor vuestro.” ::::  
Suspéndense los tigres á estas voces,  
Y cual hojas, temblando caen al suelo.  
Uno arroja las armas, espantado.  
Otro abraza sus pies, y en llanto acerbo  
Los inunda, embriagado en su vergüenza.

Coligné, en fin, parece este momento  
Mas que un héroe, cercado de asesinos,  
Un gran Rey, adorado por su pueblo.

»Bésme, que en el vestíbulo le aguarda,  
Nota la detencion, y entra corriendo  
Airado de que el crimen se dilate,  
A excitar á sus viles compañeros;  
Mas los halla llorando, y prosternados.  
Él solo, erguido permanece en medio,  
A tan tierno espectáculo insensible;  
Él solo imaginó de todos ellos  
Que á su deber faltaba y á la Reina  
Si escuchaba el menor remordimiento.  
Penetra por la turba, se dirige  
Al héroe, que le vé llegar sereno,  
Y de pronto, volviendo ácia otra parte  
La fosca vista, le atraviesa el pecho.  
Ah! temió todavía una mirada  
Capaz de derretir brazo y acéro.

»Tál del mayor de todos los franceses  
Fue el fin. ¡Oh monstruos! ni aun despues de  
muerto

Le librásteis de insultos y de ultrages.  
De pájaros voraces fue alimento  
Su cadaver, disperso é insepúlto.  
La cabeza tan sola, en don horrendo

Fue llevada á los pies de Catalina:  
De hijo y madre ¡qué horror! digno troféo.  
Recíbelo la Reina inalterable;  
Ni muestra hacer de la venganza aprecio,  
Ni á la piedad ni al gozo inclina el rostro:  
Tan dueña de sus íntimos afectos

Como ya acostumbrada á dones tales.

¿Quién podrá presentar ni aun el bosquejo

De los horrores de esta infausta noche?

Un mero ensayo, débil é imperfecto,

De sus delitos fue este asesinato.

Verdugo sin infamia un pueblo entero,

En su opinion por el honor guiado,

Marchaba con furor, hollando ciego

Miles de sus hermanos moribundos.

Guisa, que lo acaudilla, le dá ejemplo,

Vengando así los mánes de su padre

En cuantos juzga á su partido opuestos.

Nevérs, Gondí y Tavánne lo acompañan,

La diestra armada de un puñal sangriento,

Y en la siniestra las terribles listas

De los que deben ser de su ira objeto.

» Yo no podré expresar la gritería

Del tumulto; la sangre que corriendo

De París por las calles tiñó el Sena;

El hijo en brazos de su padre muerto;

De la hermana el hermano; de la madre  
La débil hija; los esposos tiernos  
Bajo sus lechos muertos abrazados;  
Los niños estrellados contra el suelo:::~::~  
Nada de esto es ya nuevo en la ira humana.  
Lo que apenas los siglos venideros  
Podrán creer, y aun temo que vos misma  
Os detengais, Señora, en darle asenso,  
Es que estos monstruos, ya nadando en sangre,  
Y de ella cada instante más sedientos,  
Por las exhortaciones concitados  
De indignos Sacerdotes, al Eterno  
Invocan al herir á sus hermanos;  
Y levantando con fervor al cielo  
Las rojas manos, el vapor que exhalan  
A Dios ofrecen como puro incienso!

» ¡Cuántos héroes vilmente asesinados!

Un Pardaillán, un Rénel descendieron  
A la insondable muerte con vosotros  
Guerchí valiente, Lavardín discreto,  
Dignos de mejor suerte y de más vida.

» Entre los infelices que en el seno  
Del sepulcro arrojó tan triste noche,  
Marsillac y Soubise defendieron  
Notable espacio su existencia inútil;  
Hasta que al fin, heridos, sin aliento,

Batidos, arrollados y arrastrados  
Alternativamente, al átrio régio  
Del Lúvre llegan, cuyas altas puertas  
Tiñen y abrazan, y con débil eco  
Imploran la piedad del Soberano.....  
Cuya perfidia nunca conocieron.

»Desde su augusto sólio Catalina  
Con tranquilo semblante estaba viendo  
Como fiesta plausible el gran destrozo.  
Curiosos sus cobardes palaciegos  
Los arroyos de hirviente sangre observan.  
Cadáveres, en fin, y escombros fueron  
De tal dia, tal Reina y héroes tales,  
Digna pompa, triunfáles monumentos

»Pero ¿qué digo? ¡O crimen! ¡O vergüenza!  
¡Horrible cólmo de los males nuestros!  
El Rey..... el mismo Rey..... de sus verdugos  
Rodeádo, y rabioso persiguiendo  
A los proscriptos, sus sagradas manos  
En sangre de sus hijos.... Yo no puedo,  
Señora, proseguir..... En fin el mismo  
Valois, para quien hoy á implorar vengo  
Vuestro favor, y á quien con celo sirvo,  
Partícipe de todos los excesos  
De su feroz hermano, á la matanza  
Lo incitaba, en lugar de contenerlo.

No, á la verdad, porque su pecho alvergue  
Un corazon de piedra: por lo menos  
De sangre rara vez tiñó sus manos;  
Mas del delito el imperioso ejemplo  
Cual torbellino lo envolvió, y su culpa  
Fue de debilidad un puro efecto.

»Aun hubo alguno á quien salvó la vida  
La turba protectora de los muertos.  
De Caumónt, tierno infante, la aventura  
Será famosa en los futuros tiempos.  
El noble anciano padre reposaba  
Entre sus dos amados pequeñuelos,  
Cuyos brazos le ciñen. Los malvados  
Que le buscan ansiosos, de ira ciegos,  
Con indistintos repetidos golpes  
Esconden los puñales en sus senos;  
Y de impulsos tan varios contrastada  
Vuela incierta la Muerte sobre el lecho.  
¡Solo en manos de Dios está el destino  
Del hombre, y cuando quiere defenderlo  
Es vana la malicia de su hermano!  
Ni un solo golpe alcanza al niño tierno,  
Por su invisible mano protegido.  
Del moribundo padre el tibio cuerpo  
Le sirvió de muralla impenetrable,  
Burlando así el furor del Rey y el pueblo,

Y á costa de su vida al hijo amado  
Dando segunda vez el ser primero.

»¿Qué hacía Enrique entanto, y donde estaba?  
Tranquilo, en fé de falsos juramentos,  
Dormía en las alcobas de palacio,  
Del triste caso por su mal ageno.  
¡Oh noche! ¡Horrenda noche! ¡Sueño infausto!  
Del alba me despiertan los reflejos  
Para que los cadáveres distinga  
De que atrios y salones estan llenos.  
¡Ah! mis ojos se abrieron aquel dia  
Solo para lavar del pavimento  
Las manchas sanguinosas con mi llanto.

»Llegan por fin los viles á mi lecho,  
Levantando los brazos parricidas.  
Júzgo mi muerte cierta, y les presento  
Desnudo el pecho, apercebido al golpe.  
Mas, fuese que un vestigio de respeto  
A la sangre reäl aun conservasen,  
O bien, quizá, que el inhumano ingenio  
De la Reina juzgase poco agudo  
Este suplicio, ú, lo que yo mas creo,  
Que resolviese en réhenes conservarme  
Para tener en sus borrascas puerto,  
No consuman su arrojo, y solamente,  
En su nombre, mis pies cargan de hierros.

»Coligni, mas feliz, y aun envidiable  
Si ya vilmente asesinado, al menos  
Perdió solo la vida, y al sepulcro  
Su libertad y gloria le siguieron::::  
Mis palabras, Señora, os estremecen:  
Os pasma tanto crimen, bien lo veo:  
Mas no oisteis aún la menor parte.  
Cualquiera hubiera dicho que del centro  
De su palacio esta muger impía  
Movió con una seña á todo el reino,  
Pues todo se inundó de sangre humana,  
Siguiendo de París el triste ejemplo.  
¡Qué enérgica se muestra la obediencia  
Cuando quiere el delito un Rey perverso!  
Por cien mil asesinos fue servida.  
Y los rios de Francia en mucho tiempo  
Al alterado mar no tributaron  
Mas que sangre francesa y cuerpos muertos.»



## CANTO III.

*Continuacion del mismo discurso. Respuesta de la Reina.*

”Ya que de los destinos el decreto  
A tamañas crueldades hubo dado  
Libre curso durante algunos dias,  
Rinde á los asesinos el cansancio,  
O la falta de víctimas. El pueblo,  
De quien la Reina pérfida armó el brazo,  
Abre los ojos, su delito advierte,  
Y con la prontitud que á los desbarros  
Se da á la compasion, y oye el gemido  
De su afligida patria y sus hermanos.  
En fin el röödor remordimiento  
Entra hasta el mismo corazon de Carlos.  
Crecido había con fatal progreso  
La corrupcion de sus primeros años;  
Mas no logró acallar la voz interna  
Que aun sobre el trono aterra á los malvados.  
Por su madre educado, y seducido  
Con doctrinas y ejemplo, sin embargo

Aun no estaba cual ella empedernido.  
Asalta la tristeza al pecho flaco,  
Ministra de la muerte, á quien entrega  
Su infeliz juventud. El dedo sacro  
De Dios le hirió, tremendo en sus venganzas,  
Para imponer con el ejemplo espanto  
Al que imitarlo pretendiese un dia.  
Yo le ví agonizar: aun no ha borrado  
Su horrenda imagen de mi vista el tiempo.  
Por un volcan interno devorado,  
La sangre que arrojaba por los poros  
A la que se vertió por su mandato  
Salió á desagraviar, dando escarmiento  
Con un castigo al crimen adecuado.  
El pueblo compasivo se conmueve,  
Y aun llora el prematuro fin infausto  
De un Rey débil y mozo, de quien pudo  
Triunfar el torpe ejemplo de los malos,  
Pero que si la edad lo corrigiera,  
Quizá anunciaba un menos mal reinado.  
»En el obscuro Septentrion la Fama  
Pronto esparce la nueva, y sin retardo  
El activo Valois á buscar viene  
La ensangrentada herencia del hermano.  
Rigiera entonces de Polonia el cetro  
Por eleccion á su valor fiado

Cuando, mas fuerte por su solo nombre  
Que por sus armas otros soberanos,  
Los votos reunió de cien provincias:  
¡Mucho pesa un gran nombre anticipado!  
Valois no supo sostener el suyo.  
No espere de mi lengua elogios vanos.  
Sabré sacrificarle mi reposo,  
Mis derechos, mi vida, cuanto valgo,  
Pero no la verdad; lo compadezco,  
Lo desiendo: no puedo celebrarlo.  
Cual breve exalacion pasó su gloria.  
¡Suceso lamentable, mas no raro!  
¡Cuantos Reyes se han visto vencedores  
En las batallas, y en su corte esclavos!  
El valor verdadero es la constancia.  
Y Valois por el cielo fue dotado  
De intrepidez, mas no de fortaleza.  
Débil ú omiso en los consejos árdus;  
Fuerte ante los peligros solamente;  
Mejor que para Rey, para soldado.  
Sus impudentes favoritos daban  
Riendas á su indolencia, gobernando  
En su nombre, aunque no con su noticia;  
Y encerrados con él en su palacio,  
Y al clamor de los pueblos oprimidos  
Sórdos como sus muros, promulgando

Leyes, si bien supuestas, destructoras,  
De Francia disipaban el erário,  
Invirtiendo en pagar sus torpes vicios  
La sangre y el sudor de los vasallos.

»Mientras que así tiranizaba al reino  
Valois, obedeciendo á sus tiranos,  
Parece Guisa, y el liviano vulgo  
Fija la vista en este nuevo astro.

»Su valor, sus hazañas, su alto nombre,  
Su continente noble y agraciado,  
Sobre todo, la prenda que enamóra  
Aun mas que la virtud al pecho humano,  
El don de gentes, pronto le asegura  
El aura popular que va buscando.  
Seductor sin igual, irresistible ;  
De sus pasiones, mas que Rey, Tirano ;  
Hombre de disimulo impenetrable ;  
Tan capaz de emprender designios vastos,  
Como de terminarlos en secreto ;  
Pronto en obrar, si en resolverse tardo ;  
De génio natural duro y altivo,  
Pero por arte popular y blando ;  
Con el pueblo deplora su miseria,  
De injusto todo impuesto motejando ;  
El mendigo se aparta de él contento,  
Sabiendo él mismo anticipar sus pasos

Acia la inmóvil tímida indigencia;  
De su largueza los brillantes rasgos  
En la ciudad anuncian su presencia;  
Al Grande, que aborrece, obliga á amarlo;  
Irreconciliáble, y mas temible,  
Si una vez ha ofendido; temerario  
Al proyectar, cuanto al obrar prudente;  
Igualmente grandioso en los desbárros  
Que en las virtudes; no temiendo á nada,  
Y todos los peligros calculando;  
Dirélo de una vez: príncipe insigne,  
Períto capitan, mal ciudadano.

»Cuando de su poder hubo hecho pruebas,  
Y creyó la inconstancia haber fijádo  
Del ciego vulgo, se arrancó el embózo,  
Y al trono mismo de su soberano  
Públicamente dirigió sus tiros.  
En París forma de la Liga el pacto,  
Que muy pronto se extiende al reino todo:  
Monstruo que pronto crece, alimentado  
Con sangre de los grandes y la plebe;  
Fecúndo solo en odios y en tiranos.

»Entonces se vé Francia con dos Reyes:  
Uno, de insignias solo decorado;  
Otro, á quien todos temen ó desean,  
Y apenas necesita el nombre vano.

»Movido del peligro, ú del estruendo,  
Despierta en fin Valois de su letargo.

Abre los torpes ojos, por desgracia

A luz tan fuerte ya desavezados,

Y apenas puede percibir el riesgo.

Pero al punto, oprimido del cansancio,

Se recuesta en el borde del abismo,

Y se duerme de nuevo descuidado.

»Yo, y solo yo, le quedo en tal peligro

Capaz de socorrerlo, y aun salvarlo.

Como heredero de su noble trono

Debí por su defensa armar mi brazo.

Juré morir con él ó verlo libre,

Y el auxilio le dí tan necesario.

»Mas Guisa, en el engaño harto perito,

Trabaja ocultamente en arruinarnos

Al uno por el otro. ¡Atroz malicia!

Si nó la Religion, su nombre santo

Fue el velo al menos del fatál misterio.

Por su falsa virtud desalumbrado

Reenciende el vulgo la inextincta hoguera.

El culto que sus padres profesaron

Les representa, y de las extranjeras

Sectas los aun recientes atentados.

Enemigo de Dios y de su Iglesia

Me pinta al bosquejarles mi retrato,

, A introduciros viene sus errores  
, Como suele ( les dice ); su dechado  
, Es Isabel la impía; y en sus templos,  
, Que hará sobre los vuestros arruinados,  
, Vais á oír sus misiones execrables!!! ....

Todos los corazones palpitaron

Al escuchar estas postreras voces.

Cunde el alarma; llega hasta el Palacio;

• La Liga, que aparenta sorprenderse,

Manda en nombre de Roma al Soberano

Que de mí se separe para siempre.

¡ Qué dolor! El monarca acobardado

Obedece sin réplica; y al punto

En que llegaba yo para vengarlo

Sé que á sus seductores sometido

Es mi enemigo el que antes fue mi hermano,

Y por debilidad mas que por odio

Me hace la guerra unido á mis contrarios.

» Compadezco su yerro, y á batirlo

En vez de socorrerlo me preparo.

Parece que la tierra en toda Francia

Contra mí brota ejércitos armados!

Joyeuse, impetuoso y fiel ministro

De las debilidades de su amo,

Avanzaba en mi busca: el noble Guisa,

Igualmente perito que esforzado,

Dispersaba sin choques mi partido,  
Haciendo interceptar todos los pasos;  
De este modo me hallaba comprimido  
Al tiempo que en empeño entré tan árduo.

» Al soberbio Joyeuse en Coutrás busco:::

De su derrota y fin desventurado  
Estais, Reyna, instrüida, y yo no debo  
Inútiles memorias renovaros.”

“No: no recibo la modesta excusa,  
(La ilustre Dama replicó); dignaos  
No privarme, Señor, de una noticia  
Que me instruye y deleita al mismo paso;  
No olvideis la jornada que hizo dignos  
De la inmortalidad vuestros trabajos  
Y virtudes, el nombre de Joyeuse,  
Y su fin, tan ilustre como infausto;  
Solo el autor de tan insignes hechos  
Es digno de contármelos, y acaso  
De oírlos no soy yo la mas indigna”....

Dijo: y el héroe, del rubor turbado,  
Baja los ojos, se sonrósá, y siente  
Que así lo fuercen á mover el labio  
En su propia alabanza, que es su historia,  
Y á su despecho el cuento comenzado  
Así prosigue: “Entre los favoritos  
De quienes era el debil Rey esclavo,

Joyeuse, ilustre por su nombre en Francia,  
Era el menos indigno de tan alto  
Favor por sus virtudes; y si el filo  
De la parca no corta tan temprano  
Tan bello estambre, en gloria y fama un día  
Al mismo Guisa compitiera acaso;  
Mas crecido en los ocios de la Corte,  
Adormecido en el letal regázo  
De Venus, en campaña solo pudo  
Oponerme un valor extraordinario;  
En héroe joven peligrosa prenda.  
Intrépidos también los Cortesanos  
Le siguen, y del seno de los vicios  
La muerte salen á buscar al campo.

»Cada cual sus empresas amorosas  
Declara por sus cifras y penachos.  
Las diamantinas esplendentes armas,  
Adorno y peso inútil de sus brazos,  
Multiplican el Sol; y todos ellos,  
Fogosos, impacientes, y bizarros,  
Mas del todo biseños, solo llevan  
A las batallas un orgullo insáno;  
Y fiados en su número y su pompa,  
Dirigen contra mí rápido el paso.

»¡De qué distinto modo los sorprende  
El aspecto marcial de mis soldados!

Sus ordenadas filas; su silencio;  
Los graves rostros, de vigotes canos;  
Los cuerpos, por los soles denegridos,  
De nobles cicatrices matizados;  
Sin mas galas que espadas y mosquetes;  
Siendo al de ellos en todo igual mi fausto,  
Y solo distinguiéndome en la pluma  
Que á los riesgos conduce y guia sus pasos!

» En fin, lógro arrollar al enemigo;  
De sus despojos ver cubierto el campo;  
Y ¡ó dolor! empapar, á mi despecho,  
En su sangre este acero y esta mano  
Que solo la estrangera verter deben!

» Es preciso, Señora, confesarlo:  
De todos los mimósos palaciegos  
Que la muerte segó en sus verdes años,  
No vi uno solo que á su adversa suerte  
Sucumbiese sin honra. Denodados,  
Todos con rostro igual, todos hiriendo,  
Se ven matar, sin dar atrás un paso.  
Tál fué en todos los siglos el carácter  
Del francés mas abyecto cortesano:  
La paz no debilita su alma noble;  
Del seno del placer vuela al asalto;  
En la batalla es héroe por la Gloria;  
Por ella es lisongero en el palacio.

»No me olvidé en lo ardiente del combate  
De prevenir, mas por desgracia en vano,  
Que se salve á Joyeuse. A poco obsérvo  
Que en hombros le conducen mis soldados,  
Rendido ya á la muerte el tierno cuello:  
Cual azucena, por el beso blando  
Del céfiro y el llanto del Aurora  
Criada para honor del verde prado,  
A quien de pronto el golpe de la estéva,  
O el ímpetu del Noto rompe el tallo.

»Pero ¡á qué recordar tan triste triunfo?  
Ojalá que pudiera yo arrancarlo  
De la Historia, y borrar los monumentos  
De glorias tan horrendas! ¡Este brazo  
No ha vertido otra sangre todavía  
Que la de mis franceses!... A tan caro  
Precio detesto mi grandeza, y odio  
Lauréles que regó mi triste llanto.

»De esta fatal jornada fué el efecto  
Profundizarse mas el hondo cáos  
De que en vano el buen Rey por salir pugna.  
Crece el desprecio al verlo desgraciado.  
París desobedece abiertamente.  
La Liga se insolenta. El alto grado  
De la gloria de Guisa lo exaspera,  
Su oprobio y su impotencia contrastando.

El mismo Guisa venga de Joyeuse  
La muerte en Vimorí, sobre el Germáno;  
Logra en Aunéa sorprender, y arrólla,  
Un cuerpo fuerte de mis aliados,  
Y en seguida en París entra triunfante.  
Como un Dios tutelar es invocado.  
Y Valois sufre el desplacer, la mengua,  
De ver tan sublimado á su adversario,  
Al tiempo que él se vé tan abatido  
Que cualquiera pudiera al compararlos  
No atreverse á decir con certidumbre  
Cuál de ellos fuese el Rey, cuál el vasallo.

»El valor mas pasivo al fin se irrita  
Con la vergüenza; y en el enervado  
Corazon de Valois causó este efecto.  
Resuélvese á reinar, y dar un paso  
Ácia su antigua autoridad perdida:  
Pero ¡era tarde! Estaban ya borrados  
En los pechos el miedo y el cariño.  
Y el pueblo sedicioso, acostumbrado  
Al desenfreno, apenas ve que trata  
De ser Rey, le moteja de Tirano.  
Se agavilla; murmura; pide; manda;  
Alista y arma á todo ciudadano;  
Abre y cubre trincheras, que en un punto  
Sitian y circunvalan el palacio.

»Guisa, ufano y tranquilo entre el tumulto,  
Incita y rige al ciego populacho;  
De la asonada temple los resortes,  
Manteniéndola pronta á sus mandatos.  
Agolpado en palacio el vulgo inquieto,  
Al menor movimiento de sus labios  
Hubiera muerto al Rey; mas él, contento  
Solo con verse dueño de aterrarlo  
De una simple mirada, le perdona  
La no envidiable vida, y sujetando  
Al insolente vulgo, le concede,  
Como una gracia, que huya disfrazado.  
Mucho intentó para vasallo Guisa;  
Mas para usurpador anduvo escaso:  
El que á su propio Rey llega á dar miedo,  
Óselo todo, ó júzguese arruinado.  
Lléno, en fin, de elacion, y presumiendo  
Ya incontrastables sus designios vastos,  
Vió no ser tiempo de ofender á medias,  
Y que una vez á tanto sublimado,  
Mas sobre un precipicio, no le queda  
Que elegir sino el trono ú el cadálso.  
Dueño absoluto en fin de un pueblo entero,  
Réo de sangre ya, y amotinado;  
El corazon henchido de esperanzas  
Y de temeridad; por el Romano

Protegido ; auxiliado del Ibéro ;  
Querido del Francés ; por sus bizarros  
Deudos obedecido eficazmente :  
Osa este altivo desleál vasallo  
En Francia renovar los tristes dias  
En que , de sus antiguos soberanos  
Los débiles cobardes sucesores ,  
Del trono , apenas de ellos ocupado ,  
Bajaban á cubrir de una capucha  
La sien , y á deplorar dentro de un claustro  
La Diadema , que huyendo abandonaban  
De un atrevido aventurero en manos.

»Valois , que dilataba su venganza ,  
En Blois juntaba entonces los Estados  
De Francia , augustas Cortes de su imperio.  
Lo que fue esta asamblea os ha informado  
La notoria verdad. Se propusieron  
Leyes en ella , no se ejecutaron.  
Pintóse con estéril elocuencia  
De nuestros males el inutil cuadro.  
En fin en esta Junta , como en todas ,  
Se supo ver el mal , no remediarlo.

»En el congreso el arrogante Guisa  
Parece ante su Rey con desacato.  
Junto al trono se sienta , y poseído  
De su proyecto , en cada Diputado

Presume ver, no ya un vasallo, un siervo.  
Al tiempo en que esta turba de malvados,  
Que le estaban vendidos, se apercibe  
Para elevarle al absoluto mando,  
Valois ejerce un repentino esfuerzo,  
Cansado de sufrirlo y perdonarlo,  
Y á vengarse y reinar se determina.  
Su rival, cada vez mas obcecado,  
Despreciando su cólera, se empeña  
En vez de complacerlo, en irritarlo,  
Juzgándolo sin brío suficiente  
Para intentar ni un vil asesinato.  
Mas, su adverso destino le cegaba,  
Y el tiempo de su muerte era llegado.  
Hízole el Rey matar á su presencia.  
De un puñal á los golpes reiterados  
Rindió la vida, hasta el postrér momento  
Su orgullo y fortaleza conservando,  
Y, ya exánime y yerto, pareciendo  
Que aun insulta y desprecia á su adversario.  
Así acabó un vasallo prepotente,  
De viciós y virtudes monstruo raro;  
Traidor con quien Valois usó ál vengarse  
Igual indignidad que en tolerarlo.

»Pronto se esparce la espantosa nueva  
En París; pronto atruena el aire vano

El grito de la plebe sorprendida;  
Corren al punto al pie del simulácro  
Del héroe los ancianos, las mugeres,  
Y en la consternacion y el entusiasmo  
Cada cual juzga que á vengar le excita  
Su hollado Dios, su padre asesinado.

»El formidable hermano del gran Guisa,  
Mayén, enmedio de la turba armado,  
Llóra, impréca, y convida á la venganza;  
Y, mas por su ambicion que por su agravio,  
En mil puntos enciende, atiza y riega  
Este fuego voráz. En tal hermano  
Del valeroso Guisa, que en la guerra  
Adquirió ciencia y crédito á su lado,  
Recayeron su gloria y sus designios;  
Y el cetro de la Liga dió en sus manos.  
Pronto olvida su pérdida reciente,  
En medio de una pompa que ama tanto;  
Y el que jamás obedeció gustoso  
A Guisa, con furor corre á vengarlo.

»Es Mayén en efecto valeroso;  
Y sabe con un arte delicado  
Dirigir y adunar bajo su imperio  
Los genios mas esquivos y aun contrarios,  
Haciendo amar su intrúsa tiranía  
Del que juzga ilegal el régio mando.

Distingue los talentos, y á su tiempo  
Usa de cada uno. Activo y cauto,  
Hasta de los revéses saca fruto.  
Guisa, con mayor brillo y aparato,  
Fue mas grande, mas héroe; pero dudo  
Que mas fuerte: tal es nuestro adversario.  
Cuanta la confianza que su genio  
Inspira en sus secuaces, otro tanto  
Es el influjo del valor brillante  
Del mancebo Daumál para inflamarlos.  
Daumál es el escudo de la Liga,  
Y de ella El Invencible apellidado:  
Yo dijera mas bien que del partido  
Es aquel la cabeza, y éste el brazo.

»El opresor político de Flandes,  
Vecino á todo convecino infausto,  
Católico tirano, audaz Monarca  
Que ha sentado en su trono y á su lado  
Al Artificio, ese enemigo vuestro,  
Y mío mucho mas por comarcano,  
Felipe, en fin, con armas, y oro y fraudes,  
Protege el rebelion. El potentado  
Presbítero, que viendo tantos males  
Debió solo pensar en remediarlos,  
Es quien de la discordia atiza el fuego;  
Y llamándose, y siendo de cristianos

Padre, pone en las manos de sus hijos  
¡Oh ceguedad! el hierro sanguinario.  
De todas partes de la Europa llueven  
Males sobre París. Un soberano  
Sin súbditos, é inérme acometido,  
Implora mi amistad, clama á mi amparo;  
Me juzga generoso, y no se engaña.  
Su infortunio y los males del Estado  
Mi cólera desárman, y me muestran  
En Valois solo un hombre, y un hermano.  
Tal era mi deber como Monarca:  
Socorrer á un Monarca desgraciado.  
Vuelo á buscarle, sin que precediesen  
Fianzas, mediacion, ni aun simples pactos.  
,En vuestro corazon está el peligro,  
,Le dije, y vuestra suerte en vuestras manos:  
,Venid conmigo á conculcar los muros  
,De París, ó á morir en el asalto,  
De un noble orgullo al escuchar mis voces  
Le advierto conmovido, y aunque acaso  
No deba confiár en que mi ejemplo  
Pueda haberlo de un todo transformado  
Tan repentinamente, me prometo  
Que no hayan sido mis esfuerzos vanos.  
Con las desgracias suelen las virtudes  
Reflorece; le he visto avergonzado

De su flaqueza: basta. ¡Oh cuantas veces  
A un Rey el infortunio es necesario!”

Del sincero Borbon tal fue el discurso,  
Que esfuerza solo con activos pasos,  
Para lograr socorros prontamente;  
A cuyo tiempo ya en los muros altos  
De la ciudad rebelde la Victoria  
Le llama á grito herido. De esforzados  
Británicos guerreros larga copia  
Ya atraviesa el famoso y breve Paso.  
Esséx rige su hueste; el valeroso  
Esséx, que del altivo castellano  
Conturbó la prudencia, y cuyas glorias  
Le impiden presentir su fin infausto.

Enrique no le espera: éste caudillo,  
Sediento de victorias, sía un plazo  
Muy breve á su partido. »Generoso  
Rey, Héroe digno de inmortal aplauso,  
( Le dice la gran Reina ), partid luego,  
Y seguro partid que sin retardo  
Os siguen mis intrépidos guerreros,  
No á servir á Valois, mas á ayudaros.  
Yo los confío á vuestro heróico pecho,  
Y vos habeis de verlos denodados  
Seguiros en las lides, á instruirse  
Más que á participar de vuestros lauros.

Disciplinados por tan gran maëstro,  
Y en la bélica ciencia consumados,  
Volverán á ilustrar la heróica patria.  
¡Plegue al cielo abreviar el suspirado  
Momento de la paz! La España auxilia  
A Mayén; el pontífice romano  
Contra vos pugna: id á acallar la España;  
Y no dejeis, Señor, en ningun caso  
De mirar como un fósforo impalpable  
Las iras del tonante Vaticanó.

» Felipe, sucesor como del cetro  
Del despotismo del altivo Carlos,  
Menos grande y valiente, mas sin duda  
Político no menos consumado,  
Se propone regir el universo  
Desde un hondo rincon de su palacio.

» Sixto, elevado al trono de lo abyecto  
Del polvo, con poder mas limitado,  
Abriga un corazon no menos fuerte.  
El Zagal venturoso de Montalto  
Es hoy rival de todos los Monarcas,  
Y en París como en Roma aspira al mando;  
De su triple diadema envanecido  
Hasta á Felipe trata de vasallo.  
Rival del fuerte, y opresor del débil,  
Imperioso, sagaz, pérfido, osado

Y amable, á Londres misma y á mi corte  
Ha extendido sus miras, aunque en vano,  
Y el mundo entero, á cuyo cetro aspira,  
Está por él revuelto y engañado.

»He aquí los enemigos cuyo orgullo  
Teneis que quebrantar, y que intentaron  
Triunfar tambien de mí; mas pronto el uno  
Lloró en el mar su audacia y su naufragio;  
Y al otro, que aun me estima, impuse en Roma  
No tan solo respeto sino espanto.

»Seguid, pues, impertérito la senda  
Del honor, y el empeño comenzado.  
Si triunfais en París, contad con Roma.  
De vos penden su insulto ó su agasajo.  
Contra vos inflexible, si vencido:  
Dócil, si vencedor: y á condenaros  
Como á absolveros pronta: en vuestro arbitrio  
Está encender, ó sofocar sus rayos.»

## CANTO IV

---

*Regreso del Héroe al campo de Valois. Rechaza las tropas de la Liga. La Discordia consuela á Mayén. Vuela por socorros á Roma. Descripción de esta Capital donde á la sazón reinaba Sixto V. Encuentra á la Política. Vuelve con ella á Paris. Subleva á la Sorbona; anima á los Diez-y-seis contra el Parlamento, y arma á los Claustrales. Pecen por mano de Verdugo varios magistrados partidarios del Rey. Turbulencias y desórdenes de Paris.*

En tanto que los dos ilustres Reyes,  
Sus privados coloquios prosiguiendo,  
Desentrañaban la sublime ciencia  
De sojuzgar y de regir los pueblos,  
Ve el Sena ensangrentado de la Liga  
Los estandartes azotar el viento.

Valois, lejos del héroe, conturbado  
Ya del éxito duda de su empeño.

Incapaz de mandar sin ser regido;  
Cuando mas libre, entonces mas perplejo;  
Seguro solo de vencer al lado  
De Enrique, ocioso anhéla su regreso.

Mas de sus omisiones aprovecha  
La activa Liga el perentorio tiempo.

De París salir manda sus legiones,  
A cuyo frente marchan el soberbio  
Daumál, Nemúrs, Brissác, Lachátre, el rudo  
San-Pól, y Canillác; todos guerreros  
Dignos de mejor causa, que muy pronto  
Espantan á Valois con sus progresos,  
Y en su alma inspiran, vacilante siempre,  
Nuevos temores, y arrepentimientos.

Entre estos enemigos de sus Reyes,  
Largo tiempo esgrimió el brillante acero  
De Joyéuse un hermano: sér extraño,  
De caracter tan leve y tan inquieto,  
Que París le observó en un breve plazo  
Dejar la corte por el claustro, y luego  
El claustro por la corte nuevamente;  
En un día eremita y palaciego,  
La lanza arroja, abraza el crucifijo,  
Abandona el sayal, viste el colete;  
Desde el altar, regado con su llanto,  
Parte á incitar á la matanza al pueblo;

Y con la mano consagrada esgrime  
El puñal que á su patria rompe el seno.

Mas, ninguno tan fuerte y formidable  
Entre tantos intrépidos guerreros,  
Ninguno mas mortífero en las filas,  
Que el gallardo Daumál; príncipe tierno  
De la sangre Lorena, en héroes fértil;  
De la ley, del monarca, y del sosiego  
Igualmente enemigo, y que á la nata  
De los nobles doncéles dando ejemplo  
Y órdenes inviolables, y con ella  
Batiendo la campaña en el silencio  
De la lóbrega noche, ó en presencia  
Del astro soberano de los cielos,  
Arrolla cuanto encuentra, y con la sangre  
Del sitiador matiza el verde suelo.  
Tál del erguido Cáucaso ú del Áthos,  
De cuya cima apenas ver podemos  
Como un leve celage mar y tierra,  
Suele lanzarse el buytre carnicero  
A arrebatarse en los ethéreos golfos  
Las aves, ó en el prado los corderos,  
Cuyos despojos en la fuerte garra  
Látan aun vivos cuando en rauda vuelo  
Torna dando graznidos que replica  
Su cóncava mansion con ronco estruendo.

Al campo mismo de Valois penetra,  
Ébrio de gloria, y de esperanzas lleno.  
La noche y la sorpresa el susto aumentan.  
Todo empieza á ceder á sus esfuerzos  
Como á un torrente asolador que envuelve  
Cuanto toca su margen extendiendo.

Mornai, en tanto, que á su Rey precede,  
Llegaba al campo al punto en que el lucero  
De la mañana adorna el horizonte,  
Apénas cual celáges percibiendo  
De la ciudad los altos torreónes,  
Cuando de pronto lo sorprende el éco  
De la confusa zambra de un combate.  
Corre al sonido, y halla en un extremo  
Desorden los soldados del monarca  
Y aun los de Enrique; y grita: "O Dios! qué es  
esto?....."

»Llega Enrique, y huis así?..... Cobardes!

»Huis así ante Enrique? Caballeros!"

Suspéndese á su voz el campo todo.  
Y cual de Roma el fundador excelso  
A los suyos detuvo ante el Sabino,  
Solo nombrando á Júpiter supremo,  
Así Mornai, nombrando solo á Enrique,  
Junta los escuadrones ya dispersos.  
El rubor los inflama; en orden marchan,

## LA ENRIADA.

Clamando á un grito: »Venga el héroe nuestro,  
»Y nos verá triunfar.» En este instante  
Se presenta Borbon al frente de ellos,  
Brillante cual relámpago en la noche.  
Vuela hasta preceder al primer cuerpo;  
Lo guia al enemigo, y todos siguen.  
Cárga, y al punto vé mudar de aspecto  
La suerte del combate. De sus ojos  
Salen centellas, muertes de su acéro.  
Sus cabos reanimados lo circundan.  
La Victória abandóna á los protérvos,  
Que se disuelven, como el puro rayo  
Del Sól bórra en el éther los lucéros.  
¡Ai Daumál, cuan en váno en reünirlos  
Y animarlos empéñas tus esfuerzos!  
La voz de Enrique los ahuyénta, y témen  
Hasta volver la vista por no verlo.  
Así, apénas empieza un gefe á unirlos,  
Cuando los vuelve á dispersar el miedo,  
Y hasta el mismo caudillo, arrebatado,  
Parece á su pesar que huye con ellos.  
Tal rueda el monte entre disueltas nieves  
Grueso peñón, que amenazaba al cielo.  
Pero ¡qué digo? Aun logra detenerse;  
Aún muestra al vencedor su noble aspecto,  
Su temida cuchilla; de los suyos

•Aún logra desprenderle su desnudo,  
Y torna á la pelea; un breve instante  
Al vencedor absorto aun dá respeto,  
Y detiene en su marcha impetuosa;  
Mas, pronto comprimido en cerco estrecho,  
Con una muerte infausta al par que ilustre,  
Va á pagar su fatal atrevimiento.

Al verlo la Discordia se estremece,  
Y con piedad feróz cauta temiendo  
Perder en él su mas precioso apoyo,  
Rápidamente vuela á socorrerlo.

Se le acerca invisible; le guarece  
Bajo su egída de infernal acero,  
Resplandeciente, impenetrable, inmensa,  
Que enciende en rabia ponzoñosa el pecho

A que se opone, si mirar se deja,  
Si se oculta, lo llena de vil miedo.

Por la primera vez, ¡oh inexorable  
Deidad, hija dilecta del Averno!

Pareciste piadosa, no lo fuiste;

Salvaste un héroe, con el propio intento

Con que á mil otros diste horrenda muerte:

Multiplicar los males, y extenderlos!

En fin, á la Ciudad salvo le lleva,

De heridas, no sentidas de él, cubierto;

Y allí celosa á restañar se aplica

La noble sangre que vertió en su obsequio.  
Mas al paso que el cuerpo fortifica,  
Hinche su corazon de atróz veneno.  
Tal con falsa piedad suele un Tirano  
A veces perdonar la vida á un reo,  
En crímenes secretos emplëarlo,  
Y en seguida al cadálsó devolvèrlo.

Enrique se aprovecha diestramente  
De esta ventaja con que á su denuedo  
Favorece la suerte de las armas.  
Sigue y estrecha sin perder momento  
Al absorto enemigo; á un tiempo mismo  
Traza asaltos, batallas, sitio y cerco;  
Y abriendo la trinchera graba en tierra  
De su conquista el celestial decreto.

Valois, ya esperanzado y socorrido,  
Dá á sus tropas y déllas toma ejemplo,  
Dirige al zapador, vigila y canta.  
¡Placér hay en el mal, gusto en el riesgo!

La concordia que reina entre los Gefes  
Tanto lo allana todo, que muy presto  
El Terrór, que precede á sus legiones,  
Lanza y disipa, como al humo el viento,  
Del medroso sitiado las cohórtes,  
Que al refugiarse apenas tienen tiempo  
De levantar de la ciudad los puentes.

¿Qué puede hacer Mayén en tal extremo?  
¿Qué son sus tropas más que un vulgo iluso,  
Leve, indisciplinado y sin aliento?  
Gimiendo le reclama la hija el padre;  
Pide la esposa el caro esposo muerto;  
Todos ponderan los presentes males,  
Previendo con horror los venideros;  
El orden y la union son ya imposibles;  
A rendirse ó á huir solo dispuestos,  
Los pocos que se juntan disconvienen,  
Y contra la defensa opina el miedo.  
¡Con tanta ligereza pasa el vulgo  
De la temeridad al desaliento!

Todo lo vé Mayén, y se estremece.  
En su alma vacilante mil proyectos  
Mantienen cruda lid; cuando de pronto  
La invisible Discordia, sacudiendo  
Sus serpientes, que hendiendo el aire silban,  
Le habla así, reclinada sobre el lecho:  
»De un Nombre ilustre, á Francia formidable,  
¡Oh tú digno y legítimo heredero!  
Tú, á quien me liga tu venganza propia;  
Tú, educado á poder de mis desvelos,  
É iniciado en mi ciencia: de tu Numen  
Tutelár oye y reconoce el eco:  
Nada temas de un pueblo irreflexivo.

Y voluble, que á un leve contratiem po  
Cede pasmado, y sin valor parece;  
De su espíritu altivo soy yo dueño  
Cual de su corazon; pronto has de verle,  
Tu nombre proclamando y bendiciendo,  
Ébrio con el vapor de mis ponzoñas,  
Audáz lidiar por tí, y morir contento.”

Más velóz que el relámpago la Diosa  
Hiende ufana del aire el golfo inmenso.  
Por toda Francia la inquietud y el luto  
Le presentan objetos alagüeños.  
El sóplo que despiden sus entrañas  
Marchíta cuanto toca. Infecto y seco  
Del arbol se desploma el nuevo fruto.  
La desgreñada mies tapiza el suelo.  
Se enlobreguece el Éther. Amarillos  
É inmóviles se ostentan los luceros.  
Grupos de negras nubes rójo el ráyo  
Rómpe, el profundo valle estremeciénd.  
Todo parece, en fin, que al hombre dice:  
„Llegó la destruccion del universo.”

A la hermosa ribera que fecunda  
El Eridano rápido, un violento  
Torbellino la arroja. La gran Roma  
Pronto consigue descubrir no lejos.  
Roma, donde su altar un tiempo tuvo:

Roma, encanto y terror del mundo un tiempo:  
Roma, en fin, cuya suerte en paz y en guerra  
Es regir ó vencer al mundo entero.  
Viéranse yá en lo antiguo al áureo carro  
De sus triunfos atados con mil hierros  
Los reyes, humillando sus cervices  
A las Aguilas nobles del Imperio.  
Hoy mas sagáz, si menos orgullosa,  
Y con poder mayor, aunque indirecto,  
Triunfante de sus mismos vencedores,  
Aherroja la Opinion, y hasta en el seno  
Reina del alma libre. Hoy son sus leyes  
Un Dictamen, sus armas un Decreto.

Al lado del soberbio Capitolio  
Testigo de tan ínclitos sucesos,  
Sobre tantos despojos militares,  
El trono de los Césares dá asiento  
A un Pontífice humilde, pero Sumo.  
Sacerdocio felíz huella sereno  
De Emílios y Catónes las cenizas;  
Y el Despotismo, alzando un trono regio  
Sobre el altar, con una mano misma  
Undúla el incensario, y vibra el cétro.

Mas Dios, Dios mismo, allí fundó su Iglesia,  
Perseguida y triunfante del Infierno.  
En ella supo su primer Apóstol

Llevar de la verdad por los sendéros  
A la simplicidad y á la inocencia.  
Allí sus sucesores de su ejemplo  
Un tiempo aprovecharon, y á medida  
De su humildad captaban el respeto.  
Sus frentes no ceñían laureólas  
De vanidad; en su moral austéros,  
Profesaban y honraban la pobreza;  
Y ambicionando celestiales premios,  
No mundanos honores, se entregaban  
Al martirio, constantes y serenos.

El tiempo, en fin, que todo lo destruye,  
Tales virtudes corrompió, y el Cielo  
Les concedió riquezas por castigo.  
Entonces Roma abominó en su celo,  
Y ya opulenta, y ciega, y corrompida,  
Se abrió de los malvados al consejo.  
Del divino Jesus los sucesores  
Dentro del tabernáculo pusieron  
É idolatraron todos los pecados.  
Al Incesto, á la Gula, al Adultério,  
Con impudencia cínica incensaron:  
Y Roma, con escándolo gimiendo,  
(¡Qué confusion!) de sus antiguos dioses  
La religion mendáz casi echó menos.

Despues, á la verdad, se tardó poco

En proclamar principios mas severos  
 Respetando la pública modestia;  
 Y si no se fué casto, se fué honesto.  
 Fundáronse en prudencia menos débil  
 Del pueblo y de la Iglesia los derechos,  
 Y el que fue azóte es árbitro de Reyes:  
 Nombre, si no mas justo, mas modesto.  
 Al fin, bajo la pompa reverenda  
 De la humilde diadema de tres cercos,  
 La virtud de recato subió al trono.  
 Mas la virtud, si es tal virtud el genio,  
 Que hoi distingue al Romano, es con los Reyes  
 Saber ser complaciente y circunspecto.

Reinaba Sixto en Roma y en la Iglesia  
 Si para merecer nombre y concepto  
 De hombre grande, bastára ser temido,  
 Disimulado, y por sistema austéro,  
 Sixto por el mayor fuera contado;  
 Mas de su exaltacion fue el instrumento  
 Un profundo artificio, que tres lustros  
 Sus vicios y aun virtudes escondiendo,  
 Aparentó temer lo que anhelaba,  
 Y le hizo digno, á fuerza de no serlo.

Bajo su proteccion la fementida  
 Política, sentada en trono excelso,  
 Ilustra al Vaticano, y rige al mundo.

Hija de la ambicion y el vil Déseo -  
De - Riquezas , y madre de la Fraude  
Y de la Corrupcion; de astuto ingenio;  
Cuanto mas contristada ó temerosa ,  
De rostro mas impávido y mas ledó;  
Cuyos ojos curiosos , suspicaces ,  
No se rinden jamás al dulce sueño;  
Cuyas ocultaciones ú apariencias  
Tienen en duda eterna á los Gobiernos;  
La misma , en fin , que á la sutil mentira ,  
Que mána de sus labios , dá el acento  
De la simple verdad , y aparentando  
Sus discursos marcados con el sello  
Del Divino querer , de sus venganzas  
Convierte al mismo Dios en instrumento.

Al punto que columbra á la Discordia ,  
Con ademán que anuncia algun misterio ,  
En sus brazos se arroja , y con sonrisa  
La acaricia y la dá ;pérfida! un beso ;  
Mas de repente afecta reponerse ,  
Y recobra su aspecto macilento.  
»Pasaron yá , ( la dice , balbuciente ) ,  
Para mí ¡oh Diosa! los felices tiempos  
En que la Europa ciega , me adoraba ,  
Y sus débiles Reyes , aun mas ciegos ,  
Los fueros sacrosantos de su Iglesia ,

Con mis profanas leyes confundieron.  
El menor movimiento de mis labios  
Se transformaba al punto en un precepto,  
Que escuchaban postrados los Monarcas,  
De sus sublimes sólios descendiendo.  
Ráyos lanzaba yó del Vaticano,  
Cual del Olimpo Júpiter supremo.  
Dueño de guerra y paz, de muerte y vida,  
Daba, quitaba, reintegraba imperios.  
¡Ai, cual volaron tan felices dias!  
Hoy de Francia el impávido Consejo  
En mis manos apaga mis centellas.  
Amante de su culto verdadero,  
Docto, celoso, y enemigo mio,  
La venda del error quitó á los pueblos.  
Él fué el primero que arrancó atrevido  
Mi máscara; ¡qué rabia! él fue el primero  
Que vengó á la Verdad, que yo imitaba.  
¡Ai Diosa! ¡Oh si quisiera el negro infierno  
Por vengarme y servirte darme arbitrio  
De destruirlo, ú castigarlo al menos!  
Mas, si tanto no es dable, no se diga  
Que á la dificultad cedió el denuedo.  
Comenzémos por Francia á dar al mundo  
Nuevas calamidades, males nuevos.  
Caigan el Rey y el reino en nuestros lazos....!"

Dijo, y volando hiende el aire denso.

Lejos del fausto de la altiva Roma,  
 De la pompa mundana, de los templos  
 Que con falsa humildad postrado el hombre  
 A su orgullo consagra más que al cielo  
 Y al fin venéramos alucinado él mismo,  
 Óra escondida en lo interior de un yermo  
 La amable Religion, himnos cantando  
 En paz eterna ante su Autor eterno;  
 Mientras ¡oh crimen! que su augusto nombre  
 Escarnece el impío, duda el necio,  
 Es pretexto á los Reyes ambiciosos,  
 Disfráz al Grande, al simple vulgo freno.  
 Su esencia es la paciente mansedumbre;  
 Bendecir, su adorable ministerio.  
 Con caridad ferviente, ante las aras,  
 Por quien la ofende más esfuerza el ruego.  
 Cándida, humilde, nuda, immaculada,  
 Solo teme y se oculta al falso celo  
 De la hipócrita turba de importunos  
 Que á incensar al Favor entra en su templo.

De santo amor á Enrique ama la Diosa,  
 Como quien inspirada oyó en secreto  
 La voz del mismo Dios, que le anunciára  
 Un día en que, á su ser restituyendo  
 Su santo culto el mismo, ser debía

Adoptado por su hijo predilecto.  
Juzgábale ella digno, y suspiraba  
Acusando del sol el curso lento:  
Cuando de pronto las nefándas diosas,  
Que la aborrecen, turban su sosiego  
Presentándose audaces á su vista.  
Anegados al punto en llanto acérbo  
Alza al cielo los ojos virginales.  
Mas ¡ai! su Dios para probar su esfuerzo  
La abandona á sus iras; y estos monstruos  
Que nunca vió sin estremecimiento,  
De su frente santísima trasladan  
A los suyos ¡qué horror! los sacros velos,  
Se cubren con su manto venerando,  
Y á París vuelan á cumplir su intento.  
Con aire humilde, y sencillez astuta,  
Penetra la Política hasta el seno  
De la antigua Sorbóna, dó reside  
Copia de sábios dignos de respeto,  
Intérpretes veraces de Dios mismo,  
Del Cristianismo jueces y modelos,  
Que, fieles á su Dios y á sus Monarcas,  
Con valor mas que humano repelieron  
Las flechas del error, siempre. .... hasta entonces.  
Mas ¿qué virtud no es flaca algun momento?  
Del disfrazado monstruo la voz dulce

Los perturba, confunde sus talentos,  
Los lisonjea en fin, y de ellos triunfa.  
Mándos promete al de ambicioso genio;  
La Mitra ó el Capélo al orgulloso;  
Al voto del aváro pone un precio;  
Con un sagáz elogio capta al sábio  
Que cambia la verdad por vano incienso;  
Suplica al fuerte, y amenáza al débil.

Tumultüariamente, y sin acuerdo,  
Gritan, disputan, córren, se agavíllan,  
Piden, decretan; y al confuso estruendo  
De entre ellos huye la Verdad llorando.  
Logra un instante entonces de silencio  
Un anciano fanático que grita:  
»La Iglesia lábra, quita y dá los cetros.  
Hoi reside en nosotros esta Iglesia:  
Valois no es nuestro Rey, lo deponémos;  
Los lazos que á él nos ligán desatámos;  
Rescindimos el pacto y juramentos.»

Apenas calla, cuando la Discordia  
Escribe con caracteres sangrientos  
La traidora Procláma, que en sus manos  
Juran todos, y firman satisfechos.

La deidad infernal al punto vuela,  
Y de una en otra Iglesia discurriendo  
La inicua empresa anuncia á los facciosos,

Entra en los claustros, y el fingido aspecto  
Tomando de Agustino y de Francisco,  
Con éco celestial habla á sus siervos.  
Enardecida invoca á su socorro  
El escuadron de pálidos espectros  
Esclavos voluntarios de su yugo  
Que despoblando el mundo puebla el yermo.  
»En mí reconocéd ¡oh santos hombres!  
•La Religion, (les dice): vuestro celo,  
En nombre del Altísimo, reclámo;  
Vengad ¡hijos! su honor y sus derechos.  
Yo soy quien os evóca, Él quien me envía.  
Este que veis resplandeciente acéro  
Que mi diestra sostiene, esta cuchilla  
Que aterra á su enemigo mas protérvo,  
Del mismo Dios la sacrosanta mano  
Depositó en la mia. Llegó el tiempo  
De huir del tabernáculo polúto  
A dar al mundo ilustracion y ejemplo,  
Y probar al Francés, aun vacilante,  
Que en matar á su Rey cumple un precepto.  
Pensad que de Leví los santos hijos  
Elevó el mismo Dios al presbiterio,  
Porque aun tintos de sangre isräelíta  
Acercarse á las Áras no temieron.  
Pero ¿qué digo? ¿Dónde ¡oh santos hombres!

Están los dias de feliz recuerdo  
En que vimos en Francia asesinado  
Al padre por el hijo? ¡Oh reverendos,  
Oh divinos varones! á vosotros  
Se debió todo; vuestro santo esfuerzo  
Regía los puñales, y á vosotros  
La rendicion de Coligné debemos.  
Vuelva á sulcár yo en Francia como entonces  
De sangre impura un mar profundo y negro.  
Hablád, pues, ante un pueblo que me adora:  
Si os oye, se colmáron mis deseos.”

Dijo, y al punto dá la seña á todos,  
Y de horrible furor les colma el pecho.  
Conducirlos resuelve, y en solemne  
Procesion á París marcha con ellos.

El estandarte de la Cruz ondéa  
Sobre la multitud. Discordes écos  
La piedad y la cólera confunden.  
De su traicion origen suponiendo  
La voluntad de Dios, himnos entónan  
Mezclando á la oracion el sacrilegio.  
Audaces sacerdotes, convertidos  
En soldadesca idiota, con el peso  
Del sable matador cargan la estóla,  
Y el cilicio comprimen con el peto.  
Penetran en París sulcando un golfo

De irreflexívo amotinado pueblo,  
Que al Dios que adora celebrando insulta;  
¡Al mismo Dios de paz, que va siguiendo!

Mayén, que observa la insensata empresa,  
En público la elógia, y en secreto  
Desprecia á sus fautóres, porque sabe  
Con cuanta necesidad el vano pueblo  
Confunde la piedad y el fanatismo.  
Conoce que en la ciencia del gobierno  
Entra la proteccion de los errores  
Que sirven al comun de espuela y freno;  
Y deja que este escándalo devoto  
Al sábio cause horror, risa al guerrero,  
Con tal que dócil la temible turba  
Imagine su vóz la vóz del cielo.

Con tanta rapidéz cambia y domína  
La audacia de los malos el vil miedo,  
Como luego á la audacia el temor cede.  
No de otra suerte en el Océano inmenso,  
Del Dios de las tormentas y boñanzas  
La voz agita ó calma olas y vientos.

Diez y seis revoltosos, escogidos  
Por la Discordia entre los mas perversos,  
Suben con ella en su brillante carro:  
¡Ministros dignos de su infando imperio!  
Furor, Traicion, Perfidia, Orgullo y Muerte,

Los preceden, hollando un pavimento  
Invisible á través de tanta sangre :  
Héces aun de la héz de los plebeyos,  
Que el odio á los Monarcas ennoblece,  
Y que, elevados sobre el trono régio,  
Vé Mayén adorados á su lado  
Por el vulgo, á quien teme á su despecho.  
Ordinario capricho de la Diosa,  
Que suele nivelar en los supremos  
Grados á los que adúna en los delitos.  
No de otra suerte el Huracán violento,  
Usurpador del cetro de Neptuno,  
Cuando turba del Sena el curso ledo,  
Arranca y sube de sus hondas grutas  
A la faz confundido, hediondo el cieno;  
O ya como el impulso irresistible  
De un luminoso devoráz incendio  
Que una ciudad convierte en raso egído,  
Cuanto toca de plomo, y bronce y hierro,  
Que las llamas penetran, funde y mezcla  
Con el oro, su brillo oscureciendo.

En estos dias de tumulto y crimen,  
Témis tan sola en su desierto templo  
Resistió á la demencia contagiosa,  
Contra la séd del engrandecimiento,  
Y el miedo y la esperanza, imperturbable

La celeste balanza manteniendo,  
Y bajo de su manto immaculado  
A la triste Equidad dando consuelo.

Era este templo albergue de un Senado  
Digno del que gozaba alto respeto,  
Temible al crimen, grato á la inocencia;  
De las leyes del Príncipe y del reino  
Organo y defensor; no menos firme  
Amigo de su Rey, que de su pueblo;  
Él era quien al trono venerando  
Elevaba las quejas del imperio;  
El Pró-común de su ambicion fue norte;  
Tiranía y Motin de su odio objetos;  
Sumiso sin pavor, fuerte sin ira,  
Entre esclavo y rebelde guardó un medio;  
Custodio, en fin, de nuestras libertades,  
Que sirvió á Roma, y la infundió respeto.

De repente el asilo de la Diosa  
Acomete un tropel de mal-contentos,  
En nombre de la Liga conducidos  
Por Bussí el gladiador, cuyos excesos  
Le sublimaron á este honor infame.  
Preséntase el audáz ante el Congreso,  
Y con voz agitada esto pronuncia:  
»Patronos mercenarios del enredo,  
Que Código llamais á un laberinto:

*f*

Plebeyos, que no yá simple consejo  
 Os juzgais, mas tutores de los Reyes:  
 Cobardes egoístas, que del centro  
 De las minas del público desorden  
 Sacais un ser de tan bastardo precio:  
 Hombres nulos en guerra, en paz tiranos:  
 Al pueblo obedeced; ved su decreto:  
 Antes fue que el *Señor, el Ciudadano*.  
 Si hollaron, por su mal, nuestros abuelos  
 Tal verdad, si sus fueros consiguientes  
 Ignoraron, nosotros los sabemos.  
 El pueblo se ha cansado de sufriros,  
 Y de ser engañado. Rompió el cetro  
 Que no le hizo feliz, y lo abrumaba.  
 Borrád esos caracteres sangrientos  
 Que forman las palabras insultantes  
 De Poder-absoluto; odioso objeto  
 Al comun, de vosotros vanagloria.  
 Gobernad *Por la Ley*: su emblema enmedio  
 De vuestro foro sustituya al hombre  
 Que Rey se dijo: no hay mas Rey que el pueblo.  
 Tiranos! imitad á la Sorbóna.  
 Cobardes! obediencia ó escarmiento. ”  
 El augusto Senado, inalterable,  
 Da por respuesta un general silencio.  
 Táles los muros de la antigua Roma

Vieran, entre las ruinas y el incendio,  
 Aquellos inmortales senadores,  
 Que, de la edad doblados con el peso,  
 Inmóviles en sus sillas, á la muerte  
 Y al Galo daban sin pavór el cuello.

»Obedeced, malvados! ó seguidme;»  
 Grita Bussí, con rabia, y no sin miedo.

Entonces se levanta Harláí, el noble

Harláí, digna cabeza de un consejo  
 No menos impetérro que justo,  
 Y ante los Diez-y-seis pide sus hierros  
 Con igual gravedad que si votára  
 La pena de la ley contra esos réos.  
 Lánzanse de sus sillas, impacientes  
 De tener parte en este honor crüento,  
 Todos los magistrados superiores,  
 Sus cuellos inocentes ofreciendo  
 Al cuchillo: holocaustos voluntarios  
 De la lealtad debida á los Gobiernos.

Dime ¡oh Musa! estos nombres siempre gratos  
 A Francia, y dignos de inmortal recuerdo.  
 Bayéul, Molé, Scarrón, el virtuóso  
 Dethóu, Potier el rígido, el mancebo  
 Longuéil, cuyo destino precipitan  
 Sus precóces virtudes y talentos,  
 Todo el Senado, en fin, entre cadenas

Sigue á los Diez-y-seis, que con desprecio  
 Lo muestra al vulgo, insúltalo, y lo arrastra  
 Hasta la obscura torre en que su cetro  
 Esgrime la Venganza, amalgamando  
 Al inocente, al infeliz y al reo. (1)

Así, unos revoltosos, y en un día,  
 Trastornaron ¡oh patria! tu Gobierno.  
 ¡Yá no existen Sorbóna ni Senado!....

Mas... ¿qué tropél... qué dolorosos écos  
 Pasman la vista, hieren los oidos?  
 ¿Qué anuncian esos viles instrumentos  
 De la Muerte que impéra en los Cadálsos?  
 ¡En París la virtud es un proceso!  
 Brissón! Larchér! Tardif! víctimas nobles  
 Del vil furor de un populacho ciego!  
 Tal suplicio os ilustra, no os infama.  
 ¡Mánes heróicos! yo lo sé: yo os veo,  
 Penetrar sin rubor en el Olimpo.  
 Prémio es de un breve arrojó un nombre eterno.  
 Jamas noble Francés murió sin gloria  
 Por el monarca que juró muriendo.

La intrépida Discordia, mientrastanto,  
 En medio del tumulto estaba viendo

---

(1) El castillo y prision de Estado llamado la Bastilla.

Con semblante tranquilo tantos males,  
Obra de su infernal astuto ingenio ;  
Y ufana , y mas risueña que insensible ,  
De la guerra civil vé los efectos :  
Una inmensa ciudad nadando en sangre ;  
Una nacion mandada por un pueblo  
Entro sí desunido , y solo acorde  
Contra su soberano , al par objeto  
Que ejecutor de muertes y torturas ;  
La patria ácia su fin ciega corriendo ;  
Guerra intestina , ríesgos exteriores ,  
Y en todas partes hambre , y peste , y hierro.

## CANTO V.

---

*La Discordia incita á Santiago-Clemente á asesinar al Rey. Sacrificio del Partido de la Liga á los espíritus infernales. Asesinato de Enrique 3.º Su discurso al Héroe. Reconócele por Rey el ejército.*

Henchido entanto de terror el seno  
Cien máquinas mortíferas avanzan  
Que estruendo y fuego y hierro vomitando  
De la Ciudad derrócan las murallas.

Los Diez y-seis y su implacable furia,  
De Mayén la prudencia consumada,  
La grosera insolencia de la plebe,  
De la ilusa Sorbóna las proclamas,  
Prestan débil socorro contra Enrique:  
La Victoria le sigue apresurada.  
Sixto, Felipe y Roma, á su despecho  
Desvanecidas ven sus amenazas.  
Roma no inspira yá, como solía,

Terror al mundo : desoído vaga  
De su anatéma el són por las naciones.  
Del Español las providencias tardas ,  
Hijas de su carácter circunspecto,  
De urgente auxilio á la ciudad defraudan;  
Y olvidando á París tálan el reino,  
Sin gloria , sus legiones desbandadas.  
Sin duda las dirige la Perfidia,  
Juzgando que la Liga les prepara  
Con la guerra civil una Conquista  
Facil, al par que de ellas deseáda;  
Y su amistad dolosa le conduce  
El yugo de su Rey , nó su aliánza.

Mas tan fatal destino se suspende  
Por un tiempo. Un presbítero entusiasta  
Con mano audaz.... Tranquilos habitantes  
De París, que gozais la dicha rara  
De haber nacido en tiempos mas serenos,  
Perdonad si mi Musa hoy os relata  
De nuevo el crimen que la noble historia  
De vuestros padres seducidos mancha ;  
Tál borron no os deslustra : lo ha lavado  
El celo con que amais vuestros monarcas.

Hijos tuvo la Iglesia en todo tiempo  
Amantes de la vida solitaria,  
Que unidos entre sí, mas desprendidos

Del resto de los hombres, se consagran  
Al Señor, cuya ley con nuevos votos  
Y austerísimas reglas sobrecargan.  
Unos, sórdos del mundo á las blandicies,  
Subsisten en quietud jamas turbada  
Que en su retiro esconden, prefiriendo  
¡Milicia infiel! la fuga á la batalla.  
Otros, menos gravosos al Estado,  
Ilustraron la Iglesia, y la palabra  
Divina promulgaron dignamente;  
Mas cuyo ingente orgullo, á la alabanza  
Resistir no pudiendo, los reindujo  
Al siglo, y éste á sus costumbres vanas;  
A su astuta ambicion dictó las artes  
Del medrar en las Cortes, que admiraban  
Sus progresos, temiendo á sus influjos.  
¡Triste verdad! ¡Que la flaqueza humana  
Convierta en mal los bienes mas perfectos,  
Y reduzca á veneno la triaca!

Los que el Código observan del fogoso  
Guzmán, siempre acatados en España,  
Se vieron de continuo de sus celdas  
Salir para habitar el régio alcázar.

Igualmente celosa, nó tan fuerte,  
Florece esta Regla en nuestra Francia,  
Tranquila, rica, amada de sus Reyes,

Feliz de un todo, en fin, si nó abrigára  
En su seno á un Clemente, el asesino.

Ébrio ¡ai dolor! desde su edad temprana

De adulterada fé, se dió al retiro.

Devóto necio, que con alma flaca

De la sublevacion cedió al torrente,

Y á quien inérme la Discordia asalta

Con sus alevos tiros, y lo llena

De la ponzoña que su boca exhala.

Cansando al cielo con inicuos votos,

Noche y dia postrado ante las áras,

Llora en silencio, hasta que al fin demente

Rompe en estas sacrílegas palabras:

»¡Dios, que véngas tu Iglesia, y los Tiranos

Te place castigar ¿á cuándo aguardas?

¿No han de acabar jamás las aficciones

Que á tus hijos envías? ¡Ai! ¿tus gracias

Merece sólo un Rey que te aborrece?

¿Su perjurio bendices? ¿Y de humana

Sangre te aduerme el són de las torrentes?

Basta, Señor: para probarnos, basta.

Dígnate ¡oh Dios! alzáz la fuerte diestra

Contra tus enemigos. Del monarca

Líbranos que en tu cólera nos diste.

Vén á nosotros desde la agraviada

Magestad de tu trono, y te precedan

Del Extermínio el Angel, y tu saña.  
 Ármate ¡Dios terrible! bája: postra  
 Al soberbio insolente. En tierra caiga  
 De golpe, á plómo, cual la lluvia estíva,  
 Ese ejército infiel que te amenaza.  
 Soldado, y Capitan, y Soberanos,  
 Como el polvo ante el Noto se deshagan;  
 Y sobre sus cadáveres sentados  
 Cantarémos, Señor, tus alabanzas.”

La inquieta Diosa, que por todas partes  
 Vuela curiosa, la fatal plegaria  
 Oye, y baja al Abismo á repetirla.  
 Al punto arroja la infernal morada  
 En sus brazos ansiosos al tirano  
 Mas sanguinario que en sus ántros brama.  
 Su abominable nombre es: Fanatismo.  
 Hijo degenerado de la santa  
 Religion, que le armára en su defensa,  
 Y á quien destruye con sus propias armas,  
 El cual el puro seno de su madre,  
 Cuando abrazar afecta, despedaza.  
 Este es el mismo que en Rabá otro tiempo  
 Por las orillas del Aruón guiára  
 La próle del autócrata Ammoníta,  
 Cuando á Molóc las madres desoladas  
 De sus tiernos hijuelos ofrecían

Latiendo, aun semivivas, las entrañas.  
Este dictó á Jephthé el horrendo voto,  
Y al seno virginal que idolatraba  
Llevó la mano aléve, parricida.  
Este alentó la vóz del ímpio Cálcas  
Para pedir la muerte de Ifigénia.  
Y tú tambien le oíste, ¡oh dulce patria!  
Cuando en tus sacros bosques al odioso  
Teutátés tus inciensos elevaba.  
Tus falsos Dioses, Druidas asesinos,  
Con santo horror en tu memoria aun guardas.  
Él fué, en fin, quien armó contra el sectário  
Del divino Jesus la ira pagána.  
Mas, ¡ai! cuando del Hijo de Dios mismo  
Roma reconoció la ley sagrada,  
A su Iglesia pasó del Capitolio,  
Y á los Cristianos convirtió su rabia,  
De mártires humildes, en verdugos,  
De palomas sin hiel, en sierpes bravas.  
En Londres luego promovió la secta  
Que segó de su Ungído la garganta.  
Y encendió, en fin, las hórridas hoguéras  
Que abrasando á la Ibéria y Lusitania,  
A miles de infelices israelítas,  
En periodo anuál, con pompa infanda,  
Reducen á cenizas, porque fieles

Del rito de sus padres no apostátan.

Sagrados venerables ornamentos

Al monstruo de continuo disfrazaban;

Mas esta vez le dió el astuto infierno

Para el nuevo delito nueva traza.

Vístele la apariencia de aquel Guisa,

Rey de su Rey, tirano de su patria,

Que supo en vida, y aun despues de muerto,

Excitar su Nacion á la matanza.

Cáscó marcial adorna su cabeza.

Su diestra una de muerte hambrienta espada.

En el desnudo noble pecho muestra,

Aun cárdenas, las viles puñaladas

Que á su héroica traicion término dieron;

Su sangre, en fin, que en ellas hierve y mana,

Causa un murmúrio que pregóna el crimen

De Valois, y que de él pide venganza.

Bajo este incitador lúgubre aspecto

Se presenta á Clemente la fantasma,

Entre la obscuridad de un blando sueño;

De su celda á la puerta vigilaban

Supersticion medrosa, Intriga inquieta,

Falso-Célo, á quien punza intèrna rabia;

Y todos officiosos la conducen.

Entra el Espéctro, y con sonóra hábla

Magestüosamente esto pronuncia:

„Justo! á Dios tu oracion ha sido grata,  
Y en su seno reposa. Mas, ¿tu celo  
Con el rumor de una oracion se sacia?  
¿Tu incienso y tus tributos serán sólo  
Un ruego estéril, y una queja vana?  
Ah! El Númen que la Liga adora y sirve  
Obras ha menester, más que palabras.  
Él de tí exige, lo que tú le pides.  
Si Judith otro tiempo ante las áras  
Sólo ofreciera llantos y gemidos  
Al prepararse á libertar su patria:  
Si el temor del peligro de los suyos  
De su peligro propio no triunfára,  
Los muros de Bethúlia sucumbieran.  
Esta es tu nóрма ¡oh Justo! esta es la hazaña  
Que imitar debes, y esta, en fin, la empresa  
Digna de tí, y del Númen que la guarda.  
Mas ah!.....sí: yá lo advierto: te devóra  
La caridad, y lloras la tardanza:  
Aun es tiempo ¡oh varon de fortaleza!  
Parte: vuela: tu mano consagrada  
Extermíne al tirano, y véngue á un tiempo  
A Dios, al Hombre, á Guisa y á la Francia.  
Valois me asesinó: ley es divina  
Que á hierro muera quien á hierro mata.  
No temas el apódo de asesino:

En él fue corrupcion, lo que en tí es gracia.  
Cuando se vénga á Roma todo es justo;  
Y hasta el vil homicidio al cielo agrada.  
Mas hoy, no yá lo aprueba, lo prescribe;  
Y por mi voz, que él dicta, te declara  
Que en tu brazo ha elegido el instrumento  
Del castigo y la muerte del monarca.  
Dichoso tú si con el mismo impulso  
Del odioso Bearnés nos libertáras,  
Y tus conciudadanos redimidos  
Te pudieran..... Mas la hora no es llegada:  
Borbon debe aun vivir: á otra cuchilla  
Guarda esta empresa el Dios á quien agravia.  
A tí de la presente toca solo  
El lauro. Cumple tu mision sagrada;  
Y recibe del Dios fuerte y sañudo  
Que á tí me envía, esta celeste alhaja.”

Al decir esto el pavoroso espéctro  
Desnuda una luciente y breve dága,  
Templada por la mano del Encóno  
En las sulfúreas infernales aguas.  
Víbrala, y cual serpiente el aire silba;  
A manos del iluso la traslada;  
Y de repente se hunde en el abismo.

Vencida facilmente la ignorancia  
Del jóven solitario, no vacila

En juzgar su virtud depositaria  
De los decretos y el honor del cielo.  
Con cándida humildad besa y acata  
El hierro aleve. Prosternado implora  
Auxilios de valor y de constancia;  
E inspiracion juzgando su delirio,  
Devoto al parricidio se prepara.

¡Oh pecho humano, del error juguete!

Jamas estuvo mas serena el alma  
De Clemente. Tranquilo y resignado  
Gozaba aquella dulce confianza  
Que al pecho justo afirma en su inocencia.  
Su paso franco y grave, sus miradas  
Fijas en tierra, ocultan, mas no finjen,  
Los votos necios con que al cielo clama.  
Así en ciega virtud su vicio envuelve,  
Como el puñal bajo el cilicio guarda.

Sus hermanos, acordes en su intento,  
En procesion solemne le acompañan,  
Aute sus pasos esparciendo flores;  
Y con tierno respeto lo proclaman  
Santo, del culto de los santos digno.  
Su mano besan, su denuedo ensalzan;  
Libertador del reino le apellidan  
En ímpios Himnos; en su honor inflaman  
El incensario; y su socorro implóran

Con devocion absurda anticipada.

No con fervor mas vivo á los primeros  
Cristianos sus consortes excitaban  
A la muerte, testigos del suplicio  
Apetecido, y de la immaculada  
Fé de sus padres fuertes confesores,  
Besando sin llorar sus huellas santas,  
Aunque con santa envidia suspirando.

¡Oh cuantas veces la piedad cristiana  
Y el ciego fanatismo se asimilar  
Ante el hombre, mostrando igual constancia,  
Anhélo y fin igual! ¿Dónde no tuvo  
Mártires el Errór, y héroes la Infamia?  
¿Quién no juzgó tal vez justo al inicuo?  
¡Oh prudencia del hombre limitada!

Con aparente indiferencia, todo  
Lo observa de Mayén la perspicacia.  
De este crimen su pérfido artificio  
Quiere obtener el fruto sin la tacha;  
Y abandona á los mas desenfrenados  
La gloria de inflamar al entusiasta.

En tanto que un tropel de sediciosos  
Le conduce á París, apoderada  
Torpe credulidad de su Consejo  
Al Hado ciego consultar le manda.

La audaz curiosidad de Catalina

Ya un tiempo profesó ciencia tan vana,  
Ciencia odiosa, ilusoria las mas veces,  
Y siempre por blasfema reprobada.  
Su ejemplo contagi6. La necia plebe,  
Eco de las locuras cortesanas,  
Y amante de lo nuevo y portentoso,  
A su estudio se di6 desatinada.

En medio de la noche tenebrosa,  
A una b6veda oscura subterranea  
El Silencio conduce a la impia Junta.  
De una m6gica antorcha a la luz blanca,  
Sobre un antiguo f6tido sepulcro,  
Confusamente se distingue un Ara,  
Que sostiene dos bustos abreviados  
De los Reyes, objetos de su saña.  
Al frente del altar sus torpes manos  
Con enlazados caracteres graban  
Los nombres de Plut6n y del Eterno.  
El muro cubren ordenadas lanzas,  
Cuyos hierros en negros vasos vierten  
Gruesos hilos de sangre coagulada.  
¡Aparato espantoso y digno s6lo  
Del inicuo misterio a que se adapta!

Era del templo odioso sacerdote  
Un hijo de esa secta que derraman  
La Miseria y la Fraude en toda Europa:

Proscrita siempre, á veces tolerada;  
La cual, de inmemoriales y execrables  
Supersticiones fiel depositaria,  
En todas las naciones dó reside  
Con traidor disimulo las propaga.

Dá la Junta principio al sacrificio  
Con gritos de insufrible discordancia,  
Que sirven de oracion propiciatoria.  
Las manos parricidas luego lavan  
En sangre, y en seguida se dirigen  
Al altar espantoso, dó á la estátua  
De Valois con punzónes aguzados  
El aparente corazon traspasan.  
Menos valientes, pero mas airados,  
La imágen de Borbon despues arrancan,  
Tiran al suelo, y pisan, y maldicen,  
Juzgando que la Muerte, dominada  
Por sus conjuros, los mentidos golpes  
Vá á realizar con su feroz guadaña.

Sacrílego entre tanto el vil hebréo,  
Uniendo á la blasfémia la plegaria,  
A Lucifér, al Cielo, á Jehová mismo,  
A los Espéctros que en el aire vágan,  
Y el fuego ethéreo y del infierno invóca.  
No mas enfurecida y agitada  
Se mostró en Gelböá la Pitonísa,

Cuando ante un Rey cruël evocó el alma

Del sacerdote Samüél. Ni menos

Mentidos los profétas de Samária

Lanzáron á Judá sus anatémas.

Ni el implacable Atéyo con mas rabia

Maldijo en nombre de sus falsos Dioses

Las legiones de Cráссо:::! A las nefandas

Voces del vil hebréo la asamblea

La respuesta del cielo absorta aguarda,

Juzgándole forzado del conjuro.

Y el cielo en fin, por castigar su audácia,

Condescendió en mostrarle que impropicio

Oyó sus votos. Que se turbe manda

El orden natural por un momento.

Triste rugído por el ántro vaga.

Súbito resplandor de macilentos

Relámpagos alternamente acláran

Y ennegrecen la bóveda. En su seno

Vision siniestra sus sentidos pasma.

Borbon, sentado en áureo triunfal carro,

Se les presenta entre celestes llamas,

La sien ceñida de inmortales lauros,

La diestra con el régio cétro ornada.

El aire incendia el fuego de mil rayos

Que al dar en el Altar lo despedazan

Y tras sí en el abismo lo sepultan.

Ministro y asamblea se acobardan,  
Y huyen, y se dispersan, y en la oscura  
Noche esconden su miedo y su desgracia.

Señales tan horrendas predecían  
Al débil Rey su pérdida cercana.  
Dios en su alta equidad contado hubiera  
Sus días, retirando de él la Gracia  
Que le guardára; y sus restantes horas  
Con impaciente ardor cuenta la Párca.  
¡Ah! de Dios el saber inescrutable  
Deja á veces que un crimen satisfaga  
Su bondad del insulto de otro crimen.

Lédo Clemente al régio campo marcha.  
Lléga, y dice que á ver al Rey le lleva  
Un objeto de altísima importancia;  
Y explica que su mismo Dios le envía  
A restaurar de la Diadema sácrata  
Los derechos, y dar al Soberano  
Urgente informacion, nueva, y arcána.  
Dudan, y le interrógan los custodios.  
Su aspecto observan con franqueza cauta,  
Sospechando que encubra algun misterio  
La humildad de su trage y sus palabras.  
Al examen se presta inalterable,  
Produciendo respuestas adecuadas,  
Simples, breves, sumisas, convincentes.

Al fin, todos unánimes declaran  
Que es la Verdad quien habla por sus labios;  
Y lo conducen á la régia estancia.

La vista de su Rey no lo conturba.  
Arrodillado sí bésa su plánta  
Con ademán humilde, mas tranquilo,  
Al tiempo que con pérfida asechanza  
Examína el lugar dó herirlo intenta.  
La astuta Falsedad, que lo acompaña  
Invisible, le dicta y él pronuncia  
Esta arenga que lleva preparada.

»Permitid ¡oh gran Rey! que mi voz débil  
Al Monárca que rige á los Monárcas,  
Antes que todo, su oracion eléve,  
Bendiciendo su mano sacrosanta  
Por los favores de que vá á colmaros.

»Potier y Villerrói, que el reino llama  
A una voz el virtuoso, y el prudente,  
Impávidos conservan su fé intácta  
Entre los descreídos que os ofenden.

»Harláí, el grande Harláí, cuya constancia  
Intrépida y celosa ha sido siempre  
Blanco y escollo de traidoras tramas,  
Desde la honda prision donde yacía  
Ha conseguido con dichosa maña  
Reunir vuestros leáles, dirigirlos,

Y humillar de la Liga la arrogancia.

»Dios, ante quien al Prócer y al Discreto  
El Siervo y el Estólido se igualan,  
Para cumplir sus obras, las mas veces,  
La mano elige mas humilde y flaca.  
A mí (¡gusano vil!) su diestra misma  
Ante Harláí me condujo. De sus claras  
Luces llena la mente, dirigido  
Por su prudencia, arrebatado en álas  
De mi lealtad, á vuestros pies reáles,  
De su parte, Señor, pongo esta carta.»

Valois, del regocijo enagenado,  
La toma al punto, y con fervor levanta  
La voz agradecida, bendiciendo  
Al cielo por merced tan señalada.  
»¡Cuándo me será dado al fin, (prorrumpe),  
Poder recompensar virtud tan alta,  
Segun la plenitud de mi justicia?...»  
Y al decir esto, alzándolo lo abraza;  
A cuyo tiempo saca el asesino  
El puñal, y en el pecho se lo clava.

El ¡Ay! mortal resuena: inunda el suelo  
La sangre: el susto cunde: entra la guardia:  
Todos se agrupan, miran, dudan, gritan;  
A un tiempo se desnudan mil espadas  
Para despedazar al monstruo horrendo.

Inpértérito el víl los ojos alza,  
Los mira con desdén, é interiormente  
De ver cumplida su mision se jacta.  
Arrodillado y con semblante lédo,  
Como un premio inmortal la muerte aguarda.

De Dios y el mundo vengador se juzga.

Abierta ve la celestial morada

Dispuesta á recibirlo en triunfal pompa;

Y á Dios pidiendo la gloriosa palma

Del martirio, la odiosa vida entréga,

Bendiciendo el puñal que se la arranca.

¡Protérva ceguedad! ¡Abominable

Seduccion! ambas necias, dignas ambas

De compasion y horror! ¡Hombre que acaso

Menos culpable la prudencia hallára

Que á esos malos doctores, enemigos

De su Rey, que sembraron en el alma

De un solitario idiota las semillas

De la traicion con sus doctrinas falsas.

Próximo el Rey á su postrer momento,

Ya vé apenas la luz. La cortesana

Turba atónita llora y lo circunda.

Por diferentes y aun opuestas causas

Cada cual agitado, no por eso

Difieren en la voz con que declaran

Su aficcion, verdadera ó aparente.

Unos, de quienes la ambicion exaltan  
Las próximas mudanzas de la Corte,  
Cubren el gozo, y gimen y declaman.  
Otros, que temen ó que nada esperan,  
Y en lágrimas ingenuas se desatan,  
Más que la muerte de su Rey, deploran  
Su pérdida fortuna ó su privanza.  
Entre tantos clamores y sollózos,  
Tú, Borbon, ¡y tú solo! derramabas  
Lágrimas de cariño verdaderas.  
Valois fue tu enemigo: mas las almas  
Cándidas y sensibles no resisten  
Al aspécto fatal de la desgracia.  
Solo de su amistad ¡Héroe! te acuerdas.  
A la tuya no ciegan las ventajas  
Que este infausto suceso te asegura;  
Tu virtud, generosa y acendrada,  
Te oculta que la muerte de tu amigo  
Al mayor de los tronos te levanta.

El Rey, yá en el postréro parasismo,  
Entreabriendo un momento la eclipsada  
Vista, la mano augusta y victoriosa  
De Enrique con su tibia mano enlaza.  
»Suspended ese llanto generoso  
(Dice): la humanidad, á quien degrada  
Mi indigna muerte, es quien llorarla debe:

El ilustre Borbon debe vengarla.  
Reinad, señor, despues de haber triunfado.  
Yo muero. En alta mar, y entre ondas bravas,  
Os déjo mal sentado en un escóllo  
Que cubren las reliquias de mi barca.  
Mi trono os pertenece, y os espera.  
Honradlo, en paz debida á vuestra espada.  
Pero nunca olvideis que lo circundan  
Precipicios: que nubes mil descargan  
Centellas en su cúspide eminente.  
Temed á Dios ¡oh Rey! cuando os ensalza,  
Que á mas deuda la paga es mas difícil.  
¡Así logreis restablecer sus Áras,  
El solo error que os ciega deponiendo!.....  
A Dios. Reinad feliz; y preservada  
Goceis la heróica vida de un aléve,  
Contra quien ni valor ni virtud bastan.  
Ya veis de qué es capaz la inicua Liga:  
Su acéro infáme por mi pecho pasa  
Con direccion al vuestro, y puede acaso.....  
¡Oh gran Dios! preservad virtud tan rara.....  
Permitid.....” Mas la Párca inexorable  
Le acomete, y la vida le arrebatá.

Al sonar en París la fausta nueva  
Prorrumpe en una horrisona algazára  
El gozo universal de los rebeldes.

Victoria! sin cesár, Victoria! claman.  
 Abren los templos; cierran los talléres;  
 Con las frentes ceñidas de guirnalda  
 A interminables fiestas se abandonan.  
 Ni aun del activo Enrique temen nada,  
 Juzgándole con solos los recursos,  
 Supérfluos yá, de su valor y fama.  
 »;Cómo ha de resistir el desvalído  
 (Grita la Liga), á la española saña;  
 A la ofendida Iglesia; á las centellas  
 Que en su defensa el Vaticano lanza;  
 Y, sobre todo, al óro omnipotente  
 Que el rojo Potosí tributa á Hispá!ia!"

Ay! por su mal, algunos campeones,  
 Con política absurda, y piedad falsa,  
 Harto menos patricios que egoístas,  
 Aparentando escrúpulos apartan  
 Sus banderas del campo calvinista.

Mas permanece el resto, á quien inflaman  
 Con nuevo ardor su celo y altos nombres,  
 Y toman sobre sí del Rey la causa.

Tales amigos, capitanes tales,  
 A quienes en la corte y la campaña  
 Acrisoláron tiempos y experiencias,  
 Y que á su ejémplo y órdenes cortáran  
 Tantos laurés, socorriendo á Enrique,

Herederó del trono lo declaran;  
Júranlo su señor, y el campo todo  
Lo juzga digno, y á una voz lo acláma.

Vosotros ¡oh preclaros Paladínes!

Los Daumónts, los Givrís, los de la raza  
De Montmorénci heroica, los Crillónes,  
Los Sancís, todos honra de la patria,  
De cuantos no os imitan odio y mengua,  
Seguirlo le jurais desde la helada  
A la tórrida Zóna; y mas adictos  
(Por la noble habitud de la criánza  
No por naturaleza), á los combates  
Que á las vanas disputas de las aulas,  
Fieles á vuestro Rey, como á Dios mismo,  
Lidiais por él, como el honor lo manda.

»¡Amigos! de mi estírpe los derechos,  
(Les dice el nuevo Rey), desde hoy descansan  
En vuestros nobles, siempre invictos brazos.  
La clase de los Páres, y la sácrá  
Coronación, ornáto son del trono,  
Mas no son el derecho que á él nos llama.  
Nuestros valientes ínclitos abuelos  
Solían levantar sobre una adárga  
Al Rey por ellos mismos elegido;  
Jurábanlo, y al pueblo lo mostraban.  
Así, un campo marcial y victorioso

Es el templo en que deben vuestras armas  
Nombrar y dar sus Reyes á los pueblos.”

Dijo: y con diligencia se prepara  
A ser merecedór de su Diadéma,  
Marchando ante su hueste á conquistarla.

---

---

## NOTAS

### AL CANTO QUINTO.

• *Pág. 94...del odioso Bearnés.* Los revoltosos no reconociendo por heredero del trono á Enrique IV aunque lo era legítimamente, le llamaban con desprecio el Bearnés, por haber nacido en *Pau* capital de la provincia del Bearne.

*Pág. 97...ilusoria las mas veces.* Esta es la única expresion, en todo el poema, que nos haya parecido de dudosa significacion. Llamar á la *Mágia* un estudio *souvent chimérique*, es evidentemente conceder que alguna vez puede no serlo. La expresion es aun mas notable comparándola con la nota del autor mismo sobre este lugar, que dice así: «La Reina Catalina de Médicis habia puesto la «*Mágia* tan á la moda en Francia, que en el reinado de Enrique III fue quemado por *hechicero* en «Paris un clérigo llamado *Schelles*, el cual acusó «del mismo crimen á mil y doscientas personas. «Tal era en aquel tiempo el exceso de ignorancia «y estolidéz en general, que no se hablaba de otra «cosa que de exorcismos, y de suplicios de fuego: en todas partes se hallaban hombres bastante «idiotas para creerse *mágicos*, y jueces igualmente supersticiosos para condenarlos de buena fé «como tales.» ¿Qué significa, pues, la expresion

de *soûvent chimérique*? No sabiendo responder, nos atreveremos solo á añadir: ¿sería acaso el filósofo Voltaire uno de los muchos hombres grandes que, á despecho de sus propias luces, han conservado una sola preocupacion, para pagar el indispensable tributo de flaqueza á la humanidad, que sin esto los hubiera divinizado?



CANTO VI.

---

- *Junta de la Liga para elegir nuevo Rey.*  
*Asalto de Paris. Batalla sobre sus muros.*  
*Aparicion de San Luis á Enrique.*

Es uso antiguo y sacro en nuestra Francia,  
Cuando la Párca al bástago postréro  
De su tronco Reäl la mano aplica,  
Que recupere el Nacional Concéjo  
Su ingénita Autocrácia, y Rey elija,  
Y apruebe ó mude Códigos y Fueros.  
Libre el Comun, así de Carlomagno  
Pasó la sucesion á los Capéto.

- Con fin igual la Liga audáz convóca  
Los Estados de Francia, en su concépto  
Por un asesinato autorizada  
A darse nuevo Rey, nuevo Gobierno.  
A la sombra de un trono imaginario  
Legitimár presume sus proyectos  
• Contra Borbón, alucinando al vulgo.  
Piensa que un vano título, reuniendo

Las disidentes opiniones, diera  
Solemne y sacro apoyo á sus esfuerzos;  
Que una eleccion, injusta ó nó, le basta;  
Y que, en fin, el Francés exige un Dueño.

Sumisa al punto la obstinada turba  
De Gefes al inhábil llamamiento,  
Acude al Lúvre, del antiguo trono  
A hollar la gloria con insultos nuevos.  
Lorénas y Nemúres, y los nuncios  
De Ibéria y Roma, y los de airado pecho  
Implacables Levítas, profanaron  
De la Soberanía el sacro templo  
Con el falso esplendór de un falso lujo,  
Hijo del llanto y del sudór del pueblo.

No se vieron en él esos ilustres  
Próceres, del honor de sus abuelos  
Sucesóres legítimos, que al lado  
Sentádos de sus Reyes verdaderos,  
Jueces nátos de Francia, aun hoy en día  
Recuerdan la importancia que perdieron.

Ni tronáron allí los Diputados  
De nuestros defensores Parlamentos.

Ni, en fin, las Lises en el ancho espacio  
Su candór y su aróma difundieron.

El Lúvre admira su extrangéra pompa.  
Del Legádo de Roma vé el asiento

A pár de un tróno que á Mayén aguarda,  
En las grádas del cual dice un letréro:

„Aprended á reinar, Reyes injustos:

Valois será de hoy más vuestro maëstro.”

Juntos apénas, yá en contrarias miras

Se agítan los partidos turbulentos,

Con ojos ¡ay! por la pasion vendados.

De Roma y su favór esclávo abyecto

El uno á su Legado solo invoca,

Clamando que es llegado el feliz tiempo

Que cubra á las Diadémas la Tiára,

Y en París reine el tribunal sangriento,

Del monacál poder embléma y fruto,

Que alza feudos á España de odio y miedo,

Y el ára mancha que vengár presume.

Podér de antijurídico secréto,

Que, envuelto en llamas y de sangre tinto,

Máta ¡impía irrision! con sácro acéro;

Como si aun fuesen los infándos días

En que á implacábles Dioses culto ciego

Tributára el Errór, y un sacerdocio,

Casi menos feróz que fraudulénto,

Se jactába, arroyádo humana sángre,

De propiciar al irritádo cielo.

Al Íbero enemigo, que aborréce,

Vende el otro la Pátria por víl precio.

Más un partido, acórde y prepotente,  
Al ínclito Mayén destina el cétro;  
Solo blasón que falta yá á su gloria.

Hirviendo de ambicion búlle en su pecho  
El ansia de lograrlo, imprevidente  
Del peligróso honor de poseérlo.

Súbito alza la voz Potier el justo,  
Pidiendo la palabra y el silencio:  
Potier, por su virtud sóla elocuente;  
Que en estos dias, por el vicio infectos,  
Fue justo, y sin embárgo venerádo;  
Que mil veces calmañdo los excesos  
Del rebelion, á fuerza de constancia,  
Logró ser escuchado con respéto,  
Y pronunciar impúne las verdades  
Que en otro fueran crímenes horréndos.

Al comenzar aun óyese el murmúrio,  
Que por instantes vá disminuyendo,  
Hasta parar en la profunda calma.  
Del oradór el melodioso éco  
Solo resuena yá; cual en el hondo  
Tranquilo gólfo, en el bajél que hirieron  
Borrascas, blando hervór sólo se escucha  
De espumas que la próa vá rompiendo.  
Tál se ofrece Potier dictando leyes  
Al silencioso inmóvil Descontento.

“A Mayén (dice) destinais el trono:  
Disculpo vuestro error, mas lo condeno;  
Su gloria es superior á todo rango,  
Y por mí fuera Rey, á poder serlo;  
Pero tenemos Leyes, y hasta él mismo  
Indigno fuera si pensára en ello.”

Llega entonces Mayén á la Asambléa  
Con toda pompa y aparato régio.

Potier lo mira, y sin mudar de tono,

„Sí, Príncipe, (prosigue), entráis á tiempo  
Hablabá contra vós, porque os estimo;  
Y hablaba por mi boca todo el reino.

Delito es hoi querer nombrar Monarca.

Borbónes tiene Francia; y de los cielos  
La dignacion, que os dió cabe su tróno  
Augusta cuna, os imprimió el derecho  
De ser su defensor, nó de usurparlo.

Vengádo yace en páz entre los muertos  
Guisa, á quien nada queda que exigiros;

Antiguo crimen láva un crimen nuevo;  
Sangre borró la sangre, derramada

No sin razón, mas por injustos medios.

Cámbien con el Estado los designios.

Sepúltense en la tumba y con los restos

De Valois, para siempre, vuestras iras.

Borbón no os ha ofendido. El justiciero

Árbitro de los hombres os dió á entrambos  
Virtudes, que os inspiren mútuo afecto,  
No mútuos ódios. Oigo, sí, el murmullo  
Del clamór populár; oigo los écos  
De pérfida pasion gritár ¡Relápsos!.....  
Heréges!..... Llénos de un bastardo célo  
Miro á nuestros Levítas levantando  
El puñal..... ¡Insensatos! detenéos.  
¿Qué ley.... mas nó: qué frenesí os inspira?  
¿Quién os dicta romper el juramento  
Dado al ungido de Señor? ¿Un hijo  
De San Luís, podrá no ser Rey vuestro?  
¿Podrá ser, cual vosotros, un perjuro  
El justo que ante el Ára coronémos?  
Luces implóra, al pié de ese Ára santa.  
Ama y guarda esas leyes, cuyo imperio  
Desconocéis vosotros, seducidos.  
Toda virtud le debe acatamiento.  
De vuestro culto el uso, y aun abuso,  
Le meréce indulgencia. A Dios eterno  
Sométe su querér, y le proclama  
Solo Alto, solo Santo, y solo Dueño,  
En quien, no en vós, reside la justicia  
Sobre el libre vagár del pensamiento.  
No yá cual Rey, cual padre, á mandar viene.  
Más cristiano es que vós, pues que es mas récto.

¡Todo es libre con él, excepto él mismo!  
¿Quién dió derecho de juzgar al siervo,  
Y juzgar al señor? ¡Málos pastóres!  
Indignos ciudadanos! ¡Cuán diversos  
Sois de los primogénitos cristianos  
Que fueran, (y no són) vuestros modelos!  
De los que ante el idólatra insensáto,  
Sus falsos Dioses sólo maldiciendo,  
Impávidos siguieran á un Tiráno,  
Subieran al cadálsa, y en él, lédos  
Recibieran la muerte, á sus verdugos  
Con fervór perdonádo y bendiciendo!  
Pues: quien no los imita, no es cristiano.  
Llamarse tál, sin caridad, no es sérlo.  
Ellos por sus monarcas dan la vida;  
Vosotros los matais. Mas, el Supremo  
Que nos pintais inexorable airado,  
¡Impostóres, temblad! és justiciero.”

Cállala y ni una vóz sola en la Asambléa  
Replicar'osa al orador disertó,  
Viendo imposible retirar la flecha  
De la Verdad, que hirió todos los pechos.

Ira y temór fermentan. Los caudillos  
Se levantan turbados. Yá el silencio  
Hierva en susurro; cuando rómpe un grito  
Que la bóveda atruena, repitiendo

»Traicion! traicion! alárma, ciudadanos!  
Traicion! traicion! alárma, ó perecemos!»

Densas nubes de polvo se levantan  
Que el resplandor del Sól roban al suelo.  
La hambrienta Muerte, á quien precede,  
anuncia

Del tambór y el clarín el són horrendo.  
Tal del obscuro Septentrion, lanzáda  
Por el Bóreas, y envuelta en piedra, y truenos,  
Y vorticóso torbellino, pása  
Rápida tempestad al pólo opuesto.

¡Ay, que es la hueste de Borbón temíble!  
La hueste, que cansada de sosiego,  
Y de sangre sedienta, se encamina  
Acia los muros de París, rugiendo.  
No quiere Enrique en vanos funerales  
De Valois malográr tales momentos,  
Que á la paz dében consagrár las lides;  
La gloria de vengarle prefiriendo  
A ofrecerle esos cultos que en las tumbas  
Se dan los vivos, para honrar los muertos.  
Ni quiere que en los campos asoládos  
Uno más pése de esos mausoléos  
Que á veces son la sola y vana gloria  
Legáda por un Prócer á sus nietos.  
Elevár quiere al Rey, á su moráda

De eternál duracion, más noble incienso;  
Vengarlo, castigár sus asesinos,  
Y, al conquistarlo, hacer feliz su pueblo.

Apenas presumida su llegáda  
Sobre París, disuélvese el Congreso.

Sube Mayén al muro, apellidando  
A las armas, y en él forma sus Tercios,  
De cuyas masas parte horrible grito  
Insultando á Borbón, que yá oye el éco.

Agresion y defensa están á punto.

París no presentaba en aquel tiempo  
La forma que el Francés, hoy venturoso,  
Admira. A fébles torres remitieron  
Su guarda el Miedo y el Furor, en breve  
Recinto circunscrita. Esos inmensos  
Arrabáles, que hoy son su ornato y gloria,  
Y la Páz tiene para siempre abiertos;  
Esos gigantes bosques, que guarnecen  
Los anchos arrecifes que de lejos  
Por rectás líneas á la vista ofrecen  
Las cúpulas doradas, los soberbios  
Clapitéles do pésa el horizonte,  
Fueran entonces pobres y dispersos  
Grupos de humildes y pagízas chozas  
A débiles aldéas interpuestos,  
De quienes sólo un muro, y un profundo

Fóso, dificultaban el accésio.

A la fáz oriental Borbón se avánza  
Precedido de muerte. Hierro y fuego,  
A su encuentro arrojados desde el muro,  
Se chocan en el aire contra hierro  
Y fuego, que la hueste le devuelve.  
Entre la grita y espantóso estruendo  
Tórres entéras ruedan socabádas  
Por el cañón. Los agrietados lienzos  
Del muro se desplóman, levantando  
Nubes de rojo polvo. En el opuesto  
Bando se vén legiones derribadas  
Cual taláda florésta. Allá los miembros  
Vuelan, regando sangre, y dando en tierra  
Distantes é ignorádos de los cuerpos.  
De ambos lados, en fin, preñada nube  
De mudos rayos és cada guerréro.

¡Con cuánto menos arte el desgraciado  
Mortal buscaba y daba en otro tiempo  
La muerte en los combátes, cuando al brazo  
Mas airádo bastába un simple acéro!  
¡Y cuánto mas feróces son sus hijos!  
Con industria infernal roban al cielo  
El ígneo ráyo, que en los aires sílba  
Parábola encendida recorriendo  
De la trinchera al muro, en férreos glóbos

De muerte henchidos, de fragór é incendio.  
En ellos, encerrada y comprimida  
La elástica expansiva accion del fuego,  
Que al salitre devóra de aire hambrienta,  
Rotándo vuelan la prision y el preso,  
Y al dar en tierra, en explosion tonánte,  
Miles de muertes lánzan de su seno.

¡Itálica invencion abominable,  
Que Felipe estrenó contra el Flaménco!

Aun mas artificiosos y feróces  
Han sabido excederla los modernos,  
Por el mismo principio transformando  
En bombas de los muros los cimientos.  
Con soterránea excavacion colócan  
Tácito el míxto aléve bajo el térso  
Engañoso camino en que se apóya  
La planta del impávido guerréro  
Fiádo en su valór, ¡insuficiente!

A sus pies rúge de repénte el trueno;  
Y antes de oírlo, lejos yá en los aires,  
Rueda, entre escómbros, y ármás, y húmo  
envuelto.

Por gráda tál subir resuelve Enrique  
Al trono de sus ínclitos abuelos;  
Y sus fieles con él la muerte afróntan  
Que gira bajo déllos y sobre ellos.

La Gloria sólo vén, que al Rey circunda,  
Y los honra, invocando su denuedo.

Mornai, entre los riesgos que en torrente  
Bájan del muro, síguele seréno,  
Sin mas temor que cólera, al rugido  
Del cañon sordo, á sus estrágos ciego.  
Azote celestial juzga la guerra,  
No menos necesario que funésto;  
Y con ánimo estóico inalterable,  
Deplorando su horror, sigue á su Dueño.

De sangre barnizado el deleznable  
Glacis lógran yá hollar, á puro esfuerzo  
De destreza y valor. El hondo foso  
Colman de moribundos y de muertos,  
Y encima de ellos márchan á la brécha.  
Lánzase Enrique, el matizado acéro  
En la diestra vibrando; en la siniestra  
Alzando adárga y ásta. Entra el priméro;  
Y el primero enarbóla sobre el muro  
El pendón de la Lís, que extiende el viento.  
Inmóble el bando infiel ante la vista  
De su Rey vencedór, tiembla, dispuesto  
A rendir la cervíz. Mas aparéce  
Mayén á punto. Intrépido y severo  
Ordena, irrita, afrénta, y yá reenciende  
La semiextincta cólera en los pechos.

Yá compríme cerráda la falánge  
Al Rey, quitando dél, cual del refléjo  
Del sól, la vista. La Discordia, en tanto,  
Disuelto en sangre riega su venéno,  
Mientras más á su sálvo, confundidas  
• Las huestes yá se báten pécho á pecho.

Césa de prónto el hórrido estampído.

Sólo se advierte yá róto el silencio  
Del opréso aspirar del que recibe  
Ó dá la muerte, en el bufído altérno.  
Cada brázo á su alcánce se abre un páso,  
Y do quiera se lidia á frente invérso.

Piérdese, recupérase, y se vuelve  
A perdér veces mil en un momento  
El muro por entrambos contendientes.  
Pálida la Victoria, en gíro incierto,  
Yá el pendón de la Lís, yá el de Loréna

Tremóla ante el partido contrapuesto.

Sin cesár vencedor y rechazado  
El sitiadór, imita el movimiento  
Con que la onda velóz en térsa pláya  
Cubre y descubre sin cesár el suelo.

Jamás, jamás Enrique ni su ilustre  
Rivál mas dignos uno de otro fueron.

Activos, y serénos juntamente,  
Dictan, cambían, dirigen los esfuerzos

De sus huestes, por órdenes usádo  
 Simples miradas, ó imperioso ejémplo.

Entanto, la cohórte formidable  
 Británica, que hoy sigue el pendon nuestro  
 Por la primera véz, acaudillada  
 Del gallardo d' Esséx, ve á sus guerreros,  
 De esta inaudita coalicion absortos.  
 El honor de su nombre sosteniendo,  
 Vienen á recibir y á dar la muerte  
 Enmedio de los mismos monumentos  
 Y en las mismas murallas que hoi circundan  
 El trono que perdieran sus abuelos.

Esséx contra Daumál pugna en la brécha.  
 De igual edad entrambos, de igual celo  
 Dotádos, cuales vieran yá los muros  
 De Troya sus antiguos semidéos.

Fiel á honor y amistad, bañada en sangre,  
 Los circunda la flor de sus guerréros.

Avánzan, mátan, mueren confundidos  
 El Gálo, el Álbio, el Íbero, el Loréno.

¡Númen que riges sus horrendas íras,  
 Ministro de exterminio, angel siniestro!  
 ¿A quién protéges? ¿Contra quién combátes?  
 ¿Qué ordéna la justicia de los cielos?  
 Harto tiempo, agresores y asaltados  
 Breve y alternaménte, sucumbieron

Mayén y Enrique, con sus fuertes bandos.

Mas, vence en fin lo justo. Enrique el  
bueno

Arrólla yá las háces enemigas,

Como á menudo polvo arrólla el viento.

Caér se vén del múro desplomádas

Ante él, cual desde el álto Pirinéo

Torrente bája hasta el profúndo välle,

Auyentando las ninfas, sorprendiendo

Rebaño y mayorál, arrebatando

Débiles chózas, róbles corpuléntos,

Que al lado ruedan de ínclitos peñónes

En su corriente estrepitósa envueltos.

Persíguelas Borbon, del humeänte

Muro á Mayén lanzando, y en sus Tercios

Segando vidas, derribando escuadras.

Entre la confusion, cediendo al miedo,

Los Diez-y-seis turbados desaparecen.

Lléga á París, desordenado huyendo,

Mayén con las reliquias de su bándó.

Y el bando vencedór, yá libre dueño,

Mas ébrio en su elacion, los arrabáles

Incéndia con furor, y entra á saquéo.

Su acometér no es yá valór, es rabia:

Mas Borbon no lo vé. Su noble esfuerzo

Abandona al rendido, y sigue al fuerte

Que, fúgitivo, aun vibra el tórpe acéro.  
 Traspása el arrabál; mas en las puertas  
 De la ciudad se estrélla su denuedo;  
 »Escálas prónto, (grita): no hai mas noble  
 Puerta que una tronéra, compañeros!»

Al decir esto, de repente brilla  
 En el aire, de nítidos refléjos  
 Cercada, celestial vision en forma  
 Humana circunscrita. Ante su aspecto  
 Tódo enmudece. Magestuosamente  
 Sobre Borbon suspende el raudo vuelo;  
 Y los divínos ojos, inflamádos  
 De horrór que pronto cede á un llanto tierno,  
 En el héroe clavando, »Ténte (exclama),  
 ¡Vencedór infeliz! ¿dónde vas ciego?  
 ¿A incendiar, á librar al exterminio,  
 De cien Reyes, tus ínclitos abuelos,  
 La inmortal sucesion, tu noble herencia;  
 Ciudades derrocár; arrasár templos;  
 Fundir tesóros; degollar tus hijos;  
 Y reinár..... ¿sobre quién? ¿sobre los muertos!  
 ¡Vencedor infeliz! ¡Hijo! Deténte.»

A esta vóz, resonante más que el trueno,  
 Cesa el estrágo, y la bizárra hueste  
 Penetrada de horrór abráza el suelo.  
 Enrique dúda, airádo todavía,

Aunque, sensible, á la piedad cediendo;  
Cual suele el hondo már tras la borrásca  
Que muge sordamente, aun yá seréno.  
»¡Oh tú, habitante (excláma), del celeste,  
Invisible, fatídico Univérso!

¿Qué vienes á anunciarme en este horrible  
Lugar, y en este lúgubre momento?»

La vóz responde, de dulzúra lléna:

»Yo soi aquél feliz sin merecéro

Rey de la ilustre Francia, y de ella amado,  
Que á los Borbones dió por padre el cielo.

Yo soi tu protectór, tu lúz, tu guia.

Aquél ¡ay! que fue yá, cual tú, guerréro.

Aquél de cuya fé ¡ciego! te apártas.

Aquel Luis, en fin, que con paterno

Celo te observa, y sin pasion te admira.

Óyelo, pues. Tu Dios tiene resuelto

Elevarte á mi trono por su mano.

En París triunfarás; mas será en premio

De tu clemencia, y no de tus hazañas.

Dios lo dice; y yo soi su mensagero.»

Bañado Enrique en jubiloso llanto,

Sintiéndose ahuyentar del noble pecho

El bélico furór, arrodilládo,

Y con piadoso enardecido célo

Invocando á su Dios, tiende los brazos

Con grato amor, con tímido respéto,  
Y al cerrarlos tres veces vanamente,  
Tres veces llora su impotente anhélo:  
Y al punto la vision se desvanece  
Como celáge diáfano ante el cierzo.

Del alto, entanto, del rebelde muro,  
Mezclados naturales y extrangeros,  
Empeñan todavía enfurecidos  
Contra Borbon sus últimos esfuerzos;  
Mas del Eterno la Virtud lo cubre,  
Hierro y fuego embotando y extinguiendo.

Entonces meditára el héroe pio,  
Por la primera véz, de cuantos riesgos  
Lo preserva el amor del Numen Santo.  
Fija en París, tranquilo y macilento,  
Miráda paternál, y al fin prorrumpe:  
» ¡Ciudad ilustre! ¡Flór del noble pueblo  
Francés! ¡Desventurados ciudadanos!  
¿Qué es de vuestra lealtad? El verdadero  
Valor, que vuestro nombre inmortaliza,  
El pundonor francés ¡ay! qué se hicieron?  
¿Hasta cuándo amareis el parricidio?  
¿Por qué odiais vuestro Enrique? ¿Qué os ha  
hecho?»

Y en tanto, como el sól autor del día,  
Que al terminar su curso, con descenso

Magestüoso, muy mayor se obstenta,  
Aunque parezca de la Noche huyendo,  
Borbon descende, y de París se aléja,  
De su padre y su Dios henchido el pecho.

Ácia Vincénes se dirige, en donde  
El mismo santo Rey en otro tiempo,  
Sentado noblemente en rudo escaño  
Al pie de añosa encina, dictó récto  
Sus sábias leyes..... ¡Cielos, qué mudanza!  
¡Oh lugar sácro! ¡Oh sácro bósque! vuestro  
Decóro pereció. Vuestros vergéles  
En calabozos ¡ay! se convirtieron.  
¡Vincénes! yá eres solo una espantosa  
Prision de Estado, en cuyo obscuro seno  
La Desesperacion y la Inocencia  
Yacen en uno; en que al impulso horrendo  
De la arbitrariedad dán desplomados  
Desde la cima del favór, sin verlo,  
Esos mismos Ministros, esos fuertes,  
Que se juzgáran altos como el cielo  
Y, á guisa dél, sobre el mortal tronáran,  
Súbita injustamente, y con altérno  
Instable sér, oprésos ú opresóres,  
Ya monstruos, ya deidades ante el pueblo.

Del mismo Oriente do naciera el dia  
Tiende entonces la Noche un denso vélo

Sobre París, borrando de la vista  
La sangre que vió el sól á su despecho.



## CANTO VII.

---

*Traslada San Luis á Enrique en sueños al Cielo y al Infierno. Muéstrale en seguida el palacio de los Destinos, y en él su posteridad y los claros varones que debe producir la Francia.*

Para aliviar los males de la vida  
Plúgo crear á la Eternál Cleméncia  
Dos benéficos séres, que enviára  
Entre los hombres á habitar la tierra.  
Descanso en sus fatigas corporales,  
Tesoro de sus tristes indigencias:  
El uno el Sueño, el otro la Esperánza.  
Aquél, cuando postradas vé las fuerzas  
Del mísero mortal, celóso acude  
Con su dulce embriaguéz á reponerlas,  
Envolviendo en las nieblas del olvido  
Los pesares que agitan sus potencias.  
Esta, en el corazon mas abatido

Los apetitos y el valór renueva,  
Del remóto placér nos enamóra,  
Y aun cuando nos engaña, nos deleita.  
No así cuando al mortál su predilécto  
La ofrece el Cielo; entonces no se mezcla  
La fugáz ilusion á sus halágos;  
Entonces es de Dios la mensagéra,  
Pura y fiel como Él mismo, y le conduce  
Sus divínos auxilios y promésas.

„¡A nosótro venid, consórtes fieles!”  
Pronuncia el Numen; y su vóz penétra  
Al ántro obscuro do repósa el Sueño.  
Blando estremecimiento lo desvéla  
E impúlsa ácia Borbon sus tibios pasos.  
Mudas é inmóbles á su vista quedan  
Las huestes de Aquilón. Los Faustos-Sueños,  
Próle de aquel consorcio, lédos trézan  
En las guirnaldas de que al héroe ciñen,  
Oliva y Lauro y dulce Adormidéra.

Luis, en tanto, de su augusta frente  
Pasando á la de Enrique su diadema:  
„Vence y reina, (le dice), y de tu stirpe  
Sé digno siempre. A tu valor se entréga  
Su esperanza y su honor con su corón.  
Mas sólo un trono tu ambicion no sea,  
Que es el menos precioso de mis dónes.

De Rey conquistador no te envanezcan  
Los títulos pompósos: todo es nada,  
Si airádo el Cielo su favór te niega.  
Sombras son los honóres mundanales,  
Que duplican al hombre en la apariencia,  
Y mueren con la luz que las prodújo.  
De profana virtud son recompensa,  
Cual ella frágil, que azorádo goza  
El hombre, y que al morir lo desconsuelan.  
Yo voy á descubrirte ¡oh bien amádo!  
Gloria de mas valór: la gloria eterna;  
Prémio, mas que instruccion, á tí debido.  
Sígueme, Enrique: por intáctas sendas  
Vas á llegar al trono de Dios mismo,  
Do sabrás los Destinos que te esperan.”

En esplendénte tróno de áureo fuego  
Asentados al par, hienden la inménsa  
Diafanidad del sacro Firmaménto.  
Táles el seno de la noche negra  
Exhafaciones rápidas dividen  
Que á un tiempo entrámbos pólos atraviesan.  
O, cual la pura nube que al Maëstro  
De Eliséo elevára á la alta esfëra,  
En ígneo carro que el absorto mundo  
Tuvo lugar de percibir apenas.

En el punto centrál de esos inmensos

Orbes, cuyas distancias y carréras  
 No han podido ocultarse al genio humano,  
 El glóbo yácede la luz febéa  
 Dios encerró, encendida por su mano;  
 Mundo que de su céntro entórno rueda,  
 Perénne emanacion de rayos puros  
 Arrojando de sí, que reverbéran  
 Los átomos del Éter, los pasivos  
 Ástros, y cuanto infórma la Materia.  
 Materia! sin su ardór, yérto cadáver.  
 Ástros! sin sus eflúvios, masas negras.  
 Tiempo! sensible duracion, que extrájo  
 Del seno de la Nada su presencia.  
 Fuente del Dia: productór del Año:  
 Reguladór en fin de las diversas  
 Próvidas Estaciones: ¡Sól! imágen  
 De su Criador..... (si el Hombre no lo fuera).

Entórno dél, seis mundos que lo adórnan,  
 Por la atraccion sujétos en sus métas,  
 Giran, se cruzan, rózanse y se evitan;  
 Tódos, de tódos són apoyo y régla;  
 Y el resplandór que cada cual recibe  
 Con mútua accion á los demas refléja.

Más allá de las líneas que recórre  
 El eterno girar de los Planétas,  
 En el Espácio, incláustro, inmensurable,

Que el aliento de Dios sólo rodéa,  
Dó la Materia, cual la Nada infórme,  
Divága en páz, é innúmeras esferas  
Muy mayores que el Sól inmuebles brillan,  
De Artífice Perfécto obras perféctas,  
En medio de un Océano de mundos,  
Del Sér, autór del sér, el tróno empieza.

A tanta altura, arrebatado Enrique  
Por su celeste conductór, se eleva ;  
Patria de los Espíritus que animan  
La Humanidad, y el Universo pueblan ;  
Altura do, del polvo desprendidos  
Por obra de la Muerte, al fin regrésan ,  
Devolviendo en la tumba inexorable  
Sus huesos para siempre á la álma Tierra.

Ante el sólio estos éntes inmortáles  
Del Juez incorruptible se presentan ;  
El Etérno es su nombre, su obra el Mundo,  
Su código "ignorancia y reverencia."  
Este és el mismo á quien consagra el Hombre  
Nombres contrarios, prácticas diversas ;  
El que desde su trono indestructible  
Escucha su oracion, su incienso acepta,  
É impasible y sin ira vé los monstruos  
Que la Definicion audáz engéndra,  
Y llama copia suya, analizando

Su inconcebible incircunscrita esencia.

La Muerte, hija del Tiempo fugitivo,  
Ante la Santa Magestad presenta  
En rauda sucesion la raza humana.  
Del Bónzo y del Bracmin al lado lleva  
Del gran Confucio al cándido sectario;  
Al sucesor del primitivo Persa,  
Secreto adorador de Zoröastro;  
Al yerto Albino, cuyos campos cercan  
Del hiperbóreo mar los duros hielos;  
Los hijos de las plácidas florésta  
Colombiánidas: número infinito  
En quien el Invencible-Errór impéra.  
El Derviche, impaciente y asustado,  
Inutilmente busca á su Profeta  
A la diestra de Dios. El Bónzo austéro,  
Los mústios ojos entreabriendo apenas,  
Se jacta en vano, y recompensa pide  
De sus votos y horribles penitencias,

De nueva luz heridos, y en silencio  
Temblando, estos espíritus esperan  
La sentencia finál. Su Dios, que á un tiempo,  
Oye y vé todo, y todo lo penétra,  
De una sola mirada los absuelve,  
De una sola mirada ¡ay! los condena,  
Enrique, sin llegar al invisible

Trono do la Justicia sempiterna  
Emite sus decretos, que mil necios,  
En vano, de prevér se lisonjéan:  
»¿Cuál és, (entre sí dice, confundido),  
Cuál és del Sér suprémo la supréma  
Justicia, al condenarlos ó absolverlos?  
¿Cuál és de su equidád la santa régla?  
¿Castígalos, tal véz, porque no vieron  
La luz, que él mismo les negó en la tierra?  
¿Juzgarálos, (¡qué error!) cual Juez inícuo,  
Al tenór de una Ley que nunca oyéran?  
Nó. Dios, que los crió, salvarlos quiso.  
Del mundo entero es su bondád herencia.  
Tódo habla dél; al hombre instruye en tódo;  
Y no hay un corazón en que su diestra  
No haya escrito la ley de la Justicia:  
Única inalterable, única etérna.  
Al tenor de esta ley juzga sin duda  
A cuantos siguen las pagánas sectas;  
Con récto corazón, nadie es pagáno:  
Sin él, no hay un cristiano que lo séa.”

Entre tanto que el héroe, confundido,  
Con Razón, aunque síncera indiscreta,  
Medita este misterio inexcrutable,  
Treménda vóz al pie del sólio suena;  
Estremécese el cielo; tiembla el mundo;

El són, que en torno del Espacio ondéa,  
 Imita el trueno que en el monte santo  
 Rugió, cuando el Señor habló á la tierra;  
 Cállala el córo inmortal para escucharla,  
 Y de ástro en ástro cunde en las esféras:  
 »¡Ay del mortal que á su Razon se fía!  
 ¡Criatura! tu Criador, libre, te véda  
 Conocerlo; adorarlo te prescribe.  
 Invisible en tu pecho vive y reina.  
 Castiga el crimen, el error absuelve;  
 (No el vencible, que injusto entonces fuera).  
 Mortal! ábre los ojos á sus luces.  
 ¡Ay de tí, si al mostrártelas los cierras!»

En este instante un raudo torbellino  
 Arrebatando el carro, cual cométa  
 Le hace velóz hendér el ancho Espácio.  
 Mas, yá se pára. Una mansion horrénda  
 A su frente parece, inmunda, infórme,  
 Lóbrega, hundida, imagen verdadera  
 Del increádo, inconcebible cáos  
 A que los resplandores nunca llegan  
 De esos globos de luz, cual su Autor santo  
 Benéficos, y de él obras maëstras.  
 Gérmen vital no existe en este impuro  
 Lugar, que hasta los Ángeles detéstan.  
 Del No-Sór y la Muerte el infecundo

Devastador consórcio es quien le puebla.

»¡Qué sollózos, gran Dios! ¡Ay, qué alarídos!

¡Qué masas de humo fétido! ¡Qué hogueras!

(Cláma Borbon), ¿qué monstruos son ¡oh padre!

Los que braman en esas hondas cuevas?

¿Qué símas son aquestas que las llámas

Abren ante mis pies, y que me arrédran?" =

=» Esa es la entrada del eterno Abismo,

Do aflige al crimen la Justicia Eterna.

Vén, sus caminos siempre están abiertos."

Dijo: y pasó con él las anchas puertas.

Tras ellas ven á la cobarde Envidia,

Que con miráda oblicua los obsérva,

Entanto que un riméro de laurés

Con su saliva envenenáda riega;

La que cierra á la luz los torpes ojos

Que á la sombra cual ascuas centelléan;

La que aborréce al justo mientras vive,

Y en su encómio, al morir, lo vilipendia.

Al ver á Enrique ocúltase, y suspira.

Cerca están, el Orgullo audaz que obstenta

Su alta frente, admirándose á sí mismo.

La esclava del delito, vil Flaquéza;

Tirana atróz de la virtud humilde.

La Ambicion, sanginaria y fraudulenta,

Meditabunda y tétrica, cercada

De cadáveres, tronos, y cadenas.  
 La melíflua y paciente Hipocresía,  
 De alma infernal, en celestial presencia.  
 El Falso-Célo, audáz controversista,  
 Cuya fatál virtud es toda lenguas.  
 El Interés, en fin, padre y ministro  
 De cuanto el crimen el mortal perpétra.

Esos monstruos, tiranos del malvado,  
 Al descubrir al buen Enrique tiemblan,  
 Y nó porque jamás vísto le hubiesen,  
 Jamás tentar osáron su alma recta.  
 »¿Qué Numen (gritan), ósa perseguirnos  
 Hasta en el séno de la Noche Eréba?»

A lento paso Enrique se adelanta  
 Despreciando la gárrula catérva  
 Por Luís conducido. »¡Justo Cielo!  
 (Súbito excláma), ¡el estupór me hielá!..  
 ¿No es aquél de Valois el asesino?  
 Él és, ¡oh Padre! la execrable diestra  
 Aun empuña la daga regicída  
 Que ató el encóno de la Liga en ella.  
 ¿Cómo, cuando en París esos crüeles  
 Presbíteros su odiosa efigie inciensan  
 Sobre el ára de Dios, y prosternado  
 Lo invóca el vulgo, y Roma lo celébra,  
 Gozándose en sus hórridos tormentos

Hasta el corrupto Infierno lo detésta?...”

»Hijo mio, (replica el héroe Santo),

Leyes mas infalibles y severas

Dan en esta mansion justo castigo

A los delitos de las álmás régias.

Vé los tiranos que adoraba el mundo.

Vélos, á proporcion de su soberbia

Cada cual humillado, y argüido

En el furor de Dios. Dios, sus ofensas

Al paso que los males que causaron

Y los que no impidieron, justo vénga.

La Muerte les robó todo el prestigio

De sus vanas efímeras grandézas,

Su fausto, sus deleites, los venáles

Aduladores, cuyas dulces lenguas

Con sonóras falácias sofocaban

La débil vóz de la Verdad modesta.

Y tú ¡oh Verdad! hoy eres su verdugo.

¡Oh santa equitativa Providencia!

Tu luz, hiriendo en sus llorósos ojos,

Sus mas ocultos vicios les revéla.

»Hé allí cual tiemblan, hijo, esos feroces

Conquistadores, héroes en la tierra,

Y en el libro fatál de Dios, malvados;

Plaga del univérso, que hoy se quéman

En hoguera encendida por la antorcha

Con que la Muerte los halló en la diestra.

»Allí, mas bien que unidos hacinados,  
Los Reyes véis que amaron la peréza;  
Cuando menos odiosos, éntes nulos:  
Momias con cetro, y bustos con diadema.»

A su lado vé Enrique á sus Ministros,  
A quienes reconóce en la insolencia.

Sobre todo le indignan los malvados  
Consejeros, que hollando la sévra  
Pública honestidad y el fuero pátrio,  
Vendieron con política avarienta  
La toga á Témis, el baston á Marte,  
Y las que fueron nobles recompensas  
De la heroica virtud de nuestros padres  
Ofrecieron á Plúto en torpe feria.

Mas, vosotros, ¡oh débiles mortáles  
Idólatras de Venus, almas tiernas!  
Vais también á ese abismo, y reclinados  
En el gremio letál de Citeréa,  
Gozáis allí, sin odio y sin orgullo  
Como aquí, vuestra inútil existencia?  
Y en fin; ¿entre el tropel de los inícuos,  
Confundidos con ellos en la pena  
Pereceréis ¡oh séres bienhechóres  
En quienes un instante de flaqueza  
Secó de un golpe los costosos frutos

De tantos años de virtud austera?

Bañado en llanto el compasivo Enrique,  
»¡Ah! Si no hai duda (exclama) que en aquesta  
Horrorósa mansion se precipita  
La raza humana; si á las pasagéras  
Infaustas horas de un vivir inquieto  
Sigue una horrible eternidad de penas;  
¡Cuánto valiera más no haber nacido!  
La náda es preferible á la miséria.  
¡Dichoso el sér que en el materno seno  
Halló su tumba! ¡oh cuánto mas valiera  
Que su Dios, menos pródigo que pío,  
En véz de un dón de libertad funésta,  
La imposibilidad le hubiera dado  
De títularle jamás á la obediencia!”

»No pienses, hijo mio, (le interrumpe  
El Numen santo), que la santa diestra  
Imponga nunca al pecador protérvo  
Castigo á que sus crímenes no excedan,  
Ni que, (¡Hacedór y Justo!), rompa adréde  
Los vasos que en labrar se complaciera.  
En sus premios obsténtase Infinito;  
En sus justos castigos justo apenas.  
Típo de los Tiranos le ha pintádo  
El necio mundo: mas aquí se muestra  
Padre que amante siempre, aunque ofendido,

Vibra el azóte con bondad paterna.  
 Ni venga, en fin, las momentáneas culpas,  
 (Que más que el vicio engendra la flaqueza),  
 Con una horrenda série de tormentos  
 Como su ser eterno duradéra.”

Dijo: y al punto unidos se adelantan  
 A la mansion feliz de la Inocencia.  
 Ya huyó la obscuridad del negro abismo!  
 ¡Luz inmortal y pura los alegra!  
 Aquí no hay ya pasiones ni cuidados.  
 Aquí la paz del justo nada altera.  
 Aquí á tu cétro, Amor, todo obedece;  
 No al túyo, más que Amor Concupiscencia;  
 Si no al divino fuego, derivado  
 De la alta caridad, activa, inmensa,  
 Del mismo Dios, que el cielo adóra y canta,  
 Y el insensato mundo ignóra ó niega.  
 Las almas inocentes lo respíran;  
 Cuanto lo gozan más, más lo deséan;  
 Y, de remordimientos siempre libres,  
 Su reposo es gozár delicias nuevas.

Aquí yacen los buenos soberanos  
 Que en todos siglos y naciones fueran,  
 Los héroes y los sabios verdaderos.

Sobre el imperio de las Lises vélan  
 En uno Carlomagno y Clodovéo.

Los que en el mundo enemistad protérva  
Desunió, aquí se abrazan como hermanos.  
Como el Cedro en el Líbano descuella  
En tanta altura, á todos dando leyes,  
Luis Doce, prototípo de prudencia;  
Gran Monárca, del Cielo dón propicio,  
Que asentára en su tróno y á su diestra  
A la santa Justicia, y en las almas  
Reinára; que señsible prefiriera  
El perdon al castigo, y enjugára  
De su pueblo las lágrimas acérbas.  
Ambóise está á sus pies: sólo Ministro  
Que amó fiel á su Francia, amado de ella;  
De su Rey tierno amigo, y cuya mano  
No manchó sangre ni riqueza ajena.  
¡Oh siglos! ¡Oh costumbres! ¡Justa Clío,  
Tú les darás recordacion perpétua!  
El pueblo fue feliz, el Rey glorioso.  
Francia gozó y bendijo la influéncia  
De un Gobierno tan dulce. Vuelva ¡oh Cielos!  
Con un nuevo Luis tal tiempo; ¡ay! vuelva.

Más allá se descubren los guerreros  
A quienes el debér, nó la fiereza,  
Llevó á la líd á prodigar sus vidas.  
Gozoso, entre otros mil el héroe cuenta  
Un Clissón, un de Foix, un Montmorénci,

La Trenruille, Guesclín el de una régia  
 Dignidad vengadór y azote á un tiempo,  
 Bayárd el intacháble, y la Doncélla  
 Del trono de su Rey conquistadora,  
 Blasón de Francia, óprobio de Inglaterra.

»Esos héroes que hoy ves en el Olimpo,  
 (Prosigue el Númen santo), y que á la tierra,  
 Como tú, admiracion y ejémplo dieron,  
 Como tú amaron la virtud severa;  
 Mas, ¡ah! que al mismo tiempo idolatraron  
 A su madre, hijos fieles de la Iglesia;  
 Su pura Religion era la mia,  
 Y aun la tuya.... ¡ay Borbon! ¿por qué la déjas?»

Al pronunciar con éco dolorido  
 Estas voces, de pronto se presenta  
 Ante ellos el palacio de los Hádos.  
 No bien lo mira el Númen, sus cien puertas  
 Se abren cual brónco trueno rechinando;  
 Y al punto en la mansion unidos entran.

El alígero Tiempo, de invisible  
 Rapidéz voladór, ni un punto cesa  
 De salir y volver á estos salones.  
 De aquí condúce al mundo, y en él riega,  
 Los males y los bienes de los hombres.  
 En férreo tabernáculo se encierra  
 Aquí el Libro ante-escrito que contiene

Del Por-venir la historia verdadera.  
El dedo del Señor marcó en sus folios  
Nuestros leves placeres, graves penas,  
Deséos, saciedad, remordimientos.  
En las gradas, á un tiempo libre y presa,  
Vaga la Libertad, sierva orgullosa  
Que los lazos no vé que la sujetan.  
A yugo indestructible atádo el cuello  
Por su Señor, al par que ignóra prueba  
El superior influjo que la rige;  
Mas, con su nominál independencía  
Envanecida, dócil é insensible  
Desde abinício arrastra sus cadenas,  
Y obrando siempre compélida; á véces  
Hasta á los mismos Hádos regir piensa.  
«Hijo! (excláma Luís), hijo querido!  
Ve aquí el lugar de do infalibles vuelan  
A los humanos pechos los auxilios  
De la Gracia-Eficáz. Aquí la flecha  
Se guarda que un ignóto y fausto dia  
Debe herir blandamente á tu alma tierna,  
Y en llanto, si nó en sangre, bautizárla;  
Mas, no es dádo á tu inútil diligencia  
Que un momento en que Dios domina sólo,  
Prevér, fijár, urgir, ni atrasár pueda.  
¡Oh dolór! el instante aun es remóto

En que el Señor la gracia te conceda  
De inscribirte en la lista de sus hijos.  
¡Ay, cuántos máles que probár te quedan!  
¡Cuántas debilidades, qué extravíos,  
Apartarán tus pasos de sus sendas!  
Descuenta de su vida ¡oh Dios piadoso!  
El triste plazo que aun de Tí lo aleja.”

Però ¿qué innumerable muchedumbre  
En estos senos sin cesár penétra,  
Y al punto se difunde y desaparece?  
“Hijo: (prosigue el Númen), en aquesta  
Sacra mansion el cielo te concede  
Que anticipados los retratos veas  
De mil claros varones que aun no existen.  
Estos, al par que imágenes, emblemas  
Del arcáno Futuro, á todo siglo  
Y nacion, preordenados, representan.  
Los días del mortál contados fueron  
Por su libre Hacedór antes que diera  
Guarísimo al tiempo, y en su mente yacen,  
Cual pasadas, las razas venideras.  
Su presciencia infalible aquí señala  
El momento que al hombre dá existencia;  
La exaltacion del uno, los desástres  
Del otro, las venturas ó miserias  
Adictas al durar de cada úno.

Sus vicios, sus virtudes, muerte y huesa.

»Acerquémonos, Hijo: Dios permite  
Que la ilustre progénie que te acuerda  
Présago reconozcas y célebres.

»El primer héroe que tu vista alegra  
Con razon, es Luis Trece, el hijo tuyo;  
El que la gloria de las Lises nuestras  
Por largo tiempo sostendrá, dichoso  
Debeladór del Ibero y del Bélga;  
A quien, empéro, inexorable el Hádo  
A su hijo y su padre igualar véda.»

Sobre alfombras de lises, y en las gradas  
Del trono con altíva continencia  
Reclinados, vé Enrique á dos mortales. (1)  
A sus plantas, ceñido de cadenas,  
Se postra murmurando un pueblo entero.  
Condecóra á los dos de la moderna  
Roma la purpurina sácrá Tóga,  
Y armadas huestes á los dos rodéan.  
Reyes los juzga Enrique. El Númen clama:  
»Y lo son, aunque nó de estírpe régia,  
Pues á sus Reyes y Nacion dominan.  
Mas la posteridad es justiciera:

---

(1) Los Cardenales Ministros de Estado Armádo de Richelieu,  
y Julio Mazarino.

¡Julio! ¡Armádo! Ministros inmortales!

Uno y otro aspirando á la soberbia

Pompa del s6lio desde el 6ra humilde,

A la infalible proteccion se entregan

De Fortuna y Pol6tica aliadas,

Que al alto despotismo los el6van.

Sublime, rencor6so, y docto, Armádo.

Astuto, dulce, de amistad incierta,

Sufrid6r y anim6so, Mazarino.

Uno, buscando el puerto en las tormentas,

De sus fuertes contrarios triunfa huyendo.

Otro, arrostr6ndo el g6lfo en medio de ellas,

Su salvacion 6 su denuedo debe.

Rivales ambos de la gloria r6gia.

Del pueblo aborrecidos, y admirados.

En fin, por sus virtudes 6 altas prendas,

Al paso que onerosos 6 su pueblo,

Utiles 6 su trono en paz y en guerra.

»¡Oh t6, menos privado, y mas discreto:

T6 6 quien, y6 justa, la Opinion num6ra

Prim6ro en la segunda gerarqu6a:

¡Colb6rt! siguiendo tus prudentes huellas

Corre 6 los pueblos la Abundancia, fruto

M6s que de su sud6r, de tus tar6as.

Tus venganzas ser6n, tus beneficios;

Y al reino har6s feliz que te detesta:

Copia del justo que nutrió al hebreo  
En premio de sus hórridas blasfemias.”

Mas, ¡Cielos! ¿qué admirable muchedumbre  
De esclavos, que sus grillos lédos bésan,  
Afanados adoran más que sirven

A un Rey, á cuya vista todos tiemblan! (1).

¡Qué sumision! Jamás á Francia un hombre  
Acostumbró á tan trémula obediencia.

»Obsérvalo, hijo mio. En las virtudes  
Y el amor de la gloria te semeja.

Más temido que tú, ménos amado,  
Mejor servido. A prósperas y advérsas  
Fortunas condenado alternamente.

Si en aquellas altivo, fuerte en estas.

Contra veinte Naciones coligadas  
Manteniéndose solo en la palestra.

¡Grande en la vida, en el morir sublime!

¡Oh siglo de Luis, qué no te espéra!

Tú á Francia llevarás las nobles Artes;

Las hijas de Atencion, Abstractas-Ciencias;

La admiracion rivál de las Naciones;

El creador Pincél; las Bellas-letras;

Los mármoles y brónces animados,

Progénie, como un tiempo honor, de Grécia.

---

(1) Luis XIV.

Tú verás á esos sábios que reunidos  
Con lazo fraternál miden la inmensa  
Distancia de los ástros á los ástros,  
La forma y el volumen de la Tierra,  
Y en el hondo taller de la Natura,  
Precedidos sus pasos por la téa  
De la Razón, guiádos por la Duda,  
Y ahuyentando al altivo Erfór, penetran.

Tú escucharás á la celeste Ninfa  
Que dió puerto á Arión, muros á Tebas:

¡Oh divina Harmonía! tú á mi pátria  
Llenarás de tus plácidas cadencias,  
Nectar del corazón y los sentidos.

Franceses, á cantar vuestras proezas  
Aptos con gracia igual que á concluirlas:  
¿Qué triunfál lauro á vuestra sien se niega?

»Un pueblo entéro de héroes en la Francia  
A un tiempo quiere el Cielo que florézca.  
¿Cuál Borbon no amará la marcial gloria  
Más que el dulce repóso y la existencia?

»Entre nubes de férreos mongibélos  
Condé parece; el de fortuna incierta,  
Yá apóyo y yá terrór de su Monarca.  
Su igual al menos, y rivál, Turéna,  
Si ya nó tan brillante, más prudente.  
Catinát, ostentando á competencia

Las virtudes del sábio y del guerrero.  
 Vaubán, desde el glacís de una trinchera  
 Riéndo del valor de los sitiados:  
 Creádór del Ataque y la Defensa.  
 Luxembúrgo, del Austro y del Británo  
 Pásmo: infeliz en páz, invicto en guerra.  
 Denáin verá á Villárs el atrevido  
 Robar el rayo al Aguila altanera  
 Del Imperio á poder de sus victorias;  
 Árbitro de la Páz, que nace de ellas;  
 Gran Capitan de insigne Soberano;  
 Rivál digno de Eugenio, á quien venera.

»¿Quién es aquel mancébo, de agraciado  
 Semblante donde á pár brilla y refleja  
 Del decóro reäl la mansedumbre? (1)  
 Vá al tróno; mas ¡con cuánta indiferencia!  
 ¡Oh Dios!... ¿qué negra nube lo arrebatá  
 De mi vista? ¡Ay, Señor! ¿dó nos lo llevas?  
 ¡Ay! que yá lo entregó á la avára Parca  
 Tu voz, irrevocable en sus sentencias!  
 ¡Ya cayó al pie del trono do subia!  
 Enrique amado, el Cielo en él te muestra  
 El mas justo de todos los Franceses.  
 Tu propia sangre corre por sus venas.

---

(1) El Delfin, padre de Luis XV, que falleció sin haber reinado.

¡A qué ¡gran Dios! formar y concedernos  
Por tan breves momentos, flór tan bella?

¡Oh cuanto prometían tus virtudes  
Gran príncipe! La patria feliz fuera  
De tu trono á la sombra; la Abundancia  
Y la Páz se abrazáran bajo de ella.

Amante idolatrado de tu pueblo  
Tú esperabas contár de tu existencia  
Los dias por tus dulces beneficios.

¡Qué escéna, oh patria, de dolor aquélla!  
¡Qué torréntes de lágrimas amargas  
Acrecerán el agitado Séna

El dia horrendo en que la misma tumba  
Hijo y madre y esposos juntos vea?

»De este, ayér fértil tronco, hoy seco arbusto  
Unico y débil bástago presérva  
El fatal hierro. Un párvulo Monarca  
Es todo el resto de la estirpe régia;

¡De abatida nacion flaca esperanza!

¡Oh tú, prudente Fléuri! acórre, vuela.

Tú, esta postréra y tierna flor nos guarda.

Tú la cultiva, y á tu vista crézca.

A ser sensible y justo, al par que dueño

Y Rey, de tu elocuente labio aprenda.

Amado dél, adórele su pueblo.

Que sólo es Rey por él, y para él, sépa.

Y tú, bajo su cetro ¡oh patria! cobra  
Tu yá abatida magestad priméra.  
Rómpe el denso nublado que te cubre.  
Corónente de nuevo y permanezcan  
En tu seno las Artes, que hoy te esquivan.  
¡No oyes al hondo Océano en sus cuevas  
Preguntarse asombrado: ¿qué se hicieron  
Las invencibles flámulas Francésas?

— ¡No vés al Nilo, al Ponto, á la india Playa,  
Ordenando al Comercio que te ofrezca  
Su abrázo, y la Victoria arrodillada  
Ante Páz y Justicia, que se bésan?  
Harta gloria es ser árbitra del mundo:  
Ser el terrór, ya vés lo que te cuesta! ”

Héroe cubierto de esplendór, al lado  
De este párvulo Rey Enrique observa,  
A quien, distante, insulta la calumnia (1).  
Su carácter es dócil, sin flaqueza,  
Bravo su corazon, noble su ingenio.

Amañte del placér y empresas nuevas.  
Desde el seno letál de la molicie  
Sabe regir á Europa, que le tiembla,  
Teniéndola con artes exquisitas  
Al par que absorta, dividida y quieta.

---

(1) El célebre Duque de Orleans, Regente del Reino.

Su vigilante proteccion ilustra  
 Las Artes, que pacíficas prospéran ;  
 Nacido para todos los destinos,  
 No hay una calidad de que carezca ;  
 Gefe, soldado, ciudadano; en suma:  
 Sólo no es Rey, mas á reinar enseña.

A este tiempo, entre etéreos resplandores,  
 El sácro álbo pendón de Francia ondéa,  
 Y á su sómbrá del Águila Germána  
 El vuelo corta noble hueste Ibéra.  
 “¡Qué fenómeno! (excláma absórto Enrique),  
 ¡Oh padre mio! ¿qué vision es ésta?” =  
 “=Hijo, tódo peréce. A cada Estado,  
 Como á cada mortál, su tumba espéra.  
 Adorémos postrádos los decretos  
 De la justa y arcána Providencia.  
 La raza terminó de Carlos Quinto.  
 Llorósa España un Rey pide á la nuestra ;  
 Y esta gloria á Felipe el Animóso  
 La proteccion fatídica reserva.”

Enrique de alborózo enagenádo,  
 Quiere hablar, y su ardor turba la lengua.  
 “¡Ay, Borbon! (clama el Númen), no te  
 engañen  
 Tu noble corazón, y una sorprésa.  
 De suceso tan grave y tan glorioso

Téme, si amas la páz, las consecuencias.

Sí: Madrid á París pide un Monarca:

¡Largo tiempo á los dós gloria funesta!

¡Oh Felipe! ¡Oh Borbones! ¡Hijos míos!

¡Pueblos ilustres! en union perpetua

Os dé vivir, de hoy más, propicio el cielo.

¡Hasta cuándo han de ser incendio y guerra

Vuestra pasion, Políticos malvados?

Ved al fin la justicia y conveniencia.

Cedéd al gran Luís, y para siempre

Los montes de Piréne desaparezcan.”

Al decir esto, á maravilla tanta

Sucede una atezáda y densa niebla,

Que la vista y la mente al pár eclipsa.

Ciéñanse con fragór las anchas puertas

Del templo misterioso; y en los brazos

Del pasivo repóso el Héroe queda.

La nacaráda Aurora, mientras tanto,

Anuncia al mundo que Titán regrésa.

Huyendo dél la imperceptible Noche,

En su palacio occidental se encierra,

Seguida de los sueños voladores.

Blandos alientos á Borbon despiertan

De un ardor celestial que lo devóra.

Nuevo terrór inspíra y reverencia

Su esplendente mirada; y su Dios mismo

De santa magestad sus ojos hena.

Así al bajar del consagrado Sína,  
Despues que del Señor la voz oyéa  
El vengador del pueblo isráelíta,  
Tan divino fulgór su rostro incendia,  
Que, absorto y humillado, el terco Hebréo  
Tendido esconde el rostro en el aréna.

## CANTO VIII.

---

*Socorre España á la Liga con 1600 lanzas,  
mandadas por Degmond. Batalla de Ivri.  
Magnanimidad de Enrique con los rebeldes,  
vencidos.*

La Junta de París desalumbrada  
Perdió el orgullo de que estaba henchida.

Al oír pronunciar de Enrique el nombre

Así le espanta la rebelde Liga  
Que parece olvidada de su intento  
De suplantar la antigua dinastía.

Impaciente, colérica y cobarde,  
En proscribir ó en coronár vacila  
A Mayép, y por fin con un decreto  
Cuanto sin él obtuvo le confirma.

Este Lugar-teniente de sí mismo,  
Este Rey sin diadema, tiene adicta  
La voluntad servíl de un gran partido;  
Y el pueblo dócil, que en su audacia fia,  
Lo presume su escudo, y le promete

Lidiar por él, hasta perder la vida.

De nueva confianza lléno el pecho,

Convóca á su Consejo la escogida

Flor de sus sediciosos Campeones,

Cuyo crédito y brazos necesita.

Los ilustres Lorénas, los Nemúres,

Brissác, el de alma ardiente si indecisa

Joyéuse, Canillác, San Pól, La Châtre,

Todos parecen, y en sus rostros brillan,

Grabados por la mano del Encóno,

Crueldad, furor, venganza, orgullo é ira.

Mueven algunos tembloróso el paso,

Aún apenas cerradas las heridas,

Ni repuesta la sangre derramada:

Estorbo que sus ánimos irrita,

Y aumenta la impaciencia de vengarla.

Puestos ante Mayén, sacan las limpias

Espadas, y su pronto desagravio,

Como su mando, juran y publican.

Táles sobre la cima del Olimpo

Vieran los campos Tésalos un dia

A los Titánes incommensurables,

Cuando airados, con ímproba fatiga

Arrimerádo montes sobre montes,

Fiádos en sus fuerzas excesivas,

Para arrojar los dioses de sus tronos,

Emprendieron del Cielo la conquista.

Sobre esplendente nube ante sus ojos  
Parece la Discordia, que les grita:  
»Héroes! valór: con el socorro llega  
De vencer ó morir el fausto dia.»

Daumál es el primero que á sus voces  
Se levanta inflamádo, y calla, y mira,  
Y al fin descubre, de alborózo lleno,  
Las lanzas brilladoras de Castilla.

»Véla allí, en fin, (excláma), esa Falange  
Nunca negada, y siempre diferida.  
Felipe, al fin, amígos, nos socórre!»  
Dijo: y Mayén al punto se encamina  
A las puertas, que alegre abrir ordena.

La hueste auxiliär su Campo fija  
No lejos del recinto do la Muerte  
Guarda de nuestros Reyes las cenizas.

Haces disformes de ferradas lanzas,  
Y arcabuces, y arnéses, y lorígas,  
Agrupados en orden armonioso,  
Muy mas que el sól, á quien repíten, brillan.

Curioso cierra el campo el vulgo leve,  
El adalid que España les envía  
Bendiciendo en Degmond; noble mancebo,  
Audáz quanto ambicioso, á quien dió vida  
En Brusélas un padre desgraciado

Que despues la política injusticia  
 Quiso infamar y honró con el cadálsó,  
 Matando en él de Flandes oprimida  
 Por su Monarca al defensor valiente.  
 De alma abyecta en la Corte, quanto altiva  
 Y aun temeraria en la campaña, el hijo  
 Largo tiempo besó la mano inicua  
 Que al padre degollára....¡hijo execrable!  
 Desdóro de su patria y su familia;  
 De Brusélas horror; ¡y en París, Numen!  
 El Rey Felipe, en fin, es quien le envía.

Como un dios tutelár es acatado  
 Del altivo Mayén, cuya alma agitan  
 Nuevos designios, esperanzas nuevas,  
 Que triunfar de Borbón le pronostican.  
 Ciega temeridad és su conséjo.  
 ¡Con qué dolor, gran Rey, vé tu pericia  
 Júnto á tanto valor, tál desacuerdo!  
 ¡Cuánto anéla tu pecho el feliz día  
 De la Batalla..... nó: de la Victoria,  
 Al Reino, y para siempre, decisiva!

Yáce en medio las plácidas ribéras  
 Que el claro Itón y el Éura fertilizan,  
 Campo feliz, amor de la Natura,  
 Do tiempo inmemorial la Guerra impia  
 Respetára los ópimos vergéles

De que Céfiro y Flóra lo matizan.  
Sus pastores, agenos de cuidados  
Públicos y domésticos, respíran  
En él tranquilos: la pobreza honrada  
Y el cielo, protegiendo sus fatigas,  
Les sirven de muralla, impenetrable  
Al militar estruendo y avaricia.

Las dos huestes se acercan á estos sitios,  
De destruccion y espanto precedidas.  
Las ondas de ambos ríos se conturban.  
A la fuga y los bosques se confía.  
Medrosos los pastores; á los senos  
Palpitantes estrechan sus sencillas  
Esposas los hijuelos, prosiguiendo  
Las huellas adoradas que las guian.

Al menos, ¡infelices habitantes!  
No imputeis vuestro mal, con injusticia,  
A vuestro Rey. Si busca los combates,  
Debér, y amor de páz, á ello le obligan.  
Esperad ¡pueblos! de él inmensos bienes.  
Vuestros males lo afligen, lo contristan;  
Y ante traicion, y desacato y muerte,  
Por vosotros se expóne, por vos lidia.

Sus Falanges recorre el noble Enrique,  
Oprimiendo la espalda reducida  
De un bético alazán, que al velóz Nóto

Excede en rapidéz y desafia,  
Y orgulloso del peso que lo ilustra,  
Su pisar redoblado el ruido imíta  
De los timbáles, del clarín su grito,  
Su aliento, en fin, el fuego que respíra.

Circundan al Monarca los guerréros  
Consortes de su gloria, que ceñida  
La sien ostentan de sus propios lauros.  
El anciano Daumont, cuya cuchilla  
Defendió á cinco Reyes sucesivos;  
Birón, nombre sublime y que intimída:  
Y el hijo, audáz mancebo, que más tarde::  
Mas era virtuöso todavía.  
Sullí, Nangís, Crillón, esos invictos  
Enemigos del Crímen, que la Líga  
Odia y venéra; el infelíz Turéna  
A quien Fortuna variäble un día  
En Sedán, por derechos de su esposa,  
De Buillón soberano solemniza,  
Y un momento despues destróna Armándo.  
Entre todos Esséx parece y brilla,  
Cual descuella en jardín altiva palma  
Entre copados Olmos, engréida  
De su pompa y origen extranjero.  
El refulgente cásko rayos vibra,  
Que los diamantes de que está guarnido

En el aire encendido multiplican;  
Precioso dón con que su amante augusta,  
Su amor premiando, honró su valentía.  
¡Duque ambicioso, apóyo de los tronos,  
Idolo de su Reina, y sus delicias!

No lejos dél parecen Latremülle,  
Feuquieres y Clermónt; el de impropicia  
Suerte Denésle, con el venturoso  
Lesdiguières; Daillí, que en este día  
Gloria y duelo inmortal ganó venciendo.

Con impaciencia heroica, mas sumisa,  
Todos aguardan la señal, en torno  
De su Rey cuyo aspecto vaticina  
Infalible victoria, y lauros nuevos.

¡Ay! cuan en vano su virtud antigua  
Busca Mayén en su abatido seno!  
Yá porque conociese la injusticia  
De su inicuo partido, en cuyo triunfo  
Jamás traidór de buena fé confía;  
Ó bien que haya en verdad presentimientos  
Con que un interno agente al hombre avisa  
Que un próximo infortunio le amenaza.  
Con todo, á puro esfuerzo al fin domina  
Su flaqueza, y los tétricos presagios  
Cubre con apariencias de alegría,  
Infundiendo en su hueste una esperanza

De que su alma se vé destituída.

Lléno Degmónd de aquella confiánza  
 Que la imprudencia juvenil inspira,  
 A su lado impaciente y taciturno,  
 Su indecision ó lentitud crítica.  
 Cual caballo fogoso, del fecundo  
 Prado prófugo, apenas en la erguida  
 Oreja resonó la marcial trompa  
 En los Campos de Trácia, que á la vista  
 Suspenso de los aires aparece,  
 La créspa crín en palmas esparcida  
 Lejos del corvo cuello, y, mál su grado,  
 Dócil con todo á la undulante brida.  
 Tál Degmónd, con mirada abrasadora,  
 Henchido el corazon de noble íra,  
 En su próxîmo triunfo se complace,  
 Y la victoria en su denuedo fia.  
 ¡Ay! no sabe, ¡infeliz! que ese denuedo  
 Es quien le asesta la postrér herída.

Ácia la adversa hueste al fin se avanza  
 El gran Monarca, que á los suyos grita:  
 «Hijos! Franceses sois: yo soy Rey vuestro;  
 Y allí están las Falanges enemigas.  
 Guay del que no descubra mi penácho;  
 Guay dél; porque ése vuelve atrás la vista.»

Tál discurso, fatídico, sublime,

Que al Rey, ya vencedor, el cielo inspira,  
Nuevo ardor dá á su hueste, que al combate  
Invocando al Señor se precipita.

Muévense á páso igual entrámbos Campos,  
De tál suerte, arrojados de las cimas  
Del monte por Alcides bipartido,  
Los hijos de Aquilón revueltos giran  
Sobre los hondos golfos de dos máres,  
Cuyas ondas, opuestas, se aproximan  
Hasta chocarse, y con bramido horrendo  
Confundirse en los aires suspendidas:  
Múge el suelo, huye el sól, la nube truená,  
Y el mundo teme su postrer ruina.

La cuchilla trifáz, de sangre avara,  
Al arcabuz mortífero añadida,  
Multiplica las muertes. ¡Execrable  
Invencion Bayonesa, en que la inicua  
Deidad del odio combinada obstanta  
De fuego y hierro la potencia activa!

Trábase, en fin, la lid. Valór, destréza,  
Cólera, astucia, horror de fuga indigna,  
Quejido, insulto, ardiente séd de sangre,  
Pásan con rapidéz alternativa  
En todas las escuadras de ámbos fréntes,  
El deudo contra el deudo se encarniza.  
El seno fraternál rasga el hermano.

Natúra, en fin, con ansia convulsiva  
Vé el prado sumergido en roja sangre  
Como al fin de tenáz lluvia inverníza.

Bósques espesos de ferrádas lánzas,  
Batallónes profúndos, símples filas,  
Todo lo arrólla ó lo penétra Enrique.  
Mornai le sigue siempre con pasiva  
Continencia y audacia, y cual propicio  
Genio celeste en su favor vigila.  
Tál yá ficcion inmemorial pintára  
En los bélicos campos de la Frígia  
Los dioses por los hombres contendiendo  
En mortál forma y con mortál fatíga.  
Ó cuales los ministros tremebundos  
Del verdadero Dios, hueste divína,  
Impasibles cual Él, que circundados  
De Huracánes, y Truenos, y encendidas  
Fásces de rayos, del absorto mundo  
Éje y cimientos mueven y desquician.

Mornai del Rey recibe los preceptos  
Que á los héroes sublime genio dicta,  
Cambian la líd, y fijan las Victorias.  
Al caudillo inferior los comunica.  
Cada cabo parcial de este los oye.  
Y las fuertes escuadras, comprimidas  
En tácita obediencia, se preparan

A ejecutar la evolución prescrita.  
Dividense, convérsan, gíran, dóblan,  
Representando máquinas movidas  
Por una sola mano, un muelle solo.  
Vuelto á su Rey, Mornai, le participa  
El efecto ordenado, y (contrapuesto  
Mientras habla), de golpes mil le libra,  
Sin permitir á sus estoicas manos  
Que en sangre fraternal jamás se tíñan.  
La salud de su Rey sólo es su empeño;  
Pasivo, en su defensa sólo lidia;  
Y su heroico valór, sin dar la muerte,  
Sabe sólo ahuyentarla, ó recibirla.

Las tropas de Nemúr ya vé el valiente  
Turéna rechazadas y esparcidas.

Dallí muerte y espanto siembra en torno,  
Esgrimiendo de nuevo una cuchilla  
Que durante seis lustros ensalzára  
Su yá gran tiempo ociosa valentía.

Héroe doncél á singular combate  
Súbito ante él parece y le apellida,  
Ganoso de adornar de inmortal lauro  
De su precóz esfuerzo las primicias.  
Velado apénas, el rosado yugo  
Y el tálamo feliz airado esquivá,  
Llorando con rubór deber su fama

A su beldád y nó á su bizarría.  
 En trance tál su amante y bella esposa,  
 Suspirando á sus pies despavorida,  
 Acusa á cielo, y tierra, y fama, y gloria;  
 Mas, noble amante, de su amante admira  
 Y celebra el valór; y blandamente  
 Al bello cuerpo con sus manos liga  
 La pesada coráza, y la adorada  
 Frente cubre del yelmo en que su cifra  
 Se obstenta, y la engalána, y la defiende.

Ácia Daillí impaciente se encamina,  
 Nubes de polvo y plomo y fuego hendiendo  
 Por el campo que pálidos matizan  
 Cadáveres, y miembros divididos.  
 Ambos á un tiempo con furór aguijan  
 Sus fogósos ginetes, traspasando  
 Las métas por las postas circunscritas.

Dobles de hierro en sangre ennegrecido,  
 Lanzas en ristre, al pár se precipitan  
 A encontrarse, y del chóque horréndo el éco  
 En las selvas rugió circunvecinas;  
 Tembló la tierra, y las pujantes lanzas  
 Volaron por el aire hechas astillas.  
 Táles dos contrapuestas tempestades  
 Cuyos sénos el fuego opréso agíta,  
 Vuelan sobre las nubes, y al tocarse

Engéndran el relámpago, á la vista  
Menos pronto en herir que al suelo el rayo.  
Al punto á un tiempo saltan de las sillas  
Los dos guerreros, y á buscar airados  
Nueva manera de matar se aplican.  
Yá el estóque fatál vibran sus manos.  
A nueva sed de sangre los incíta  
El genio de la Guerra; y la Discordia  
Y la gualdósa Muerte en torno giran.  
Ay, engañados! suspended los golpes.  
Mas, ay! que vuestro esfuerzo fatalizan  
Altos influjos de un querer advérso!  
A entrambos corazones dirigidas  
Van mútuamente las agudas puntas;  
Corazones que entrambos ¡oh desdicha!  
Desconocen y adoran. Las celádas,  
Segádos los penachos, y rehendidas,  
Ceden al fin, y al aire en trozos vuelan.  
Los bótes, de los pétos sacan chispas.  
Mas el escudo defensor y el cásko  
Resisten, quebrantádos, todavía  
Al furor de los brazos y á la muerte.  
Mútuamente respétanse y se admíran  
Los dos atlétas. Mas, al fin, un golpe  
Fatál, si vencedór, postra sin vida  
Ante Daillí á su jóven adversario.

Los bellos ojos de la luz del día  
 Muestra privados para siempre el cáscó  
 Que en el aréna rueda. Al punto mira  
 El noble anciano el rostro.... ¡Oh Dios, que  
 espánto!.....

Sobre el cuerpo se arrója, y llóra, y grita  
 Y le lláma, y le bésa, ¡ay, si es su hijo! !.....  
 Súbito se levanta; feroz vibra  
 .Contra su propio pecho ¡malhadado!  
 La nó culpable mano parricída.  
 Pára el golpe su hueste, que al fin logra  
 Apartarlo, y templar sus justas iras.  
 Trémulo huye con ella; y maldiciendo  
 Guerra, y victoria, y su fatal pericia,  
 Y Liga, y mando, y pundonor, y corte,  
 A un desierto ignorado se retira.  
 En él, yá brille el sól, yá las siniestras  
 Nocturnas aves de concierto sirvan  
 A su voz flébil, de contínuo “¡ay hijo! !”  
 “Ay hijo!!” el compasivo éco replica.

La enamorada, que á su esposo sigue,  
 Jóven esposa, en álas conducida  
 De un présago terror, los vacilantes  
 Pasos á la fatál téla encamina.  
 Suplícá, inquiere, llóra, al fin descubre.....  
 ¡Ay, cuan otro! infeliz!..... Desfallecida,

Sobre el yerto cadáver se desplóma:  
 “Amór de mis amóres!..... alma mia!.....”

Sólo pronuncia; y con furór besándo  
 La boca idolatrada, comprimida

En abrazo letál contra su amádo,

Queriendo dárle el propio aliénto, espira.

¡Oh esposa! ¡oh padre sin ventura! ¡oh  
 tristes

Ejemplos de la gloria á que termina

El triunfo en las civiles disensiones!

¡Plegue al cielo que exécre, y no repíta

Una demencia tál la edad futura!

¡Quiera que un útil llánto, al referirla

A nuestros hijos, nos recuerde y lave

El crimen que á sus padres amancilla!

Mas ¿de qué huís, los de Mayén? ¿Cuál

Númen,

Cuál héroe se os opóne, y os derriba?

El mancébo Birón, solo, y lanzádo

Cual centella, traspása yá las filas.

Colérico Daumál, “No huyais, cobárdes!!!

Compañeros, volved;” templado grita.

“Yá. Sí. Lo sé. No huís. Vais á otros puntos.

Bien! en soldados de Mayén y Guisa,

Vengadores de España, de la Patria,

Del mismo Dios, no cábe accion indigna.

Pero, volved. No os desmintais de nuevo,  
Y victoria cantád: Daumál os guía.”

Al punto, de sus cabos segundado,  
Reforma las escuadras esparcidas,  
Por su ademán intrépido animádas;  
Y la Victoria, que á su frente huía,  
Con ellas vuelve, triunfos anunciando.

En vano de Birón silvándo brilla  
El mortífero acero: inútil dique  
Del torrente enemigo á la avenida.  
Vé moribundo á Parabér. Fuquieres,  
Nésle, Clermónt, Dangén, con infinita  
Copia de sus valientes, lo circundan  
Yá exánimes. Él mismo, á mil heridas  
Rendido, un fin ilustre se prepará.....  
Muere ¡oh Birón! de muerte de tí digna.  
Muere á ser inmortal, y á que el Delito  
Te busque en vano, hallándote sin vida.

El generoso Enrique observa el riesgo  
A que el mancebo intrépido se libra.  
Amábale, no yá cual Rey ni Dueño  
Cuya altivéz, con dignacion pasiva  
Concede ser amado, y juzga ¡iluso!  
Una mirada precio de mil vídas.  
Enrique á la Amistad paga el tributo  
De mútuo afecto en que su esencia estriba.

¡Amistad! Santo dón! Gracia sublíme,  
 Que los Monarcas, esa esclarecida  
 Raza de ingratos, són, sin conocérlo,  
 Harto infelices para nó sentírla!

Borbón acorre, y de su heroico brázo  
 Dobla el esfuerzo el Numen que le inspira.  
 Birón en el extremo del peligro  
 Se siente nueva audacia con la vista  
 De su Reäl Amigo; y ante entrambos  
 Huyen pronto las háces enemigas.  
 Tu Rey, Birón, ¡te arrebató á la Muerte!  
 Cuida de serle fiel mientras que vivas. ( 1 )

Óyese entanto un espantóso estruendo.  
 La Discordia cruél de nuevo agita  
 Los rebeldes, sus furias oponiendo  
 De Enrique á la virtud casi divína.  
 Ante ellos márchá, conturbando el viento  
 Con el són de su trompa enronquecida;  
 Són que á Daumál commueve, y lanza al campo  
 Velóz más que la flécha, y con ferína  
 Rábia lo impulsa ácia Borbón, seguido  
 De turba innumerable de la Líga.

---

( 1 ) Cárlos de Birón, Mariscal Duque y Pár de Francia, conspiró despues contra el mismo Enrique, y fue decapitado en el patio de la Bastilla. De este trágico asunto sacó su Comedia nuestro Juan Perez de Montalbán.

No de otra suerte, canes avezádos  
Que el cazador experto destrahílla,  
Al Jabalí se arrojan, obedientes  
Al mando que á su instínto se combina;  
Ni vén su riesgo, ni el quejido escuchan  
Del compañero que en el aire espíra,  
Mas de la azúza y trómpa el eco solo  
A morir, ciegos, y á matár los guía.  
Táles se arrójan á Borbón, que, solo  
Contra todos, vibrando la cuchilla,  
Airado les devuelve estrago y muerte  
Que su brázo reparte y multiplica.  
Mas, ¡ay! no bastan contra tanta copia  
De puntas á su pecho dirigidas.

El santo Numen protector, en tanto,  
Del alto cielo sobre Enríque envía  
Nuevos auxilios de invencible fuerza  
Que le tienen, cual róca combatida  
Enmedio de agitado már, inmovil.

¿Quién podrá retratár, qué expresion digna  
Pintára tanto riesgo, tál destrózo?  
Del Éura la corriente enrojecída,  
Bajo de humanos miembros invisible?  
Vos sólos á la humilde musa mía,  
¡Mánes sangrientos del mejór monárca!  
Volvér podeis la vóz desfallecida.

Su fiel Nobléza á su socórro vuela.  
 »Morir uno por otro» es la divisa  
 Comun entre vasallo y soberáno.  
 La Muerte entre ellos vaga precedida  
 De Fatídico horrór.... cuando de pronto  
 Pára el fuerte Degmónd ante su vista.

Largo tiempo este audáz aventuréro  
 Al Caudillo Reäl buscado había,  
 Por su insána arrogancia concitado,  
 Y al honor de oponerle su cuchilla  
 Sacrificando su infalible muerte.

»Vén Borbón! à aumentàr tu gloria antigua,  
 (Clama); lidiemos: à nosòtros toca  
 Poner fin à esta guerra destructiva.»

El árbitro Supremo de las lides  
 Lanza à este punto, hendiendo la encendida  
 Masa del Éter, un rugiente rayo  
 Núncio del Hado, el cual le vaticina  
 (En su insensato orgullo), la victoria,  
 Por el cielo à su mérito debída,  
 Como por la Fortuna à su denuedo.

Impaciente al encuentro se anticípa  
 Y en sangre de Borbón tíne el acéro.

Vé con serenidad riesgo y herida  
 El Héroe, mas redóbla sus impulsos,  
 Holgándose de hallàr en este día

Y en el campo de honór digno adversario.

Súbito, cual león se precipita,  
Le asalta, cierra, oprime, le embaràza,  
Le hiere en fin, y muerto lo derriba.

El polvoroso y yà lívido cuerpo  
Entrambos los caballos ciegos pisan,  
Mientras el alma despechada vuela  
A habitàr, por su màl, la mansion misma  
Do el agraviado padre lo maldice.

Soberbios Españoles! hueste invicta!  
Con Degmónd pereció vuestra arrogancia;  
Y por primera véz el miedo os liga.

Un pánico terrór en este instante  
A las huestes sorprende. De las filas  
Pasa à los Gefes. Ni ellas obedecen;  
Ni ellos con la expresion del mando atinan.  
Corren, revuelven, claman, abandonan  
Bagage y armas, posicion è insignias;  
Atropèllanse, ruedan, se levantan;  
Los unos apiñados, la rodilla  
Otros en tierra, doblegàdo el cuello,  
Todos lloràndo al pár, piden la vida;  
Mientras los más en el undoso río  
La muerte encuentran que á evitar aspiran,  
É interceptada por la inmensa cópia,  
Del Éura retrocede la corrida.

Incapáz de pavor Mayén, en tanto,  
 Seréno si aflijido, premedita  
 Nuevos recursos de afrontar la adversa  
 Vencedora Fortuna. Méenos fria  
 La audacia de Daumál prorrumpo: »Ilustre  
 Mayén, murámos.» »Desechad la indigna  
 Sugestion del despécho, (le interrumpe  
 El Gefe heroico); la preciosa vida  
 Conservad al partido de que es alma  
 Y blasón. Si la patria os necesita,  
 Morír es desertár. De sus falanges  
 Recoja vuestro esfuerzo las reliquias,  
 De Buadofín el fuerte segundado.  
 Síganme todos á París. La Liga  
 No muere. De Coligni el cuerpo yace:  
 Su gloria existe, cual la nuestra, invicta.»

Llóra y rúge Daumál, pero obedece.  
 A la manera que el león numída  
 Domesticado por astuto móro,  
 Al cual sólo humillando la nativa  
 Ferocidad se adhiere y sigue mústio,  
 Y á un mismo tiempo ruge y acaricia,  
 Y al asustado espectador anuncia  
 Mayor su rabia cuanto más sumísa.

Los muros de París yá en fin encubren  
 La mengua de Mayén y pronta huída,

Al tiempo que Borbón fuerte y cercado  
 De enemigos, yá inérmes, que suplican,  
 Vé descender de la celeste esfera  
 Los Mánes de su rása esclarecida,  
 Y al Autócrata santo en medio de ellos,  
 Que quiere ver si Enrique en este día  
 Sabrá ser moderado en la victoria.  
 Encuéntrale cercado de la amiga  
 Y de la adversa multitud. Aquella,  
 Airáda y mal conforme, vé perdida  
 La ocasion de mas gloria en mas estrágos;  
 Ésta, á su dignacion gráta y sumisa,  
 Mas, conturbada entre vergüenza y miedo,  
 La justa pena del traidor no olvída.

Sobre todos al pár el noble Enrique  
 Derrama y distribuye sus benignas  
 Mirádas, de bondad y fuerza llenas.  
 «Libres sois: (exclamó con energía);  
 Séd de nuevo rebeldes, ó leáles;  
 Séd de Mayén ó de Borbón; la Liga  
 Os quiere esclavos, vuestro Rey amigos;  
 Id con ella á cubriros de ignominia,  
 O quedaos á vencer con vuestro Enrique;  
 Escogéd: libres sois; nadie lo impída.»  
 ¡Accion sublime de imperioso influjo!  
 A estas voces de un Rey, en cuya invicta

Diestra están en el campo de batalla  
Tantas de libertades, tantas vidas,  
Viéranse en un momento disolverse  
Los apretados grupos, y con vivas,  
Y agradecido y jubiloso llanto,  
Celebrar la derrota que los libra  
Al generoso vencedor. »Su esfuerzo  
Triunfó en la lid, (enagenados gritan);  
Después de la victoria son tan sólo  
Sus gracias las cadenas que nos ligan.  
Gloriémonos de sér soldados suyos,  
Por él sacrificando nuestras vidas.»

Enrique pone fin al gran destrózo  
Con órdenes severas que cautivan  
La fuerza irresistible de sus huestes.  
El león yá es cordéro; la encendida  
Cólera de un guerrero, amor de un padre;  
Mano que herida dió, dá medicina;  
Todo presenta, en fin, del social cuerpo  
La imagen fraternál, léda y tranquila.

La indiferente inquieta mensagera,  
Nuncia de la verdad y la mentira,  
Que mientras vuela créce, y mas que el viento  
Rápida, al órbe entéro comunica  
Con éco simultáno los sucesos;  
Ese monstruo de forma incircunscrita,

Material é impalpable, y todo bocas  
 Y oréjas; precursor de la justicia  
 Que dá á los Reyes vilipendio ó gloria;  
 De la curiosidad deidad maligna;  
 Que funde y riega miedos y esperanzas;  
 La Fáma, veráz hoy por maravilla,  
 Con éco nóble y sonora trompa,  
 El triunfo y glorias de Borbon publica.  
 Del Eridano al Tajo cunde el éco,  
 Que al soberbio Vaticano intimida,  
 Pásma á Felipe; al septentrion alégra.

Desgraciado París! rebélde Líga!  
 Incautos y engañados ciudadanos!  
 Falsos doctores! pérfidos levítas!  
 Escuchad el clamór que en vuestros templos  
 Las anchurosas bóvedas replican!  
 Contemplaos de cilicios comprimidos,  
 Cabeza y rostro envueltos en ceniza!  
 ¿Y aceptareis aún del implacable  
 Mayén las sugeriones patricidas?  
 Védle. Vencido está..... mas nó os lo dice.  
 Su política aléve y destructiva  
 Os deslumbra; callando su derróta,  
 Con ocultarla piensa destruirla.  
 Ambicioso impostór, cuentos propála  
 Con que vuestra prudencia descarría;

Mas, ah! que la Verdad sagrada os habla  
Por vuestro bien: á su pesár, oidla;  
A un miedo saludable céda el campo  
El valór, que á su orgullo os sacrifica.

Turbáda y temblorósa la Discordia,

„No perézca mi reino, (feróz grita);  
No se haya en vano en los rebeldes muros

Regádo tanta sangre, tanta píra

Encendido á los mánes desleáles,

Y ára elevádo á la pujánza mia,

Para que reine idolatrado Enrique.

Si su virtud es fuerte, no se diga

Que es menór mi podér. Nó pecho á pecho,

Mas con arte pugnemos. Su propicia

Estrèlla le hace invícto, no invencible.

Debilitelo, en fin, su virtud misma.

Su sensibilidad póngale el yugo,

Pues sin él mismo náda hay que lo rinda.”

Dijo: y al punto páрте, en pós llevádo

Al Odio sanguinario y la Malicia,

• Encaminando su siniestro vuelo

A implorár del Amór las arterías.



## CANTO IX.

---

*Descripcion del templo del Amor. Implora sus auxilios la Discordia contra el Héroe. Queda éste cautivo en el castillo de la hermosa Gabriela. Mornái lo saca de él, y lo restituye al ejército.*

En los confines de la antigua Idália,  
Que dán principio al Ásia y fin á Európa,  
Respéta un antiquísimo Palacio  
El voráz tiempo, cuya simple forma  
Riqueza y Arte ornáron á porfía,  
Y á quien asiento dan las duras rócas.  
En sus contornos la frondósa selva,  
Que de mirto amoróso se corona,  
Jamás del crudo Invierno los ministros  
Entapizaron de amarillas hojas;

Antes, de Flóra en ella y de Vertumnio  
La próle amáble á pár madura y bróta,  
Y anticipada á la Estacion y al ruego  
Céres al hombre de sus dones colma.  
Allí el mortál disfruta en paz eterna  
Cuanto Naturaleza bienhechóra  
Al mundo prodigó reciencreáda;  
Repóso, libertád, serénas hórás,  
Gózo, abundancia, en fin: los bienes todos  
Del Edén..... ménos la inocencia sóla.  
El aura agíta en torno el éco blando  
De consonancias músicas sonóras  
Que adormecen el ánimo embriagádo.  
La vóz, si libre fiel, de sus hermosas  
Oyen embebecidos mil amantes  
Ufana celebrar como victorias  
Su flaqueza y su humilde vencimiento.  
Guarnecida la sien de mirto y rosa,  
La cándida doncélla enamoráda  
El favór de su amáble dios implóra,  
En tanto que en el arte peligróso  
De agradár y atraër, de las tres Diosas  
Que habitan en el templo y lo hermoséan,  
Estudia ejémplos, y consejos toma.  
La alagüeña Esperanza, léda siempre,  
Sirve de medianera y conductora

Hasta el pórtico. En él las tres Deidades,  
No bien veladas sus divinas formas,  
Los votos del rendido Amante-Ruego  
Acompañan con danza cadenciosa.  
La muelle Voluptad á un lado yace  
De trébol blando en recamada alfombra,  
Canto y danza aplaudiendo adormecida.  
No lejos, aparenta que repósa,  
Vigilante, el Misterio taciturno.  
Cércanlo la Sonrisa encantadora,  
La Complacencia dócil, los Desvélos,  
La Resistencia ardiente y ruborosa,  
Los Deséos, en fin, que al pecho amante  
Aun mas placer que el Lógro proporcionan.

Tal es del templo la apacible entrada.  
Mas, ¡ay! apenas suena en la espaciosa  
Bóveda el són de la primér pisada,  
Palpíta el pecho de mortal congoja.  
¡Qué funesto espectáculo! ; Qué asómbro!  
¿Dó huyéron los placéres? ; Dó las Diosas?  
¿En cúa oréja suenan los concéntos?  
En véz déllos los aires atolóndran  
Con discordes ahullidos la Imprudencia,  
La Quéja, el Miedo víl, la Vanagloria,  
La inérte Saciedad, los tércos Zélos  
Que hasta en los brazos del plácer se enojan.

Condúcenlos con pasos vacilantes,  
Mugiendo, las Sospechas ve'adoras;  
La Cólera y el Ódio las precéden  
Que de aléve puñal su mano adornan.

La Malicia, apartáda se sonrie,  
Y al pasár los saluda afectuösa;  
El Arrepentimiento, en fin, los sigue  
Derramando de llanto inutil copia.

¿Y este és el templo en que Cupido ostenta  
Su antiguo tabernáculo? ¿Y su pómpa  
Y sus ministros estos són? ¿Y el hombre  
Jamás de los plácemes de amor góza  
Sin verse de estos monstruos circundado?  
¡Niño terrible! ¡Dios de infausta gloria,  
Feróz y tierno al par, y en cuya mano  
Yace el destino de la tierra toda!

Tú con una sonrísá nos decretas  
Guerra ó Páz. Tus caricias productoras  
Aníman cuanto abarca el firmamento.

Tú á tódo obgéto sensitívo informas.

Tú, en fin, en alto trono reclinado,  
Ves con risa soberbia y desdeñosa  
Dobladas á tus plantas las cervices  
Mas indomábles, y tu orgullo nota,

Con deleite mayór que los favóres  
Que concedes, los males que ocasionas.

Por la implacable Rabia conducída,  
 Blandiendo su fatál pálida antórcha,  
 De sangre tinta la ceñuda frente,  
 Lanzando fuego por la vista fosca,  
 Y ahuyentando ante todo á los Placéres,  
 Se introduce en el templo la Discordia.

»¡Dulce hermano! (prorrumpé), ¿qué se  
 han hecho

Tus flechas? ¿con qué fin están ociosas?  
 ¿A cuál brillante triunfo las destinás?  
 Ah! si mil veces yá con mis ponzóñas  
 Mi propia mano enherboló tus dardos,  
 Contribuyendo activa á tus victorias:  
 Hoi te invóco aflijída. Acórre: vuela.  
 Mis Sierpes un Gran Rey huella y sofóca,  
 Que coronado de laurél y olíva,  
 Precedido con pompa triunfadora  
 Por la Clemencia, aduna en su dominio  
 Una Nacion que desunir me importa.  
 Urgente es la ocasion: cayó mi tróno,  
 Si un triunfo sólo aumenta yá sus glorias.  
 Hé allí la brécha... y la ciudad se rinde...  
 Ay! héle allí que vence, y que perdóna,  
 Y que airado me búscá, y me destína  
 Tantas cadenas... por su máno rótas...!  
 Tú solo puedes ¡oh adorado hermano!

Vengarme, y como tál solo á tí toca.

Corre: envenéna la sagrada fuente

Dó mána esa virtud; para mí odiosa.

Amarrado á tu yugo pugne, y gima

Como un delito su ternura propia.

¿No eres tú entre los dioses el dios fuerte

Por quien lloró á los pies de Onfála hermosa

Hércules triunfadór, y el que admiráran

Octavio, y Julio, el Pónto, y Síria, y Roma,

En Ácio prefirió fuga y amante

Del Universo entéro á la Coróna?

Pues, hoy son en tu mengua tantos lauros,

Si al fuerte Enrique ante tu altár no postras.

Vé, aduermelo, y con blándos mirtos ciñe,

Robándola el laurél, su sien gloriosa.

Solácese un momento entre tus brazos,

Y tengan fin mi angustia y tu deshonra.

Reine yó y reinarás: uno sin otro,

¿Qué pueden el Amor y la Discordia?"

Dijo: y su gríto tembloroso el éco

Difundió por la cúpula espaciosa.

Amor, que la escuchára reclinado

En lecho de jazmines, cuyo aróma

Inunda el Templo, entre orgulloso y tierno

La mira; con su aljába el hombro adorna;

Sostenido de leyes cefirillos

Descóge las sus álas vagarósas;  
Y en pós de Juegos, Gracias y Placeres,  
Ácia el Campo francés los aires corta.

Ufano observa al paso el indigente  
Sémöis, y los campos do fue Troya,  
Riëndo al contemplar rasas cenizas  
El alto Alcázar de eternal memoria.

De lejos ve los muros orgullosos  
A que cimiento dan del mar las ovas,  
Milagro del valór é industria humana,  
Venecia, honor del Adria, y su señora,  
La que acatada de Neptuno absórto  
Reina en el mar, que al parecer la ahóga.

Desciende á las campiñas Sicilianas,  
Do yá su inspiracion hizo famósas  
Las líras de Teócrito y Virgilio,  
Y en que segun las tradiciones doctas  
Por caminos insólitos y ocultos  
De Alféo amante dirigió las ondas.

Las dulces aromáticas ribéras  
De Aretúsa feliz pronto abandona;  
Y en medio de la lírica Provénza  
Busca á Valclúsa, que á Petrárca llora;  
Lugár muy más améno y delectoso,  
Do el amánte de Laura desdeñosa  
Cantando suspiró versos y amores.

Descúbre las alménas brilladóras  
De Anét, (1) do vió Diána otra Diána,  
Menos cruda, y por eso mas hermosa,  
Mandár esclavo al que adoró Monárca  
En los campos que el Éura fertil borda;  
Do en mármoles, y en troncos, y en los muros  
Del templo, de que él mismo dió la nóрма,  
Hoy duran enlazadas todavía  
Las cifras que atestiguan su victoria.  
Las Ninfas el sepulcro de Diána  
Cubren de flores, que á su páso brótan.

A los campos de Ivri por fin arriba  
El Rey, entanto que en secréto apronta  
Nuevas altas empresas que medita,  
Suspendiendo la cólera, repósa  
En brazos de la imagen de la Guerra.  
Jóvenes míl, que la amistad le asocia,  
Persiguiendo las fieras alimañas,  
Trepan con él las sierras mas fragósas.  
De gózo tiembla Amór al descubrirlos;  
Descoge sus cadénas; enarbóla  
Un penetrante dárdo; el aire agíta,  
Que él mismo antes calmò; lánza imperiosa

---

(1) Palacio suntuoso que Enrique II hizo edificar no lejos de la Plana de Ivri para su favorita la célebre Diana de Poitiers.

Su voz, que al repetirla al mundo el éco  
Turba en los Elementos la concordia.  
Decréta que sus ántros abandonen  
Los Vientos; que agrupadas las sonóras  
Tempestades, en negras nubes presas,  
Entre el cielo y la tierra se interpongan;  
Que en la atmòsfera un mar fòrmen las lluvias;  
Y el ráyo supla á la celeste antorcha.

Sueltos los represados Huracánes,  
Ya el aura negra rebramándo córtan.  
Ya el mas fulgente día se convierte  
En la noche mas triste y tenebrosa.  
Naturaleza, en fin, en tal desorden  
Reconoce al Amór, y téme, y llóra.

El agrietado deleznable suelo  
Huella el buen Rey, sin guía y sin escolta,  
Cuando el travieso Amór ante sus ojos  
Hace brillár su téa luminósa.

El héroe solo, y lejos de los suyos,  
A conductor tan falso se abandóna.  
Tál el triste viajante extraviádo,  
Juzgando luz de habitacion remóta  
La fátua exhalacion intermitente  
Que hirviendo el suelo de su seno arroja,  
Corre alegre á la sima que le oculta  
La inquieta alternacion de luz y sombras.

No mucho antes en tan duros climas  
Había la fortuna desdeñosa  
Confinado á una ilustre y bella jóven.  
Castillo fuerte, de la antigua gloria  
De su estírpe blasón, la daba albergue.  
En paz y soledad cuenta las horas  
Que alejan el regreso de su padre,  
El cuál, fiel á su Rey, blande la heróica  
Lanza contra la Liga, y á su ládo.

Mortál en nombre, en perfecciones Diosa,  
Gabriela recibió de la Natura  
Cuantos dotes al sexo hermoso adornan.  
Jamás brilló con esplendor tan puro  
En los épicos campos del Eurótas  
La bella infiel, baldón de Meneláo;  
Ni Társis admiró tan seductora  
A la Egipciaca Reina, (y Reina á un tiempo  
Del Rey del mundo en Roma su Señora),  
Mientras le tributaba el Cidnio absorto,  
Juzgada Vénus, cánticos y arómas.

Frisára yá esta bella á los floridos  
Confines de la edad ¡ay! peligrosa  
En que oblacion de amor inexcusable  
A todo sér Naturaleza cobra.

• Imagen de la Reina de los Prados,  
• Sól de las flores, apacible Rósa,

Que si en pimpóllo niega sus perfúmes  
Al Cefirillo audáz que la enamóra,  
Despues al Áura germinál, desnudo  
Entréga el seno, y besa cariñosa.

Amór, que á sorprenderla se dispone,  
De un tierno infante la apariencia tóma,  
No ignóto, antes carísimo, á la Ninfa.  
De aljába, y venda, y álas se despoja,  
Y á su vista se ofréce: »Bella jóven,  
(Le dice), ¡ay, cómo tiemblo!..... ¿y tú lo  
ignóras?.....

Pues yó lo he visto.... yó.... que no soy ciego.  
En nuestra vega está, y á las ruinosas  
Torres de este castillo se encamina,  
Sólo, y sólo escoltado de su gloria,  
El vencedor de la poténte Liga.”  
Esto dijo, envolviendo en la insidiosa  
Vóz un aliento que en el pecho incauto  
Deséos de agradár al héroe forma;  
El rostro le adornó de nuevas grácias,  
Y él mismo holgó de verla tan hermosa.

¿Quién se resiste á tantos atractivos?  
¿Qué no espéra de tál auxiliadóra?

Ácia el Rey la conduce, inadvertida.  
El Arte, en apariencia candorósa  
Ordenando el tocádo inexplicable,

Con la simple Natura se equivóca  
Ante la vista seducida. El oro  
De los rubios cabellos que tremólan,  
Cual flámulas en torre, en el erguido  
Ebúrneo cuello, con alternas ondas  
Ya descubren, ya ocultan, las gemélas  
Reciennacidas transparentes pomas.  
Sus gracias acrecienta la modestia;  
No aquélla austeridad agreste y tosca  
De quien huye el amor, y aun la hermosura;  
Sino el dulce candór, la vergonzosa  
Infantil humildad que á las mejillas  
El carmin tódo de la sangre asóma,  
Respéto inspira, inflama los deséos,  
Y aumenta el bien de quien vencerla logra.

Hace más, ¿y al Amor qué no es posible?

La vega encanta. La espesura hojosa  
De la apacible selva en arcos páрте  
De mirto, y de azucena, y lises rojas,  
Que de repente la sumisa tierra  
Lánza á su voz, y en alagüeñas sombras  
Envuelven la aromática florésta.  
El mortál que la huella, remorósa  
Siente la planta, asústase, cavila,  
Suspíra: mas á huir no se acomoda.  
Diáfano arroyuelo rumoróso

Retrata las inquietas blandas hojas  
Que lo encubren. En él los vencedores  
Amántes bében reiterádas cópas  
Del olvido letál de sus debéres.  
Cuanto en este vergél la encantadóra  
Vóz del Deleite unió, que al mundo anima,  
Muestra al Amor, que tódo lo trastorna.  
¿Quién resiste? ¿Qué pécho no suspira,  
Y no lo acláma, y de placér no llora?  
Todo pronuncia, “amor!” Las avecillas,  
Duplicando sus besos, las canóras  
Voces mezclau con férvidas caricias.  
El labrador activo, que abandona  
Su cabaña, del álba aun no alumbrada,  
Ansioso de cobrar de Céres blonda  
La mies que á usura en marzo la entregára,  
Con súbita inquietud cánta, sollóza,  
Téme, confía, absorto experimenta  
Un nuévo apetecér que le acongoja,  
Y al fin de Céres, y aun de sí se olvída.  
A su lado la cándida pastóra,  
Descuidado el rebaño, sólo cura  
De tejerle guirnaldas olorosas,  
Mientras nó visto rueda la ladera  
El ágil huso. ¡Ab! si Natura toda  
Se rinde al fuerte Amor, ¿qué hará una jóven

Bella, amada, sensible, incauta, y sola?

¿Qué muros opondrá contra un asedio

Que edad, placer, amor, y un héroe, fórman?

De Enrique, entanto, el inmortal denuedo

Recláman sus banderas vencedoras;

Mas és tárde. Rendido, á su despecho,

A invisible poder que lo aprisiona,

Invoca en vano su virtud antigua,

Que, ofendida, á sus ruegos se hace sorda.

Ebrio, en fin, de placer, ni vé, ni escucha,

Ni piensa más que en la beldad que adóra.

Privados dél sus ínclitos caudillos,

Suspiran por su príncipe, se azóran;

Todos temen el riesgo de su vida....

Ay! ninguno sospécha el de su honra!

Llámanle en vano, y júzganse vencidas

Bájo otro Gefe, sus valientes tropas.

Mas, el que rige de la Francia el hádo,

Genio feliz, la ausencia peligrosa

Acude á terminar. Velóz descende

Del cielo, apenas de Luis lo exhorta

Un suspiro, y al mundo se dirige.

No bien la tierra con la planta toca

Tiende la vista por el orbe todo

Buscando un sábio. Diligencia ociosa

Presume el inquietarlo en las tinieblas

De esos lugares do escondidos moran  
La Abstraccion, el Ayuno y el Silencio.  
En Ivri, entre la turba licenciosa  
De huestes vencedoras é insolentes  
Que calvinistas flámulas tremólan,  
Pára su vuelo, y á Mornai descubre.  
Ah! si es humilde y recta basta sola  
La Razón á ilustrarnos; ¡gran principio,  
Que el buen Platón y Márco Aurélio abonan!

No ménos fiel amigo que sevéro  
Filósofo, Mornai la peligrosa  
Ciencia de reprimir al fuerte supo.  
Su ejemplo sólo, fue leccion mas docta  
Que su mismo conséjo. Sus pasiones  
En la virtud se concentráron todas.  
Amante del trabajo, inaccesible  
A los deleites, firme en la escabrosa  
Senda de lo perfecto, deleznable,  
De las Cortes al aura y vanas pompas  
Indiferente, justo se mantuvo.  
No de otra suerte tus serenas ondas,  
¡Bella Aretusa! cortan de Anfitrite  
El seno turbio, y límpidas se engólfan,  
Sin admitir en su corriente pura  
Mezcla de sales, ni de inmundas ovas.  
Mornai, por la Prudencia conducido,

Vuela al Vergél do la Molicie logra,  
Adormeciendo en su letál regázo  
Al guerrero inmortal, de Francia toda  
Frustrar por él los ínclitos destinos.

Amór á cada instante en él redób'la  
Sus triunfos, revelándole atractivos  
Que su inflamado corazon devóra,  
Sin ver ¡ay! su ignomiua en su ventura.  
Los placéres, en fin, que como sombras  
Huyen ante comunes amadóres,  
De fruicion inmortal su pecho colman.

Amor, en medio déellos, sorprendido,  
Descubre con horror la precursora  
Del buen Mornai, solícita Prudencia.  
Su cólera insensata le provóca  
A lanzár contra el pecho de este Justo  
Una acerada flecha vengadóra,  
Con tósigo amoróso enherbolada;  
¡Vána malicia! Despuntada y róta  
La vé volver del pecho invulnerable.  
Tranquilo el sabio ve tardar la hora  
De hallar á Enrique, mientras condolido  
Registra la mansion que lo aprisiona.

Al margen de una fuente cristalína  
Que enmedio del Vergél bulle sonóra,  
Bájo un mirto amoróso entrelazado,

En que el Misterio dá á la ruborosa  
Flaquéza asilo, y calma impúne al menos,  
La débil Ninfa ante el mortál que adóra  
Pródiga ostenta sus tesoros, y arde  
A pár de él mismo en llamas amorosas.  
Nada turba los férvidos coloquios  
Que confunden sus almas una en otra,  
Bebiendo en mútuos anhelantes besos  
Del deleite las lágrimas sabrosas.  
Lágrimas! sumo bien de los amantes!  
¡Ay del que amándo, alguna véz no llóra!  
Aquel placer divíno los inunda  
Que el pecho amante palpitando goza,  
Placer que el sólo Amór al mundo ofrece,  
Y cuya esencia el mismo Amòr ignora.

A un lado, entre las armas olvidadas,  
Juegos y Amóres plácidos retozan.  
Uno, sin levantarla introducido  
En la coráza ensangrentada, asoma  
La vista, y á los otros lláma, y ríe.  
Otro, la banda de gamuza tosca  
Al hombro pende, y lejos, y arrastrada,  
Mueve apenas la espada cortadora,  
Gritando á los demas: «aquí vá el cétro  
De Francia, y el azóte de la Europa!»

De lejos la Discordia, contemplando

Tal mengua, solemniza con sonoras  
 Carcajadas el triunfo de su astucia;  
 Mas tan precioso tiempo no malógra.  
 A reanimar sus semi-extinctas sierpes  
 Llega á París; y al verla, aun mas furiosa,  
 Entanto que Borbón duerme inactivo,  
 La Liga pertináz vigila y obra.

Por dicha, en fin, la ilusa vista tiende  
 Enrique, y vé á su amigo, y se sonroja.  
 Mútuo rubór de entrambos se apodéra.  
 El sábio, al acercarse, apenas osa  
 Alzar á verlo los honestos ojos.  
 Párase, y cálla; y su silencio asombra  
 Al que, oyendo lo mismo que nó dice,  
 Vé en la frente sublime y ruborósa  
 De su inocente amígo retratada  
 La indigna humillacion que lo desdóra.  
 ¡Odioso es el testígo al delincuente!  
 Mas, hasta en las flaquezas es heróica  
 El alma de Borbón. «Querído amigo!  
 ( Le dice enternecido ), lléga, y cóbra  
 En mis brazos el precio de tu arrójo:  
 Quien dice la verdad, jamás me enoja.  
 Vén, que mi corazòn aun no és indigno  
 De tal amígo; enagenada y loca  
 Ha estado el alma, es cierto: pero al verte,

Vuelve en su acuerdo, y su vigor recobra.  
Amor á mi virtud echò cadénas.  
Cedí; es verdád: mas, hélas aquí rotas.  
Huyamos de este asilo ignominioso,  
Do herido el cuello, á la pesada argolla  
Cual cán humilde el corazon se vuelve.  
Huyámos, que hoy la fuga es la victoria.  
Lidiemos contra Amor, bajo la égida  
Del Honor. Los rebeldes muros oigan  
Su sentencia: y la mancha que hoy nos cubre  
Lavémos en la audaz sangre española.”  
¡Voces sublimes, que al celoso amigo  
Fuerzan á que á su Dueño reconozca!  
»Vos sois, (exclama), en fin: vos sois vos  
mismo!

Del ínclito Borbón es sólo propia  
Tal fortaléza: del Monarca ilustre  
Esperanza y honor de Francia toda:  
Del vencedor, tiráno de sí mismo.  
Amor ¡oh Rey! consuma vuestra gloria!  
Amor, que inmortaliza al que lo vence;  
Y sólo hace feliz al que lo ignora.”

Dijo: y al punto el héroe se aperció  
A dejar la mansion. Mas ¡qué zozobra  
Agita el pecho, en que el adios postréro,  
Envuelto en tristes lágrimas, se abóga!

El alma, que en su amánte sólo vive,  
De llorar se avergüenza.... pero llóra.  
Por su amigo arrastrado; detenido  
Por su pasión; suspira, páete, tórna,  
Vénce, en fin; y se ausenta despechado.  
¡Se ausénta!! En brazos de mortal congoja  
Queda Gabriela, sin colór, sin vída.  
De la muerte la noche tenebrosa  
Bate sus álas frías sobre el séno,  
Ya inmóvil, que parece que reposa  
En el lecho eternál. Amór lo advierte.  
Da un grito que los aires atolóndra,  
Temiendo para siempre ver robadas  
De su imperio las armas poderosas  
De tan rara beldad, que le prometen  
En Francia conseguir tantas victorias.  
Suspéndela en sus brazos, y de ardientes  
Besos la cubre. Con la voz dolósa  
El eco de su amante remedando,  
La llama. Al dulce són al punto cobra  
Parte de vida la infelíz. Pronuncia  
De Enrique el nombre, cuyo son redóbla  
Desfallecido y balbuciente el éco.  
Por él pregunta: no hay quien le responda.  
Lo busca con los ojos fasciuados:  
No lo encuentra. Anegado en llanto arrója

Un suspiro, y de nuevo se desmaya.  
¿Y en tál peligro, Amór, ¡ay! la abandónas?  
Mas, nó: que yá inundado en llanto acerbo,  
Cual tu víctima, empeñas tu oficiosa  
Divina ciencia en conservar al mundo  
Beldad tan rara, á quien al punto logras  
Volver á su feliz prístino estádo;  
Bálsamo de esperanza seductóra  
Derramando en su seno. Así tu astucia  
Amór! remedia el mál que háce ella propia.

Mornai, sevéro siempre, mas sensible,  
Reprehendiendo la marcha perezosa  
De Enrique, y consolándolo, lo aleja.  
La Fortaleza y el Debér lo escóltan.  
La Gloria lo conduce, cuya frente  
Lauro triunfál, inmarcesible, adorna.  
Amór, en fin, por la Razón vencido,  
Deja el vergél, con fuga vergonzosa.



CANTO X.

---

*Regreso del Rey. Se renueva el sitio de París.  
Singular combate entre Turéna y Daumál.  
El hambre aflige á la ciudad. El Rey ali-  
menta á los sitiados. El Cielo recompensa en  
fin sus virtudes. La Verdad lo ilumina. Pa-  
ris le abre sus puertas. Fin de la Guerra.*

Tan preciosos momentos malogrados  
En los deleites, dan á los vencidos  
Nuevo ardor adulando su flaqueza,  
Nuevos árdulos proyectos al activo  
Mayén dictando, y para nuevas tramas  
Inspirando á la Liga nuevos brios.  
¡Esperanza faláz! Borbon vigila,  
Y prepára su próximo exterminio.

Conturbado París de nuevo observa  
Los estandartes. De su muro altivo  
Vé cercados los fuertes torriones,

En cuya cima el viento aun no ha extinguido  
El humo denso del cañón rebelde.

¡Y aun no se atreve Enrique á destruirlos!

Mas, ah! que el Angel tutelár del reino  
Su cólera apacigua, y del invicto  
Brazo detiene el golpe formidáble.

Ya el aire agita en tórno el alarido  
Del ejército régio, que, impaciente  
Y con voráces ojos, vé el recinto  
Que le guarda el botín ambicionado.  
No sin causa asustada del peligro,  
Al prudente Mayén cerca la Liga.  
Mas el bravo Daumál, jamás adicto  
A tímidos conséjos, ante todos  
Prorumpe de esta suerte enfurecido:

»¿De cuándo áca aprendimos á escondérnos?

¿Qué és de nuestro valór, flójos amigos!?

¡Qué! ¿nos busca Borbon? pues, que nos hálle.

Marchémos: si tardámos, sucumbímos.

Yo conózco los ánimos franceses;

Antes nulos sus ímpetus que tibios,

A la sombra de un muro se adormécen:

Atacádo el francés, casi es vencido.

¿Qué de victorias no alcanzó el despecho?

¡La Fortuna protéje al atrevido!

Yó náda espéro de un cobárde múro:

• Lo espéro todo de nosótros mismos.  
 Héroes! la Glória al cámpo os lláma. Pueblos!  
 Vuestras alménas son..... vuestros caudillos.”!  
 Suspéndese notando en el silencio  
 De la versátil turba un claro indicio  
 De que acusa su audácia de imprudente.  
 Por el rubor se siente enrojecido,  
 Y en los confusos ojos de los Géfes  
 La negativa y el terror vé escritos.  
 »¿Dudais?... Basta: (prosigue). Pues no os hállo,  
 (Francéses!!) á seguirme decididos,  
 Sobrevivir no quiero á tál afrenta.  
 ¿Teneis miedo? Pues, bien: yo no desisto.  
 Guardáos. Yo valgo póco; y á enseñaros  
 A vencer, ó á morir me determino.”

De la ciudad se manda abrir las puertas  
 • Al momento, y del pueblo conmovido  
 La escolta aléja con adusto império.  
 Sale, y velóz camina, precedido  
 Tan sólo de un heráldo que le muestra  
 • El real do Borbon dirige el sitio,  
 Y al llegar á las postas de avanguardia  
 Se pára, y dice con sonóro grito:

»ENEMIGOS! LOS CETROS NO DAN GLORIA:

»LA DAN LA HONRADA MUERTE, Ó LA VICTORIA.

»SI ENTRE VOSOTROS HAY QUIEN BUSQUE FAMA,

»SALGA AL CAMPO: DAUMAL ES QUIEN LE LLAMA.

Todos los Gefes de la adversa hueste  
Se apropian el honor del desafío,  
Vencer al gran Daumál ambicionando:  
Blasón de todos ellos merecido,  
Mas que el bravo Turéna obtiene sólo.  
El honor de la Francia su Rey mismo  
A su brazo cométe. »Vé, (le dice),  
De ese orgulloso á quebrantar los bríos,  
Lidiando por tu Rey, por tí, y tu Patria.»  
Y el acéro le dá que ha desceñido.

Abrazando sus pies Turéna exclama:  
»No os engañais Señor, bien habeis dicho;  
Triunfareis del rebélde: en vuestro nombre  
Lo juro; á vuestra espada hago testigo.»  
Abrázale el Monárca; y cual saéta  
Parte velóz al señalado sitio  
Do impaciente Daumál, inmóble aguarda.

De inmenso pueblo el muro guarnecido,  
Presenta un agitado anfitéatro.

Los soldados del Rey cierran el círculo  
Opuestos en espacio suficiente.

Los rostros yertos, y los ojos fijos,  
De ambas partes se anhéla el duro trance,  
Del atléta en que vé cada partido  
Su defensor, siguiendo cada paso  
Con voces y ademánes expresivos.

Sobre París se agrupa de repente  
 Negro nublado de fatál prestigio,  
 Preñado al parecer de piedra y rayos,  
 Cuyo seno, rasgado con bramido,  
 Invisibles los monstruos infernales  
 Lánza sobre la Téla. El Fanatismo  
 Destructór; la Discordia inamansáble;  
 La de pecho faláz y mirar vízco  
 Macilénta Política; el sañúdo  
 Genio de las batállas: tódos tintos  
 En sangre, y tódos dioses de la Líga,  
 Que ante el muro se extienden, y al temído  
 Trance contra Turéna se preparan.

Mas, hé allí se abre el Cielo! Un

Paranínfo,

Sobre un tróno de nítidos celáges  
 Se obstenta, coronádo de Zafiros  
 Cuyo esplendór entórno el aura inunda,  
 Ígneas álas batiendo en raudó gíro  
 Que el Orizonte inflaman con torrentes  
 De fulgór, que señalan su camino.  
 Su diestra ocupa la sagrada oliva  
 De la amorósa Páz cándido signo.  
 La siniestra el acéro refulgénto  
 Que al Angel del colérico Extermínio  
 Ciñó otro tiempo el Dios de las venganzas,



«¡Padre y Rey de mi Rey! Dios de justicia!

Bája: júzga tu causa; y dame auxilio!

Sin tí es nulo el valór. Yó náda espéro

De mis fuerzas, y sólo en tí confío.”

«Pues yó lo espéro todo de mi brázo.”

(Le interrumpe Daumál). «Nuestros destinos

Depénden de nosótro en la Guérra.

Cuando prétende el hombre ser servido

Por el Cielo, sirviendo á sus pasiones,

Dios su inícua plegaría óye tranquilo.

El dios de las victorias és: la Audácia.

Siempre fue jústo el vencedór partido.”

Dijo; y con una intrépida mirada

Insulta la humildad del héroe pío.

Rúge en fin el clarín de óro sonóro.

Párten el uno al otro, y dán principio

Al peligroso singular combate.

Jamás vista mortál vió reúnidos

Tanto valór, destréza, astucia y fuerza,

Como en este brillante compromiso.

Mil golpes á la véz vibra y repára

Cada atleta. Tan pronto enfurecido

Embiste el uno, como astuto el otro

Le deja atrás, burlándole de un giro.

Yá se acercan, y á dárse se aperciben

El abrázo mortál del enemigo:

¡Que al hombre agráde vér el riesgo agéno!  
Todos aplauden el feróz ahínco  
Con que airados se observan, se acométen,  
Se contrarréstan. De los tersos filos  
Las rápidas diversas direcciones  
Privan la atenta vista de seguirlos.  
Tál el Sól, cuando lánza sobre el pláno  
Del már rizádo sus fulgentes brillos,  
Que, en miles de esquinadas superficies  
Reflectados, renaceñ de su abismo,  
Vuelve á los aires, en menudas cópias  
Innumerábles véces repetido.

Asustada la turba espectadora,  
Siente con movimiento alternativo  
Dobles impulsos de esperanza y miedo.  
Parécele Daumál más decidido,  
Mas pujante y colérico. En Turéna  
Admira la destreza, el valor frio,  
La posesion de sí, jamás turbada,  
Que sabe aprovechar todos los tiros.

Yá en ataques inútiles malógra  
Daumál sus fuerzas. Se perciben tibios  
Del fatigado brazo los impulsos,  
Yá de sus íras débiles ministros.  
Turéna, que repára en su flaqueza,  
Párte velóz, le cierra apercebido,

Y lógra en fin atravesarle el pecho.  
De sangre al punto un desatádo rio  
Corre, que al héroe cubre y lanza en tierra  
Envuelto en el postréro paraisimo.

Los monstruos infernales se estremecen,  
Y esto pronuncian con horrendo ahullido:

»Cayó la Liga de su altivo tróno.

»Ganólo el Rey; nosotros lo perdímos.»

Y como en peñas cóncavas retumba  
En los pechos del pueblo el triste grito.

Yérto Daumál, tendido en el aréna,  
Y el aliento en los labios suspendido,  
Aun amenaza, en vano, á su adversario.  
A su lado el acéro, antes invicto,  
Yace junta á su diestra, abierta, inmóvil.  
Quiere hablár, y la voz niega el sonido.

La rabia de su infausto vencimiento,  
Más que la muerte, aféa el róstro lindo.  
Se esfuerza; los turbados ojos vuelve  
Al múro; y lanza el último suspiro.

¡Oh Mayén infeliz! ¡ay! tú le viste  
Morir; sí; tú le viste, y con prestigio,  
No faláz, presentiste tu rüina!

El cadáver del ínclito caudillo  
Conduce entanto á la ciudad su hueste  
Con simple pompa, y paso detenido.

Espectáculo lúgubre que inspíra  
 Piedad y horrór! Los puentes abatidos  
 Crujen y tiemblan al pasár. El pueblo  
 Agolpádo en el último rastrillo,  
 Absórto, inmóvil, pálidos los rostros,  
 Con mirár temeróso é indeciso,  
 Observa el yerto inanimado cuerpo,  
 La frente ensangrentada, el amarillo  
 Cútis rasgado y polvoróso, el cuello  
 Doblado sobre el pecho denegrado,  
 Los muertos ojos, blancos, entreabiertos.....  
 ¡Y nadie llóra! ¡Y nadie dá un suspiro!  
 Vergüenza, compasion, cólera y miedo,  
 Se contrástan, y embárgan los sentidos.  
 ¡Qué silencio!!! Parece que en los pechos  
 Ni aun la respiracion hace su oficio.

Mas, prónto el viento hendiendo horrendo  
 estruendo

Resuena del silencio en el vacío,  
 Su pavoróso espánto acrecentádo.  
 ¡Ay, que es el sitiador! Sus altos gritos  
 Claros suenan diciendo »Asálto! Asálto!»  
 Y »asálto, asálto,» el éco ha repetido.  
 Pídelo así la hueste á su Monarca.  
 Mas, desde lo elevádo del Olimpo  
 Luís, el Númen tutelar del reino,

Templa de Enrique el ánimo ofendido.  
Así á los furibundos Huracánes  
Áta en los aires su Motór divino,  
El que al már raya un límite en la arena,  
El que álza y póstra imperios de improvísó,  
El que, en fin, tiene entre sus santas manos  
El corazon del hombre, y sus destínos.

Enrique, cuyo ardór reprime el Cielo,  
Detiene á sus guerreros. El invícto  
Corazon en silencio le recuerda  
Que los ingrátos son al fin sus hijos,  
Y que á la patria que le ofende adora.  
Aun la espera sacar del hondo abismo  
En que ella propia se arrojó. Por ella  
Odiado, y á salvarla decidido,  
Aun aspira á servirla á su despécho.  
Pueblo feliz, si, en el mortál conflicto,  
Osára confiár, y someterse  
A un padre tierno, que el traidor designio  
Olvida, y le concede nuevo plázo  
Mañosamente dilatando el sitio.  
Pedid gracia, protérvos, que á otcrgarla  
Está prónto el que puede destruíros.

Presume el noble Rey que sin asaltos,  
Sin destruccion de muros ni edificios,  
El hambre al fin, más fuerte que las armas,

Conseguirá á la entrega reducirlos.  
»¿Cómo ha de resistir á la miseria,  
(Entre sí dice), un pueblo corrompido,  
Hecho á la profusion, á la molície,  
Y á un incesante y torpe regocijo?  
¿No es de esperar que huyendo á la indigencia  
Se arróje ante mis pies arrepentido?.....”

Mas ¡de qué no se priva un falso celo  
Que sabe hacer agenos sus peligros!

Los revoltosos, que á su amante padre  
Deben la vida, de que son indignos,  
Juzgan debilidad lo que es clemencia,  
Y con sus gracias ensoberbecidos,  
Desde el muro le insultan y escarnécen,  
Mezclando al víl apódo el torpe sílvo.

Mas, yá que al Séna protectór no oprimen  
La undosa espalda próvidos navíos  
Cargados de los frutos que criára  
Su hermosa véga; cuando desprovístos  
Quedan los anchurosos almacénes,  
Y el Hambre vibra su fatál cuchillo  
Seguida de la Muerte macilenta,  
Se empiezan á escuchar tristes gemídos.  
Llenas se vén las calles y las plazas  
De espéctros descarnados y transídos,  
Que con trémula, abierta, y séca mano,

Piden pan, más airados que sumisos.  
Menospreciados cual su inútil oro,  
Se ven morir de inanición los ricos.  
Ya acabaron los juegos y festines  
Do el lujo coronó de rosa y mirto  
A la insaciable corrupción, cubriendo  
Las mesas de manjares exquisitos  
Y exóticos licores, que aun apenas  
Bastaban á excitar los apetitos  
Cansados de gozár, y fastidiados.  
Allá se vé esa turba de perdidos  
Cuyo altár es la mesa, desecádos  
Y ansiosos, maldiciendo su destino  
É imprevidente gula, quedar muertos.  
Aquel es un anciano, que tranquilo  
Viera su fin, si no le acongojára  
El huérfano llorár del nietecillo.  
Allí reposa una familia entéra.  
Aquí, cual cánes ensoberbecidos,  
Se disputan los restos asquerosos  
De un muladár, millares de mendígos.  
Hasta en la corrupción de los sepulcros  
Se halló un manjár, sacrilego y nocivo.  
De los enjutos huesos de los muertos  
Se inventa en fin, como plausible arbitrio,  
Hacer un pan, que el hambre halló sabroso.

Qué no acomete el hombre, reducido  
A la extrema indigencia! ¡Las cenizas  
De sus padres devóran! ¡oh delito!  
¡Cenizas, que á las tumbas profanadas  
Vuelven pronto, llevándolos consigo!  
¡Cenizas, que dan fin á tantas vidas  
Que tuvieron en ellas su principio!

Fascinados sus Sábios, (confundiendo  
Filáucia y Caridad, y su exclusivo  
Interés como público aclamando,  
Mientras del hambre viven garantidos  
A la sombra feráz de los altáres):  
Del Dios, que ultrajan, toman por testigo  
Los tormentos, y al pueblo alucinado  
Predican la constancia y el martirio.  
Al que la Muerte vá á cerrar los ojos  
Abren con mano franca el santo Emþireo.  
Con enigmas proféticos demuestran  
A los otros el Ráyo desprendido  
De la mano de Dios contra un Monarca  
Heterodóxo. Anuncian ya propincuo  
Socorro innumerable de soldados,  
Y hasta la lluvia del maná divino.  
¡Oh dolor! Con tan péfidos consuelos  
Se obceca el necio pueblo en su delirio,  
Y, aunque exánime, apenas conturbado

Bája al sepulcro, casi sin sentirlo.  
 Feliz por cierto en terminar tal vida  
 Ageno de su muerte y su delito! (1).

La ciudad infelíz nutre en su seno  
 Miles de esos soldados colecticios  
 Que introdujo en las Cortes corrompidas  
 El sangriento y medroso Despotismo.  
 Bárbaros, que le venden su denuedo,  
 Como vil mercancía, á precios fijos.  
 (¡Temibles más que Guerra y Hambre y  
 Muerte!)

De los Bélgicos campos son nativos  
 Los unos; de las rocas y las breñas  
 Helvéticas los otros; y su oficio  
 Es matár y morir por quien los pága (2).

Este nuevo linage de enemigos  
 Cerca las casas, fuerza los cerrojos,

(1) Las expresiones verdaderamente irritantes del texto en este lugar y en algun otro, prueban lo que insinuamos en el prólogo acerca del tono apasionado (y por tanto impertinente), con que el poeta trata á determinadas clases y personas, por más que quiera disculparlo con notas históricas. Felizmente en nuestros dias, (gracias á los progresos de la verdadera ilustracion), el sarcásmo en las materias graves y doctrinales, solo ridiculiza al que lo usa, porque nadie que sepa leer ignora ya, ni niega, que »las cosas santas deben tratarse santamente.»

(2) Una nota del autor sobre este lugar dice así: »Los suizos que se hallaban en Paris al sueldo del Duque de Mayenne, come-

Y amenaza de muerte á los vecinos;  
 No por robár inútiles tesóros,  
 Ni para arrebatár del seno frío  
 De la afligida madre á la doncella.  
 El hambre atróz embarga sus sentidos,  
 Y toda otra pasion borró en sus pechos.  
 El hallazgo de un mínimo vestígio  
 De alimento es el triunfo á que conspiran.  
 Y ¡ á qué tortura, á qué inhumano arbitrio  
 No recurre la indómita violencia  
 De su voracidad por conseguirlo?

Una infelice... (¡Oh cuanto más valiera  
 Borrár de la memoria de los siglos  
 Ejémplo tan horrendo!) Una infelice  
 Que vé engullir ante sus ojos mismos  
 El único y escaso pan que guarda

tieron los mayores excesos, segun refieren las historias de aquel tiempo; y únicamente sobre ellos recae la expresion »Bárbaros" que de ningun modo corresponde á su Nacion, la cual, ademas de estar dotada de una cordura y de una probidad ejemplar, es uno de los pueblos mas respetables del mundo, puesto que sin atentar jamas á la libertad de otro alguno, se ocupa exclusivamente en la conservacion de la suya propia."

Observaremos que esta nota es posterior á la primera edicion de la Enriada, y que se puso en las siguientes á consecuencia de las quejas que los suizos dirigieron al autor. Con lo que se confirma lo que dejamos notado de su reprehensible ligereza en el uso de ciertas expresiones.

Para alargar la vida al débil niño,  
Que, en vâno, apóya al térso enjûto séno,  
Corre á encerrarse armada de un cuchillo.  
El inocente, con los tiernos brazos  
La ciñe el cuello, y entre amantes mimos  
La besa y se sonríe..... ¡Qué tormento  
Para el materno corazón tan vivo!  
¡Cuánto llanto derráma! ¡Cómo suenan  
Del agitado pecho los latidos!  
Tres veces los llorosos ojos vnelve  
Al objeto infeliz de su cariño,  
Piadósâ, airáda, amânte, arrepentida,  
Y tres veces el hierro compasivo  
Abandona á la audáz trémula mano.  
Vénce la rábia en fin, y entre un deliquio,  
Con voz desentonada y balbuciente,  
Detestando al Amór que dió principio  
Al adorado sér, y abominando  
De su fecundidad el dón propicio,  
Prorrumpe: "Hijo infeliz! prenda engendrâda  
En este seno infausto y maldecido!  
¿A qué saliste á vér la luz del día?  
¿Para que córté de tu vida el hílo  
El hambre atróz, ó el hierro de un Tirano?  
Ni ¿á qué es la vida á un pobre desvalido?  
¿Para vagár hambriento, y despreciado,

Y dar al fin el último suspiro  
 Envuelto en los escombros de su techo?  
 Nó. No esperes á tanto, ídolo mio!  
 Muere ignorando tu horrorosa suerte.  
 Muere restituyendo al seno pío  
 Que te nutrió, la vida que le debes.  
 En él encontrarás sepulcro digno;  
 Y en él leerá París, si aun es posible,  
 Un crimen en sus fastos inaudito.”  
 Al decir esto enagenada ciava  
 El puñal en el pecho desceñido  
 Del tierno infante, estréchalo en sus brazos  
 Sin percibir sus últimos gemidos,  
 Y al hogar se dirige á prepararse  
 De sus despojos un banquete impío...!

De igual rabia impulsados los voraces  
 Soldados, prosiguiendo el escrutinio,  
 Se acercan á la estancia pavorosa  
 Por el olór que exhala conducidos.  
 Su júbilo se muestra semejante  
 Al del León ó el Tígre enfurecidos  
 Al descubrir y asegurar su presa.  
 Se agólpan á la vez, fuerzan los quicios,  
 Penétran... ¡Qué sorpresa!.. ¡Dios eterno!..  
 Junto á un cuerpo sangriento y dividido  
 Hallan á una muger, que al verlos grita:

„Sí, bárbaros, miráadlo, ese és mi hijo.  
Monstruos! vosotros sois los que en mi mano  
Pusísteis el puñal. Venid, vandidos!  
Venid á apacentaros de hijo y madre.  
¿Sereis mas sóbrios hoi que la que ha visto  
Producir en la víl naturaleza  
El hambre mas horrór que el parricidio?  
¿Qué espánto al vérme embarga vuestro aliento?  
Llegád, tígres, llegád, que no es indigno,  
De vosotros el hórrido banquete:  
Para vosotros lo ordenó el destino.”  
Y exaltada al extremo su demencia,  
La voz disuelta en concentrado ahullido,  
Con el propio puñal se rasga el seno,  
Y se desplóma muerta sobre el hijo.

De horror, sorpresa, compasion y miedo,  
Se ven á un mismo tiempo poseídos  
Los duros extranjeros; y arrastrados  
Por su espanto se alejan de un recinto  
A que ni aun revolver osan la vista,  
Creyendo ver bajar fuego divino  
Sobre sus frentes... Y el iluso vulgo  
Que amenaza igual fin, está tranquilo!!

Cunden hasta el réal las tristes nuevas;  
Y el pecho del monarca compasivo  
Con lágrimas de amor vénga la injuria

De un pueblo en su traicion empedernido.  
» ¡Dios justo! (excláma), ¡oh Tú, cuyas mirádas,  
Como el sól al ambiente cristalino,  
Penetran los humanos corazones;  
Tu vés, Señor, á lo que aspira el mío,  
Y sabes de qué fuerza lo has dotado!  
Yo apélo á tu equidad, cuyos juicios  
No confunden al fiel con el ingrato;  
Y á tu trono me atrevo á alzáz sumíso  
Las manos, si nó puras, inocentes.  
Maldíceme, ¡gran Dios! si no he tendido  
Los brazos á esos pérfidos; y apárta  
De mi frente el furór de tu castigo.  
Atribuya Mayén, si así le pláce,  
El horror de tamaños sacrificios  
A la necesidad... ¡pretéxto odioso  
Que los Tiranos dán á sus designios!  
Póngá el cólmo, si aun ósa, como puede,  
Al mal de mis vasállos seducidos;  
Ódielos él, no yó, que soy su padre.  
El padre debe alimentar sus hijos;  
El monarca amparar á sus vasállos.  
Reconozcan ó nó mis beneficios,  
Poco importa, con tál que no perézcan.  
Ni ¡á qué reinar sobre un desierto egído?  
Sálvese mi Nacion á cualquier precio.

Y si mi tierno amor, (nunca excesivo),  
 Me costáre el honor de la Diadéma,  
 Quéde siquiera en mi sepulcro escrito:  
 Un Rey, amante, odiado de su pueblo,  
 Prefirió no reinár, á destruirlo.”

Dijo, y al punto ordena que su hueste  
 Inérme se aproxime al muro altivo  
 Exhortando á la páz, y prometiendo  
 En lugar de venganzas beneficios.

Obedecen las tropas á un precepto  
 Que juzgan provenir del cielo mismo.  
 Ya empiezan á cubrirse las alménas  
 De un inmenso escuadron de espéctros vivos,  
 Que, cual reptiles torpes, se deslizan  
 Del seno de sus negros domicilios,  
 Representando con verdad las falsas  
 Apariciones que el error antiguo  
 Al mágico poder atribuyéra,  
 Cuando á su vóz el fétido Cocito  
 Parába sus corrientes, y los mánes  
 Errantes devolviera el hondo abísimo.  
 ¡Cuál es la admiracion de los rebéldes  
 Al verse acariciar del enemigo,  
 Y que, en véz del asalto y del degüello,  
 Les presenta manjáres exquisitos!  
 ¡Sus defensóres son los que los matan,

Y el mismo sitiador quien les dá auxilios !  
¿Qué asombro es éste? se preguntan todos;  
Y lo dudan despues de haberlo visto.  
Los mismos aguzados instrumentos  
Que sirven á la Parca de cuchillo  
En las batallas, suben á los muros  
(Conforme el generoso Rey lo quiso),  
Clavado el pan en los sangrientos hierros;  
Que hoy sólo desmintieron su destino.  
»¿Y son éstos ( prosiguen ), esos monstruos  
De quienes tanto mal se nos ha dicho?  
¿Es éste ese Tirano, de quien tiembla  
La tierra toda? ¿ese Monarca impío,  
Que aborrece á su Dios, y de él blasfema?  
Necios! Ese es de Dios el escogido.  
Ese es Enrique, el noble, el generoso.  
Necios! Nosotros somos los indignos  
De su Gobierno paternal. ¡Insulta  
Rendido el flaco, y ruega el fuerte, invicto!!  
¿Qué demencia! Así pueda nuestra sangre  
Lavarnos, derramada en su servicio.  
Pues nos libró su mano bienhechora  
De una muerte infeliz que merecimos,  
Consagrémosle el resto de una vida  
Que es suya.... Viva el Rey, fieles patricios!!”  
Tal era el grito con que el vulgo léve

• En la sinceridad del regocijo  
Al Rey clamaba; pero en todo vulgo  
¿Qué determinacion no es un capricho?  
¿Qué hay que esperar de un pueblo veleidoso,  
Tan pronto adorador como asesino,  
A ratos justo, descontento siempre?  
• La voz de sus presbíteros indignos,  
Cuya odiosa elocuencia tantas veces  
• Lo supo encaminar al precipicio,  
Vuelve á sonar; y ante lo dócil turba  
Se presentan en cuerpo reünidos.  
»Atlétas sin valor! Falsos Cristianos!  
(Gritan:) cerrád los fáciles oídos.  
• ¿Olvidais que de Dios sois confesóres?  
¿Renunciáis á las palmas del martirio?  
• ¡Soldados del Señor! y estais resueltos  
A venderlo por unos fugitivos  
Días de una existencia delincuente?  
¿Quereis mas bien hollarlo que servirlo?  
¿Podeis morir por él, y amais la vida?  
• ¡Ay de vosotros engañados hijos!  
• ¡Ay de vosotros, ¡necios! que al momento  
En que os abre el celéste paráiso,  
Pensais rendir los cuellos á un Tiráno,  
Herége, poderoso, y ofendido!  
A la muerte nos llama ó á su secta.

Los que se libertáran del cuchillo  
 Iban á ser ¡qué horror! incorporados  
 A sus secuaces, á su infame rito...!  
 ¡Vengánza, fieles, de sus propios dónes;  
 Vengánza, y viva el culto en que nacimos...!”

Así bramó de nuevo, sofocando  
 Las voces del amor agradecido,  
 El Fanatismo, oráculo del vulgo,  
 De los tronos rivál, si nó enemigo;  
 Y los rebeldes yá á su Rey maldícen,  
 De deberle la vida arrepentidos.

En medio del rumor de sus denuestos  
 La virtud de Borbón sube al Olimpo.

Luis, que desde el seno de su gloria  
 Vigila de su estirpe los destinos,  
 Vé que el tiempo es llegado en que, teniendo  
 Cumplimiento del cielo los designios,  
 Híjo de su adopcion y de su gracia  
 Nombre á Enrique la voz de su Dios mismo.

Al punto, deponiendo los temores,  
 Y dándole la fé nuevos auxilios,  
 Al trono de Jehová, por la Esperanza  
 Y el Paternál-amór, es conducido.

Allá en la Eternidad inconcebible,  
 Antes de dar al tiempo su principio,  
 Entre un piélago de áureos resplandóres

Que llenan el Espacio indefinido,  
Fijó el Señor su indestructible tróno.  
El cielo es su tapéte. El infinito  
Ejército de estréllas que lo esmaltan,  
Celebran el poder de quien las hizo.  
Omnipotencia, Amór y Entendimiento,  
Constituyen su Sér, Único y Trino.  
Sus santos, en su paz imperturbable,  
En deleite inmortal embebecidos,  
Saciados de su gracia y de su gloria,  
Le dirigen de amór émulos hímnos.  
Millones de impalpables Serafines  
Revuelan á sus pies, fieles ministros  
De la suerte al mortal predestinada;  
A cuya voz tonante vén los siglos  
Borrarse las Naciones, y las rázas  
De sus Reyes sumirse en el olvido,  
Tal vez, ¡qué error! tachando de severos  
De su libre Criador los altos juicios.  
Estos son los que, holláda la soberbia  
Romana, consignaron el dominio  
De la apacible Itália á las feroces  
Hordas septentrionales; los elísios  
Campos del Léte, y Bétis, y Ébro, y Duero,  
Al Agaréno estúpido y cetrino,  
Y la altiva Bizancio al Otománo.

¡Qué ejemplos ¡oh dolor! tan instructivos!  
 ¿Qué império no redujo el tiempo á escómbros?  
 ¿Qué pueblo sus tirános no ha tenido?  
 Mas la insoudable y justa Providencia  
 No inñiste largo tiempo en sus castigos,  
 Y su brazo derróca al insolénte.

Alguna vez al mundo dá benígno  
 Un buen Rey: dón el más inestimáble,  
 Y (¡por su má!) el ménos merecído.

Ante el acatamiento venerándo  
 De su Criadór se postra, y, compungído,  
 Sn grácia implóra así el patriarca santo:  
 „Señor de cuanto hoy és, será, y ha sido!  
 Padre amoróso de la humana raza!  
 Tus ojos, que miraron compasivos  
 Tantas veces al mundo delincuente,  
 Tiendan sus luces hoy, cual sól benígno,  
 Sobre un pueblo infelíz, que alucinado  
 Te ultrája porque aspira á tu servicio,  
 Por serte fiel quebranta tus preceptos,  
 Y llama culto tuyo á sus delitos.

Mira opuesto ese impávído guerréro,  
 Rey victorioso y padre amante, digno  
 Del respeto y amor de los mortáles.  
 ¿De presentes tan altos y exquisítos  
 Habrás ¡gran Dios! su corazón colmádo,

- Sólo para que vágue confundido,  
Buscándote entre errores invencibles?  
¿Del hombre mas perfecto que ha debido  
El sér á tu Bondád, y que te adóra,  
Te pláce recibir un culto inícuo?  
¡Ah! si el culto que acepta el Rey de Reyes  
Ignóra Enrique, ¿quién será, ¡Dios mio!  
Merecedor de conocerlo? ¡Ay! Basta:
- Dignate, ¡oh Padre! iluminár propicio  
Un corazon formado para amarte.  
Dá un Rey á Francia, dá á tu Iglesia un hijo.  
Confunde la protervia de la Liga.  
Devuelve su Señor al seducido  
Conspirador, y al Príncipe su Pueblo.  
Convóque tu piedad á un templo mismo  
Todos los corazones á ofrecérte,  
Juntos, el solo santo sacrificio.”

El Señor aceptó su humilde ruego,  
Y un Sí derráma, envuelto en el divino  
Aliento de su agente Omnipotencia.

Los Ástros retembláron al sonido.  
La Tierra palpité. Rugió la Liga.  
Y el Rey, que oyó á su Dios, lloró contríto.

Al punto la Verdad indestructible,  
Dón en la tierra tan apetecido  
Como poco gozado, desde el Cielo

Bája sobre el reál del héroe pío.  
Celáge, apénas veladór, impide  
Que la descubran todos al principio;  
Mas le deja ella misma prontamente  
Con su propio fulgór desvanecido,  
Y á tódos muestra el sacrosánto aspécto,  
Que nunca olvida el que una véz lo ha visto.

Un corazon que el cielo la destina,  
No bien és ilustrado con sus brillos  
Cuando, alegre, la vé y la reconoce.  
La Fé, domándo en fin al Raciocinio,  
Le obliga á confesar que los arcános  
Del solo verdadéro y sánto ríto  
Son al talento humano inescrutábles.  
Reconoce á la Iglesia, templo vivo  
De Dios, contra quien brama la Ignorancia;  
Única, Universál, cuyo dominio,  
Que al orbe entéro abárca, existe libre,  
Aunque á un Gefe Suprémo sometido;  
La que dá á su Criadór culto aceptáble  
De espíritu y verdad, y en Jesu-Cristo  
Vé la Víctima, siempre renaciente,  
Que remite al mortál culpa y castígo.  
Dando alimento de salud al hombre,  
Y en forma de hostia breve circunscrito,  
Vé á su Dios en un pan, que yá no existe.

• Su espíritu se humilla confundido,  
Y, con fé pura, abraza los misterios  
Do la Razon humana pierde el tino.

El santo Patriarca, yá saciados  
Sus anhélos, del alto del Olímpo,  
La diestra ornada de indulgente oliva  
Desciende al campo del feliz Neofito.

A Paris de la mano le conduce.

Al éco de su voz saltan los quicios  
De las tri-férreas puertas, y sucúmben.

En el nombre de Dios, santo, infinito,  
Por quien reinan los Reyes, lo procláma  
En París, y París tiembla al oírlo.

A los pies de Borbón llóra la Líga.  
Sus sacerdotes cállan confundidos.

Los Diez-y-seis, protérvos mas turbados,  
Ni aun de la fuga aciertan el camino.

Y el pueblo, justo en fin, procláma á Enríque  
Padre de su Nacion, Rey de sus hijos.

De entonces se admiró el feliz reinado,  
• Tan tardo por desgracia en dar principio  
Como velóz en terminar. El Austria  
Tembló maravilláda del prodigio.

Roma adoptó á Borbón, y de él fue amada.

La Discordia se hundió en el negro abismo.

Mayén rindió su espada y sus provincias

Al fuero de un legítimo dominio;  
Y fue, en fin, del mas justo de los Réyes,  
El vasallo mas fiel, dócil, y adicto.

FIN.



